HUMBERTO DE LA CALLE

LA INVEROSÍMIL MUERTE DE HÉRCULES PRETORIUS



HUMBERTO DE LA CALLE

LA INVEROSÍMIL MUERTE DE HÉRCULES PRETORIUS

Esta es una obra de ficción. Enteramente. Como en todas ellas, claro está, hay fragmentos de realidad diluida, recordada, imaginada y estremecida.

Para la segunda parte me he valido de algunas publicaciones, aunque envueltas, igualmente, en un horizonte de ficción. Menciono en especial Crónica de una guerrilla perdida*, de Darío Villamizar. Me he servido de su abundante y valiosa información.*

Primera parte

Año de mil novecientos
treinta y cinco que pasó,
cuando estaba más contenta,
Rosita Alvírez murió.
(…)
El día que la mataron,
Rosita estaba de suerte.
De tres tiros que le dieron,
nomás uno era de muerte.
Corrido de Rosita Alvírez

Como ella, Hércules Pretorius
no murió de nada grave.

1

—¿Viste, hermano? El hombre tirado ahí, todo muerto. Cantidades de agujeros rojos en su piel, hermano. Es un arma secreta de la CIA. Como un rayo láser, no joda. ¿Viste su cara? La mirada vacía, como ojo de salamandra. La boca entreabierta. Los dientes apenas se asoman, como un curí. Un gesto que no le vimos nunca cuando estaba vivo. Y la piel llena de huequitos, de puntos rojos, hasta el último de los milímetros, hasta el más escondido de los repliegues.

Moncho Román se acercó al cadáver y le dio dos o tres palmaditas en el vientre. Algunos kilos de más hicieron que continuara ondeando, como gelatina, durante varios segundos, con un leve tremor que se desvaneció lentamente.

—¿Qué te pasó, Hércules? —le habló con cariño, con un cariño que nunca, en vida, le había expresado. Acercó su boca al oído del cadáver de Hércules Pretorius, como si quisiese que nadie se enterara de lo que le decía.

—¿Qué te pasó, maestro? —le dijo mientras volvía a poner su mano sobre el vientre, pero ahora ya no le daba ligeros golpes, sino que lo frotaba, como cuando uno se encuentra con un ser querido, largo tiempo ausente, y le acaricia la espalda en medio de un abrazo fragoroso.

Después examinó su piel, lentamente, escudriñando los cientos de pequeños cráteres purulentos.

“¡Afuera, hermano!”, gritó el capitán García, mientras abría como una tromba la puerta de vaivén de la enfermería de la Brigada. Román hizo un ligero rictus de sorpresa, acompañado de un leve movimiento de la mano que tenía sobre la piel de Pretorius, casi imperceptible.

—Tienen que salir ahora. Mi coronel está en camino. Ya es mucha gracia, cabrones, que los haya dejado entrar aquí.

Román y Ackerman salieron cabizbajos. Apenas mascullaron unas frases de despedida, las mismas que atropelladamente pronunciaron veinticinco años antes, cuando García, siendo teniente del Ejército, recibió un fajo de billetes doblado con cuidado en una bolsita de manila, como las que usan las viejitas en los bancos para retirar dinero de sus cuentas de ahorros. Con ese dinero, recogido también por sus madres octogenarias, lograron escapar del servicio militar, gracias a los documentos que el capitán falsificó allí, frente a sus narices.

Al cerrar la puerta, Román alcanzó a ver, por última vez, el cadáver de Pretorius, extendido sobre una camilla de acero reluciente, que contrastaba con el fondo blanco del baldosín aséptico

de la enfermería militar.

En el patio de armas, varios pelotones cruzaban con fusiles al hombro y paso marcial. Una llovizna de terciopelo se veía al trasluz, mientras la cúspide misteriosa del Nevado hacía esfuerzos para no dejarse opacar por las nubes.

2

1964. Facultad de Derecho. Todo era comedera de uñas, fumada presurosa aspirando a fondo, como si el humo del mundo se fuera a acabar, meada febricitante, risas entrecortadas y camaradería nueva, deslumbrante, como recién estrenada. Se agolpaban en el amplio cobertizo de la Facultad, mientras uno a uno iban pasando al patíbulo.

La señorita Elvia salió al rellano y alzó la voz:

—Pretorius, Hércules.

Hércules comenzó a caminar, mientras en el trasfondo de su mente se oía una vitrola, moliendo un viejo vals argentino que había aprendido en su niñez: “Como va al matadero la res sin que nadie le brinde un adiós”. Su casa estaba ubicada en un barrio suburbano, de esas construidas por el Instituto de Crédito Territorial que mezclaban adobe y clase media. Todos los días tenía que cruzar el mercado de la ciudad para ir a la escuela primaria. En el camino, un tango enganchaba con una milonga, una milonga con un candomblé, después un valsecito, de nuevo un tango en la esquina del Bar de Lola, más adelante… cuartito azul dulce morada de mi vida… ¡y zas!, vuelta a la izquierda, enseguida de la tienda de Don Luis… Afuera es noche y llueve tanto… ¡Adiós, don Luis!… Como llora el gato maula… nuevo quiebre en la esquina, debajo del alero generoso de La Mechuda… Si supieras, que aun dentro de mi alma, conservo aquel cariño… madreselvas en flor… y, ¡tras! La puerta de la escuela, en el momento en que sonaba la campana y el portero se aprestaba a poner doble llave, como si fuera la sexta puerta del infierno.

Entró al salón donde se encontraban el decano y dos profesores, que tenía las persianas entreabiertas. Miró el viejo sofá de cuero verde, noble en su vejez. El decano y dos profesores, de cara grave, examinaban a los aspirantes a la carrera de Leyes. Las preguntas eran disparadas como ráfagas inverosímiles.

—Siéntese, joven —le dijo el decano, con un gesto que Hércules quiso interpretar como amable, pero seco.

—¿Qué haría usted, como primera cosa, si llegara a la Luna el día de mañana? —Ese fue el certero proyectil que le soltó a bocajarro el profesor de mirada torva, que sostenía entre sus dedos un viejo estilógrafo Parker, con el cual golpeaba sincrónicamente el vidrio del escritorio y le daba al ambiente, ya cargado, una tensión adicional como de película de Hitchcock.

—Pues saludar…

—¿Saludar a quién?

—Saludar al gobierno… si es que hay televisión… también a mi familia… ¿Qué tiene que ver esto con mi ingreso a estudiar Leyes? —Viejo cabrón, pensó.

—La ocupación, joven. El modo de la ocupación. *Res nullius*, tierra de nadie, es decir… ¿nunca ha oído hablar del título y el modo?

El silencio cortaba.

—Ahora —dijo el decano—, ¿qué entiende usted por justicia, equidad, bla, bla, bla? ¿Qué va a hacer cuando termine?, ¿por qué Leyes?, bla, bla, bla.

Al salir, Hércules tenía un nudo de lana en el estómago. No quiso hablar con nadie. Tomó el bus en el arco megalítico que separa a la ciudad universitaria de la ciudad y, al llegar a su casa, se doblegó.

—Me rajaron, mamá. No me van a recibir. Eso de la Luna me desconcertó…

Habrá que llamar al tío Eustaquio, pensó ella.

El tío prometió hablar con el decano, que era su amigo. Ni Hércules ni su madre supieron si en verdad lo había hecho. Pero cuando Hércules se arrimó a la cartelera en la que se había fijado la lista de admitidos, el frío glacial que le había congelado las tripas desapareció como por encanto. Su nombre estaba allí, en el segundo lugar. No sería la última vez que su pesimismo sería derrotado. Pero, aun así, esa cadena con grilletes que anunciaría siempre tragedias inauditas lo acompañaría desde y para siempre.

Años después, cuando cursaba cuarto de Leyes, el mismo tío Eustaquio fue el destinatario de la primera llamada de Hércules cuando lo detuvo la policía secreta, después de la gran manifestación en contra de las bases militares americanas en Colombia. En efecto, aunque la manifestación se enmarcaba en la protesta por la falta de presupuesto universitario, alguien oyó en la mañana una información de Radio Habana (Cuba), Territorio Libre de América: “Extra. Atención. Hay indicios de que los americanos desplegaron bases militares en la región colombiana denominada Serranía de la Macarena”. Así no más. Suficiente para pasar de la humilde protesta presupuestal al glorioso llamado a la defensa de la soberanía, mancillada por el imperialismo yanqui.

El pequeño reducto que ocupaba el Consejo Estudiantil, donde se comenzó a gestar la manifestación, era una oficina más bien oscura, en un rincón inverosímil de la arquitectura del edificio central de la universidad. El rector había permitido que allí funcionara el Consejo, compuesto en su mayoría por miembros del Partido Comunista, pero también por militantes de grupos maoístas, trotskistas, foquistas, castristas, seguidores de Camilo Torres, y toda la vasta pelambre, el abigarrado tejido de sectas y confesiones que componían la izquierda en aquel

entonces. También había uno o dos estudiantes democristianos que, con pudor, escondían sus creencias religiosas católicas mientras rompían cinchas, en el esfuerzo de parecer más progres que sus rivales de izquierda. Vana ilusión. Lo de progres era una impostura, y no había razón alguna para esconder lo católico, pues, en verdad, todas las disputas encajaban mejor en reyertas medievales de carácter religioso que en discusiones académicas en el marco del socialismo científico.

Además, había uno que otro miembro del Partido Liberal, como Hércules, que, sin romper con un liberalismo heredado y subcutáneo, piafaban también en la disputa por la vanguardia, pero con una cierta barrera difícil de superar: si los comunistas organizaban una pedrea, quemaban dos o tres autos y secuestraban a un policía, este era un episodio heroico dentro de la cadena de sucesos que llevarían a la liberación del proletariado. Si era un liberal el que lograba enardecer a la masa vociferante de una plaza de Bolívar a reventar, entonces era un acto de aventurerismo insoportable. Y así fue. Hércules, haciendo equilibrio entre las piernas del Bolívar de bronce, alborotado por la noticia de las bases militares (que luego resultó falsa), condujo a la muchedumbre hacia el Centro Colombo Americano, único sitio simbólico, a falta de consulado gringo. Allí se desataría la pedrea que dejaría a un policía con su cara señalada de por vida. Para la cúpula comunista, este fue un condenable acto de aventurerismo, una respuesta inadecuada a la provocación de la burguesía.

Después de la manifestación, Hércules llegó a su casa. Su padre bajaba por las escalas y abrió los brazos. A Pretorius, este gesto le recordó al mayordomo de la finca del tío Eustaquio, cuando le cerraba el paso al ganado alborotado en los corrales de madera.

—Muy bonito, ¿no? Convertido usted en un Jorge Eliécer Gaitán.

Hércules no contestó; se escabulló como pudo, pero le fue imposible contener una oleada de orgullo. Criticado a la vez por su padre y por los comunistas, buscado por la policía, sentía un gusanillo en el cerebro y ambición en los cojones. Recordaba su gesto tribunicio agarrado de la empuñadura de la espada de Bolívar, haciendo malabares para no caerse.

El aula máxima hervía al otro día. No le cabía un estudiante más. Sanjuán, el jefe del Partido Comunista, no pudo acabar su discurso. Al tercer ataque contra el oportunismo de Hércules, la Asamblea General estudiantil rugió mientras la vidriera del Aula Máxima trepidaba. Era la apoteosis de Pretorius. “El sentimiento venció a la razón”, concluyó con tristeza Sanjuán, quien difícilmente podía ocultar su recelo porque el mando supremo lo había tomado “ese burguesito de mierda”, educado en un colegio de curas. El segundo al mando del Partido Comunista susurró al oído de Sanjuán: “¿No será, hermano, que Hércules está fletado por la CIA? ¿Por qué diablos tenemos ahora que huir y buscar refugio en el destartalado Edificio de Residencias Universitarias, donde la policía secreta nos persigue como ratas? Todo porque a un policía le reventaron la nariz. Extraña vaina. Debe ser un complot, hermano”.

Más tarde, en el ambiente trémulo de la oficinita del Consejo Superior, al caer el día,

empezaron a entrar los refuerzos de la capital. Los compañeros de la universidad capitalina abrazaron a Sanjuán y sus amigos del partido. La dinamita llegó, los repartidores de cocteles molotov hicieron un recorrido de la ciudad para ubicar los puntos en los que comenzaría la fiesta al día siguiente. La consigna era desordenar la ciudad, destruir algunos objetivos, generar un ambiente generalizado de protesta. Las condiciones estaban a punto para la insurrección general. El imperialismo se derrumbaba. Hércules tendría que mostrarse en todos los lados, exponerse; "él ha ganado un liderazgo que nosotros criticamos", dijo uno de los camaradas. "Pero nada que hacer, hermano", pensó Hércules. "Si la policía te coge, serías un héroe. El gobierno había dictado medidas de estado de sitio y había trasladado la asonada y demás delitos políticos a las cortes marciales. Chévere. Te condenaban a quince años y la revolución estaba hecha".

Hércules apretó las manos en los bolsillos de su gabardina, que no había querido quitarse, aunque el frío no era propiamente insoportable. La vitrola de su cerebro encendió sus luces… "No esperes nunca una ayuda, ni una mano, ni un favor", retumbó la vieja letra del tango en su cabeza.… Carraspeó y dijo: "Compañeros, la hora de la lucha ha llegado. La burguesía está a punto de perecer gracias a sus propias contradicciones. Al imperialismo yanqui no le doy meses, ni siquiera días de vida. La suerte está echada, ni un paso atrás. Como dijo el compañero Sanjuán, estoy dispuesto al sacrificio. Ir a la cárcel será una experiencia de purificación revolucionaria, un baño lustral. Morir, la mayor dignidad. Los valientes mueren jóvenes. Gracias, compañeros".

Días después, una tarde, alguien llamó a la puerta de su casa. Hércules abrió despreocupado, porque suponía que ya la persecución policial había terminado. Un ciudadano de lo más anodino, preguntó:

—¿Hércules? ¿Es usted Hércules Pretorius? —Hércules asintió con desgano.

—Está detenido. Soy el sargento Agudelo del Departamento de Seguridad. Me acompaña, por favor.

Hércules alcanzó a vestirse de manera apresurada. No supo si ponerse el chaleco que todavía se usaba entre los estudiantes de la época. Al fin se caló solo la chaqueta y acompañó al detective a la Inspección de Permanencia.

—Siga por aquí —dijo el inspector, señalando la reja del calabozo.

—Oiga, soy Hércules Pretorius. Soy de una familia bien, ¿entiende?

—No me importa. Usted ha sido detenido por orden del gobernador militar. Se le acusa de asonada. Le recuerdo que, por decreto de estado de sitio, es un grave delito de competencia de la justicia penal militar. Eso le da quince años de cárcel.

Hércules estuvo a punto de desmayarse y solo acató a pedir una llamada. El tío Eustaquio prometió desplazarse de inmediato a la Permanencia, en compañía del decano de la Facultad, un

conocido penalista. Entre tanto, el inspector le pregunto a Hércules:

—Oiga, pollo, ¿usted sabe poner inyecciones? Es que allí, al otro lado, hay un loco que necesita tranquilizantes.

Pretorius negó con la cabeza, mientras el inspector le ordenó que cruzara un oscuro pasadizo que conectaba con otras dependencias. Un acontecimiento extraño, que Hércules solo comprendería meses después.

El decano, al ingresar al despacho, dijo con grandilocuencia e ironía, mientras ponía su sombrero hongo en la baranda: “Vengo a defender a este gran criminal”.

El inspector se negó a soltar a Pretorius. Solo después de varias horas, al filo de la madrugada, fue liberado. “Agradezca, pollo, que el obispo intercedió por usted. Si no, quince añitos en la cárcel le hubieran enderezado el caminado revolucionario”, le dijo.

Por las vueltas que da la vida, la Facultad envió la hoja de vida de Pretorius para dictar un curso de Constitucional en la Policía. Al llegar a la primera clase, sintió un manto de desconfianza hacia el oficial que hizo su presentación.

Con el paso de las clases, el Estado Mayor lo invitó a una copa como despedida anticipada, porque el curso ya llegaba a su fin. El hielo se había roto y se sentía una cierta camaradería que, quizás, era más bien curiosidad entre los oficiales y su profesor.

“Usted debe saber esto, joven” le dijo el capitán. “Cuando lo pasearon por el corredor en la Inspección, la idea era que el policía herido, quien estaba apostado en una claraboya escondida, grabara su cara para reconocerlo después en rueda de presos como el autor de las heridas”.

Hércules siempre había alegado su inocencia. Dijo que frente al Colombo, el negro Caicedo tomó la palabra y atacó a los gringos por la agresión que significaban las bases militares. Y en ese momento, como una imagen congelada, Hércules vio en cámara lenta la inexorable ruta de la piedra que contrastaba con el brillo del atardecer, hasta que esta reventó la cara del policía. Allí vinieron la arremetida del cuerpo antidisturbios y la desbandada general.

“Agradezca”, prosiguió el capitán, “que el policía dijo que nunca lo había visto a usted. Y se negó al reconocimiento truculento”.

“Cada gramo de vida”, pensó Pretorius, “pende del hilo de un oscuro azar, que ni Dios es capaz de manejar”.

3

Al terminar su discurso en la Plaza de Bolívar, aunque a Hércules le temblaban las piernas, se sintió como el Charles Atlas que adornaba la carátula del curso de gimnasia. Sintió sus bíceps como los del modelo, aunque, en realidad, seguían siendo bastante esmirriados. Pensó que era un campeón, un héroe, un supermán. Pero entre la mezcla de orgullo y confusión, no pudo evitar que ingresara el viejo gusanillo de la desazón.

Comenzó a recordar la tarde aquella en el colegio de monjas donde cursaba el kindergarten, como lo llamaban sus tías. "Camisetica azul clara de manga corta, pantalón a la rodilla azul marino, fabricado, mija, con estas telas de ahora que son como lisas, como hecha de fibras o no sé qué. La maravilla es que casi no hay que plancharlas. El pantaloncito del niño conserva el quiebre durante varios días y se ve tan elegante, tan hermoso", dijo Guillermina, la empleada doméstica. Ese día, en el partido de fútbol sabatino, el balón pasó cerca de sus pies y Hércules no logró dominarlo.

"Pretorius alza la pata como un burro", dijo su compañero de equipo.

Corrió hasta hacer reventar el pecho. De verdad. El asma comenzó a hacer estragos de nuevo. Logró contener la asfixia mientras caminaba trabajosamente hacia su casa. Al llegar, estalló en brazos de su madre. El doctor Serrano le puso adrenalina. Al amanecer del lunes, apenas empezaba a cerrar los ojos. Su madre se despidió con un abrazo lejano. "Tengo que ir a trabajar, pero ahí queda Guillermina. Tiene que tomar mucho líquido. El doctor Serrano viene más tarde… Tengo que trabajar…", le dijo.

Una vez oyó a Castañeda, su compañero de clase, decirle a uno de sus amigos: "Ese Pretorius es como raro. No tiene sino un hermano, y la mamá trabaja. Tiene un papel ahí, como de un médico, y casi nunca hace Educación Física. Una vez trató de subir al segundo piso agarrando una manila, un ejercicio que nos puso el instructor, y cuando iba a saltar al corredor, se devolvió hasta el suelo. Agarró la manila, pero no fue capaz de frenar. Las manos se le volvieron miseria. Desde ese día, en la hora de Educación Física, se pone a leer. Un librito chiquito, que cabe en el bolsillo, de cuero café y hojitas de seda. *La imitación de Cristo*, o algo así. De un señor Kempis".

Pero el verdadero problema de Pretorius no era el asma. Sino la diferencia frente a los demás. Siempre estaba preocupado. Se le atoraban las palabras. Le sudaban las manos cuando, saliendo de misa, le tocaba caminar antes de la rubia Zarzuela de la Trinidad y de Alajuela Tirado. El

problema era su inhabilidad para bailar y, más que eso, la incapacidad creciente de inventar disculpas plausibles para no asistir a los bailongos en las tardes de sábado. Una tarde, sentado en el taller de Fernando el carpintero, vio llegar a los chiquillos de afuera, de otro barrio, los del escarabajo Volkswagen azul claro, los de la gomina rutilante que reproducía la luz blanca del alumbrado público, agregándole una especie de arcoíris que rodeaba sus cabezas.

"Una cerveza, pollo", le dijeron a Hércules.

Fernando mantenía allí, al lado de la carpintería, un pequeño ventorrillo, un tenderete solo para iniciados. Mientras él trabajaba con la garlopa, sacando tiras de madera tan finas que resultaban transparentes, a su alrededor se reunía toda la gallada a fumar a escondidas, tomar uno que otro aguardiente que había que disimular luego con albahaca y yerbabuena, y a echar una ronda de actualización de los chistes más punzantes. Allí se escondían los amores ignotos. Allí se construía el horizonte de la vida. Allí dijo Pretorius que cuando grande quería ser policía; después, transcurridos unos años, agregó que quería ser senador (improvisó en la parte de atrás, entre muebles viejos, un recinto parlamentario para echar discursos a sus amigos), y luego, recientemente, que solo le interesaba la Presidencia. Allí se discutían las técnicas más modernas de masturbación y se hablaba de las terribles leyendas sobre el vicio solitario y su efecto nefasto en el cerebro, que hasta podía producir tumores incurables, según lo había anunciado el padre Galdós, un agustino español recién importado por el colegio para los últimos ejercicios espirituales. Allí los vio venir. Allí sintió un nudo en el estómago, como cuando presintió, años después, que su padre se había derrumbado cruzando una calle y hubo que llevarlo al hospital en medio de la confusión; un nudo tan grueso como cuando intuyó que a su hermano lo habían herido en la sien sin motivo alguno. Allí los oyó hablar de los calzones de Alajuela Tirado. Allí sintió rabia. Allí supo que Alajuela preferiría siempre el cochecito lustroso de estos bacanes que su inteligencia recóndita. Allí pensó que ni Alajuela, ni ninguna de las Alajuelas futuras, le darían su amor. Allí quiso matar cuando lo confundieron con el ayudante de Fernando, el carpintero, y le pidieron "una cerveza, pollo". Allí quiso matarse cuando le entregaron las botellas vacías, sin mirarlo, simplemente estirando el brazo, dejando entre este y la línea perpendicular del torso una abertura de 42 grados, soltando las botellas tres centésimas de segundo antes de que su mano las agarrara con angustia y con furia.

4

Meses después, en un rincón de la cafetería, Pretorius la observó. Una adolescente enchapada en princesa nibelunga. Ella lo miró con curiosidad. Aquí, como en Marmato o en Aranzazu, los genes de los europeos que vinieron sedientos de oro dejaron su huella genética. Rubias, ojos verdes o azules, tez blanca casi transparente, nalgas planas y una figura envuelta en una cierta aura como la que ostentaban las pinturas de la Virgen María delineadas por pintores flamencos. En vez de la rotunda y acotada imagen de las mestizas que la rodeaban, su cuerpo simplemente se diluía y, quizás, flotaba. Y su pasado nibelungo se hacía patente en su apellido y en el de sus congéneres: Gartner, Eastman, Nicholls, y demás sedientos buscadores de oro.

Pretorius había madrugado a buscar transporte. Era la fecha señalada para presentar el examen preparatorio de Derecho Civil Obligaciones, un requisito más para recibir el diploma de abogado, pero la lluvia había destrozado las precarias vías de comunicación. En ocasiones como esta, el transporte regular, ya de por sí deficiente, se suspendía a veces durante varios días. Al fin una volqueta se arriesgó a partir, a sabiendas del riesgo de derrumbes. Pretorius no tuvo más remedio que abordar, dejando en manos del conductor una propina abundante. Al llegar a Riosucio, fueron advertidos del cierre total de la vía. Pretorius, resignado, se dispuso a desayunar. Y a indagar cómo regresar, en vista del intento frustrado. Las fechas para presentar los exámenes se abrían una vez al mes. Un mes perdido.

Perdido para el Código, pero no para la vida de Pretorius. Preso por la imposibilidad de viajar, inició un tácito compromiso, nunca roto, de encontrarse con ella alrededor de la fuente. Cada tarde, de camino a la capital, paraba en esta población y caminaba por el parque para verla.

Fueron trabando amistades, amoríos, besos en la penumbra de los zaguanes, huyendo de la mirada inquisidora de las madres, cines vespertinos en la última fila. Y Pretorius, cada mes, en vez de comprar pasaje directo a la capital, hacía siempre una escala en Riosucio. Nunca más, jamás, Pretorius volvió a sentirse transportado a ese nirvana desconocido, que entreveraba hormonas e ilusiones, aromas y deseos, castillos futuros, edenes inmarcesibles conjugados con las delicias de la cohabitación y la cotidianeidad del sublime lavado de dientes y la armonía de cada orinada matutina. Tampoco alcanzó nunca a maldecir esos escalones de la pequeña vida diaria. No le tocó el turno para convertirlos en aborrecidas rutinas despreciables que invitaban a buscar otras pasturas.

Viajaron un día a la capital a conocer a los padres de Hércules. Ella estrujaba un pañuelito de encaje, mientras él la tranquilizaba. Su rango de semidiosa era pasaporte seguro para que sus padres cayeran embrujados, como él.

Ya a solas, su madre le dijo: "¿Y es que usted se piensa casar con esa negrita?".

Lo que descolocó a Hércules no fue el rechazo. En el eterno desván de su pesimismo, siempre había sabido que era una posibilidad. No fue eso, sino la contraevidencia plástica de la descalificación: ¿negrita? ¿Negrita esa diosa nórdica? ¿Negrita como transmutación genética que convertía su ADN, su figura prodigiosa y sobrehumana, en detritus de las razas inferiores, mestizos, zambos, cuarterones, solo por vivir en un pueblito alejado y asistir al colegio público? No había justicia en el mundo, no había justicia en su hogar. Tuvo que acallar en ejercicio freudiano el rencor que le despertó su madre. Reprimirlo. Dejarlo en el último cajón de su inconsciente.

Un compañero de gafas de culo de botella le dijo un día: "la ley inderogable de la antropología es que las gallinas de arriba se cagan siempre en las de abajo". La diosa nibelunga estaba debajo. La madre de Pretorius se cagó en ella. Pero la cuestión para él fue más compleja. Su madre creía que Hércules era, en la escala social, más de lo que él creía ser. Y él, en cambio, perfectamente hubiese querido recibir, debajo de la nibelunga, el cagajón de su madre.

En efecto, años después, cuando Mejía lo invitó al club y pidió La Vie en Rose, un cóctel que solo el mágico barman italiano sabía construir, Hércules comenzó a desentrañar el verdadero tejido detrás de todo eso. ¿Cuál era su lugar? ¿O era apenas una sombra inferior de un ser inexistente? Al lado de la piscina, cuando Mejía terminaba su copa y movía su brazo automáticamente, siempre, pero siempre, había allí un mozo con su bandeja listo a recibirla. Hércules, como en la novela de Julius, tenía que hacer dramáticos aspavientos para ser atendido. Sintió bajo la piel la misma desazón que acometió a Míster Cellophane en *Cats*, el famoso musical. La punzante evidencia de no existir, de ser una especie de meta-ser en la penumbra de la nada.

Pero también, como una oruga laboriosa, Hércules empezó a notar que ese ser-no-ser desaparecía en el Consejo Estudiantil, en el Aula Máxima, en medio del fragor de los discursos. Hasta en los ataques de los comunistas. Allí recuperaba su condición humana o, al menos, su visibilidad. Tiempo después oiría una historia en boca de Salinas: "Los burguesitos no entienden. Yo me paraba al sol y ni siquiera proyectaba sombra en el asfalto. Eso cambió cuando, a mis catorce años, ingresé a las Farc. Ya con mi fusil, en las tiendas me regalaban la cerveza y las puticas se acostaban gratis. A veces varias en el mismo lecho. Mi cédula de identidad era mi fusil. No entienden". Hércules, para borrar los destrozos del ser-no-ser, pensó que la revolución era el camino. El mismo Salinas, quien después fue secretario de la Unión Patriótica, el partido que surgió del proceso de paz de Belisario Betancur. El fusil que liberó a Salinas, que lo sacó de la última fila de la cagalera para defecar desde arriba, fue su lengua, su ademán, su labia, su

garganta, el tsunami verbal que cautivaba a sus oyentes. Pero, como los demás ansiolíticos, el alivio era solo pasajero. Hércules recibía de lo más hondo, como ramalazo nebuloso, la queja de sus circunvoluciones más profundas: “dejá de joder. Vos no sós ningún revolucionario. Odiás la violencia. Eres apenas un burguesito alebrestado”.

En la biblioteca de la universidad, Hércules había encontrado un viejo volumen. Una historia de la capital. Escrita por un cura, quizás el padre Fabo. Los apellidos de pro, la alcurnia, habían sido repartidos al igual que las tierras en la ciudad recién fundada. Todos eran arrieros antioqueños. Todos vestían las mismas alpargatas, los driles sucios en la bota, el machete al cinto y el zurriago para conducir el ganado. Pero los que recibieron tierra, sobre todo en los alrededores del proyectado pueblo, eran precisamente los Jaramillo, los Arango, los Gutiérrez; los privilegiados, los socios del club, los novios en matrimonios endogámicos que transmitían no solo sus bienes, mediante sus cuantiosas herencias, sino también, y era el mayor tesoro, la imborrable alcurnia. Imborrable porque, aunque las generaciones futuras cayeran en la desgracia económica, su nobleza estaría eternamente a salvo.

Hércules, como el Julius de Bryce Echenique, estaba en el gozne. ¿Era más de lo que era, como insinuaba su madre cuando hablaba de los éxitos de su tío, de sus primas en los bailes de máscaras del club? ¿O era menos? ¿Buceaba en Hesse y Camus huyendo? ¿O se refugiaba en Kerouac y Gide para asegurar su superioridad? ¿Su manía intelectualonga era una demostración de superioridad o una muralla china contra los designios de su madre? ¿Era superior porque era distinto, o por ser distinto era inferior? ¿El problema eran sus gafas, su asma, su imposibilidad de hablar con amigas, su torpeza infinita para el baile?

Esa noche, Hércules se dijo: “es mejor que desconectes el inconsciente”. Apagó la luz, cerró los ojos, pero antes de dormir alcanzó a oír el vals en la cantina de la esquina: “Tengo un primo, él es rico, poderoso y bien querido. Yo soy pobre, soy enfermo, pienso, escribo y sé soñar. Y una noche de esas noches, tan amargas que he sufrido, mis harapos con su esmoquin se rozaron al pasar. Me miró como al descuido, no dejó su blanca mano se estrechara con la mía, contagiándole calor. Y él su esmoquin lo vestía, mi elegante primo hermano, y alejose avergonzado de su primo el soñador”.

5

Ya desde la época del colegio, Román se las comía a todas. Sacaba una navaja y empezaba a limpiarse las uñas mientras contaba los polvos sucesivos que había echado la noche anterior. Nos llevaba varios años y tenía la cabeza prematuramente descubierta. En el colegio fue el primero en usar medias blancas. En clase de Humanidades, Román se sacaba dos piojos de la entrepierna y los ponía a luchar como gladiadores, mientras el profesor, un viejito rubicundo que arrastraba las erres, descifraba el mensaje oculto de la *Orestíada*. Al final de la clase, Moncho Román instalaba los piojos de nuevo para que descansaran, hermano, para nuevas batallas y para que no suspendieran su tarea reproductora. Por las noches íbamos todos juntos a Brisas del Río, un bailongo trasnochador rodeado de casas de citas, a tirar paso. Una somnolienta vitrola tocaba ritmos tropicales con la compañía de un baterista delgado, que lucía camisa de corbata blanca sin corbata y un cigarrillo tambaleante en el labio inferior.

El judío Ackerman llevaba siempre una correa gruesa de cuero. “Por si toca suicidarse, mi viejo”, decía con frecuencia. Apretaba las muelas y asumía un rictus de general norteamericano que le hacía saltar ligera e intermitentemente los músculos de la mejilla. En el bolsillo cargaba un pequeño estuche con todo lo necesario para la supervivencia. Fósforos, vitaminas, una pequeña linterna, un radio de pilas, una navaja, curas y gasa. Como remate de fiesta, un amanecer en La Florida, en una pequeña finca en medio del rocío, cuando las cervezas habían perdido la espuma y yacían allí, como testimonio de una amanecida de juerga y discusión, después de amenazar a Prieto con romperle la cara porque se burló del socialismo solidarista, Ackerman confesó que su familia tenía nexos remotos con el padrecito Marx:

—La lucha de clases, mi hermano. El futuro paraíso igualitario después de pasar por la inevitable dictadura del proletariado, que es necesaria, tú sabes, porque la burguesía no se deja. La violencia, cuadro, es la partera de la historia.

Román sonrió. La cantaleta de Ackerman lo traspasaba sin mancharlo. No porque le produjera urticaria o algo así, sino porque no le importaba.

—Mientras llega la revolución hay que jalarle a la bacanería, mi hermano. Eso es todo —remató Román.

Hércules rumiaba. Le sonaba lo de la revolución y la igualdad, pero el peso de su familia lo frenaba. Afiliarse al partido le producía cierto temor. Justicia social, vaya y venga, pero esos

cabrones comunistas ni siquiera dejan que uno piense. Pero hay que romper con algo. Hay que protestar. El inconformismo, maestro, es la savia del nuevo hombre latinoamericano.

***

Ackerman jamás bailaba. Era como su religión. Siempre serio, atento —ojos de lince— a las intimidades semánticas de lo que decían los demás, ponía el índice sobre su mentón cortado en granito, preguntando, preguntándose a sí mismo.

No bailaba, pero no se perdía parranda. Sentado en una mesa, sin saborear siquiera un aguardiente. Cigarrillo, jamás.

Conoció a Juana de Frutos en una fiesta universitaria. Ella cursaba primer semestre. Ya era notable, porque era una de las pocas estudiantes que iban en carro propio a la universidad. Un Cavalier viejito, pero poderoso, pintado de color ladrillo claro.

Ella entró a la fiesta en medio de una gallada. Pelo negro, suelto. Pantalones ceñidos, de fibra más bien brillante. Apretados en la entrepierna y las nalgas. Una blusa blanca de lino que bajaba apenas hasta el final de los senos y dejaba al descubierto parte del torso, ombligo incluido. Ackerman la veía entrecerrando los ojos, como para crear una penumbra artificial. Realmente fue por accidente que se sentó en su mesa. Tal vez conocía a Hércules, o algo así. La orquesta suspendió, como era de rigor, la tanda de merengue y mambo para intercalar una balada o un bolero. “Es el momento del amacice, hermano”, dictaminó Román. “Ahí hay que aprovechar”. “Tu anochecido pelo”, cantó el intérprete novato, mientras las parejas se empujaban hacia los adentros con toda la fuerza de los riñones. “Como el toro que va al caballo, maestro. La clave está en bajar el brazo y acariciar la mano de la pareja cerca de la pierna. En vez de la posición clásica, tú sabes, mano izquierda arriba, se toma la mano de la chica por encima y se coloca perpendicular, ¿me entiendes?”, concluyó Moncho mientras se pasaba el reverso de la muñeca por la boca, para desalojar la espuma de la cerveza que había atracado en sus labios.

—Tu anochecido pelo —dijo Ackerman mirando a Juana— es un inmenso logro poético, inusual en la música popular. ¿Eso es de Sandro? ¿O de Leonardo? ¿Es tu pelo?

Juana de Frutos lo miró perpleja. ¿Qué diablos dice este cretino? ¿Es un piropo, o una huevada?, pensó.

Ackerman tomó con su mano izquierda la chapa gigantesca de su cinturón, puso mirada de buril, y señaló:

—Te veré mañana en el parque central, a las diez.

Juana alcanzó a sonreír por encima del hombro, en el momento en que se retiraba a bailar, empujada por el turbión de la gallada. Una sonrisa sobradora. Pero por dentro le quedaba una cierta inquietud lejana, no despojada de estupor. ¿Iré? Mañana será otro día, se dijo.

Al día siguiente, Ackerman se caló su abrigo. Hizo inventario de su paquete de supervivencia. Examinó el filo de la navaja y contó los fósforos, uno a uno. Exactamente a las diez se paró al lado del poste de la luz, en todo el centro del parque.

Unas horas antes, la mente de Juana padecía una marejada de confusión. Qué tipo tan raro ese, algo siniestro. Y esa cosita de mandarme a venir al parque, como dando órdenes. ¿Qué se cree ese huevón?, pensó. Pero, entretanto, de manera paralela, en el piso de abajo de su cerebro, en la circunvolución vecina, un hilo de curiosidad, un hálito de indagación, una cierta intuición de algo, una ráfaga turbadora, un rayo abrasador se movía muy despacio para impregnar ese estado de indecisión que la agobió toda la mañana. Cada segundo posponía una decisión para el siguiente. Y la larga cadena de segundos la llevó a caminar hacia el parque, como una autómata.

—Hola, pasaba por aquí. ¿Cómo le acabo de ir anoche? —le preguntó cuando llegó.

Caminaron hacia la cafetería. Ackerman en silencio. Pagó solo la mitad de la cuenta y dejó que ella arreglara el resto y la propina. Para entrar al baño, preguntó cuánto costaba. La cara del mesero no daba crédito. ¿Cobrar por una orinada, cómo así? Al abrir la puerta, envolvió la mano en la manga estirada de su chaqueta para no tocar el pestillo con los dedos. Tipo raro, se reafirmó Juana. Pero ya su mente había sido imantada. Una fuerza subterránea e inexplicable fue creando en Juana el hábito de pensar en el judío. Y no solo pensar. Los encuentros fueron cada vez más frecuentes.

“Comerse a la novia, nunca, mi hermano”, pensó Ackerman. De manera pertinaz iba por las tardes a Brisas del Río. En el tercer piso encontraba a la misma putica de siempre. Se desvestía siguiendo un orden estricto. Colocaba su ropa con cuidado en el espaldar de un asiento. Se aseguraba de que el quiebre del pantalón no quedara arrugado. Tiraba despacio, en silencio. Ella sentía cierto temor al principio. “Qué señor tan raro, mija”, le dijo a una compañera de oficio. “No habla. Concentrado en sí mismo, después descansa acostado de espaldas y mira el cielo raso como haciendo un censo de hendijas”. “Siempre hay que bañarse después de tirar. Hay como una suciedad por ahí, en el aire”, le decía Ackerman mientras se vestía. Salía con el cuello de su abrigo disparado hacia arriba, como un cantilever ansioso de anonimato, para ir a la clase de Medicina Legal, que era a las seis de la tarde. Después recogía a Juana y la acompañaba en el bus hasta su casa.

6

Querida Sheila:

Perdóname la demora en escribirte, pero he estado embolatada presentando exámenes finales. Hace algunos días conocí a un tipo con el que estoy saliendo. Es un poco raro. Ackerman, así se llama, tiene una musculatura de King Kong. Todos los días hace ejercicio. Dice que hay que estar preparado para todo. Una vez en el ejército tomó un curso de supervivencia. Creo que le enseñaron a comer culebras y micos. Se arrastran por un potrero espantoso y tienen que cruzar el río Taguará con un equipo pesadísimo. Mantiene en el bolsillo un paquetico lleno de las cosas más raras. Pilas, una linterna, hilo, cosas así. Es muy callado y vive siempre reconcentrado. Dice que hay que hacer una revolución. Que el país lo dominan diez familias y que esto es injusto. Que hay que arrebatarles el poder, pero que la única manera de hacerlo es por la fuerza, porque las elecciones son un engaño. Dice que no va a votar nunca en su vida, y a mí no me importa, porque todos esos políticos son como iguales. Hemos estado en cine y me coge la mano, se la lleva a los labios y la recorre con ellos como si fueran plumas. Suavecito. Pero no más. No me hace nada, ni siquiera cuando estamos solos. A veces pienso que es algo maricón. Quiere que yo asista a las reuniones que hacen por la noche para preparar la revolución. Me dice que estudian mapas y conocen los sitios donde camina el ejército. De pronto voy.

Ahora cuéntame de tu vida. ¿Sigues vendiendo seguros? ¿Qué tanta plata te deja eso? ¿Qué hay del medio novio ese con el que ibas a bailar rock en una de esas casetas sin asientos, llenas de luces? ¿Te ha hablado de matrimonio?

Bueno, creo que no te quito más tiempo porque Ackerman está por llegar. Quiere que me vista de negro. Todita. Y no le gusta que use perfume. Ahora le ha dado por comprarme un morral, de esos que se llevan cruzados en la espalda. Me ha hecho cortar el pelo y me puse rayitos colorados, casi rojos. Estoy muy cambiada. A veces pienso que lo quiero. No sé. Después te cuento.

Ciao,

Juana

7

El día de su cumpleaños, Ackerman le regaló a Juana un libro. Se llamaba *Venas abiertas de Latinoamérica*, o algo así. Juana sintió algo de desencanto. Había pensado que Ackerman le daría uno de esos topcitos que se usan ahora. Los que dejan la barriga al aire. Podía ser negro, como a él le gusta. Pero bueno. Lo del libro no estuvo del todo mal. Comenzó a leerlo y a interesarse en los temas. Toda esa carreta de la explotación, de los gringos, del imperialismo, empezó a sonarle. Cuando iba por la mitad de las páginas, entró a la librería Mi libro. Allí empezó a ojear libros mientras el dueño, un tipo rechoncho con cara de indio, que siempre usaba un chaleco apretado sin saco, le iba dando indicaciones. Se decía que él era comunista.

Ackerman, al principio, no supo que en Juana se había despertado un ansia por conocer la historia política. Un cierto día, Juana se metió a una conferencia sobre el conflicto armado en Colombia. Se fue a sentar en la sala cuando, ¡zuaz!, vio a Ackerman. Se sentaron juntos. Y Ackerman comprendió por qué Juana usaba cada vez menos maquillaje. Ella le habló de sus lecturas y él empezó a soltarle a pedazos, durante varios meses, el sentido de sus reuniones nocturnas y sus ejercicios reservados. Los domingos decidieron ir juntos a jornadas de solidaridad en los barrios. Luego de una que apoyaba programas de autoconstrucción de vivienda, asistieron a reuniones donde se hablaba de la solidaridad y la fraternidad. Los habitantes, pese a su pobreza, se las arreglaban para comprar unas tortas, de esas que vienen cubiertas con una capa blanca de azúcar, y servían un extraño ponche con algo de alcohol. Pero poquito. Fraternizar era la palabra.

Ackerman no se despegaba de Juana, y a veces la cogía de la mano. Y le susurraba al oído explicaciones sobre el contexto social, así decía él. No recuerda cuándo pronunció por primera vez la palabra revolución. Ackerman pensó que había sido un desliz, y la miró de soslayo. Se sorprendió al ver la naturalidad con la que ella recibió esa expresión. Día a día, intimaban más y diseñaban, durante largas horas oyendo boleros, cuáles debían ser los caminos para lograr la equidad. Paso a paso iban descubriendo que no bastaba con palabrear y soñar. Algo habría que hacer.

8

La juerga fue grande. Al terminar los primeros seis semestres de la carrera de Derecho viene uno de práctica. Todos los del grupo hicieron una despedida fenomenal. No se verían durante seis meses. Lo jodido después de esta parranda fue levantarse. Los estragos del alcohol y el humo estaban todavía vivos. La gordita de segundo semestre salió como a las dos de la mañana del apartamento del Poeta. Pobre Poeta, hasta esa hora esperando en el Norydia a que Hércules terminara de llenar su condón. Nada del otro mundo. La cosa fue muy rápida. Polvo de gallo. A veces le pasaba eso. Ahora debía coger el bus para ir a la Facultad. A las nueve publicaban las listas de los sitios donde les tocaba hacer el semestre de práctica.

"Pretorius, Hércules. Inspección Segunda de Policía. La Tebaida".

"No está mal. Pudo ser peor", susurró Pretorius.

Hércules recorrió el camino polvoriento en un bus destartalado, y se bajó con su maletín de cuero de vaca de colores blanco y marrón. Se instaló en la pensión. El olor de la tapia, mezcla de boñiga y siglo pasado, perturbó sus bronquíolos. Saludó al inspector, acomodó su Código Penal en el pequeño escritorio, y ¡listo! "A trabajar se dijo", pensó.

Sonaron las diez en el reloj desconchado de la torre de la iglesia. Hora de tomar café. El médico legista ya estaba esperándolos, al inspector y a Pretorius. Se sentaron los tres a la mesa del cafetín. La meserita de cola de caballo trajo café para todos. Sin hablar.

—¿Viste el reporte del accidente? Pobre tipo. Se resbaló durante la cacería y el fusil le quemó la sien. La mamá y los hijos lo llevaron al centro de salud, pero no había nada que hacer. Un tiro en la sien izquierda. El hombre era zurdo —dijo el médico.

—No, médico. ¿Zurdo? No me suena. Creo que el reporte de la policía habla de una herida de perdigón en la sien derecha —dijo el inspector.

Pretorius arrimó un papel de envolver y el médico dibujó un plano de la morgue.

—Si yo entro por aquí y la cabeza del cadáver mira hacia el crucifijo en la pared, lo que veo es la sien izquierda. Seguro, maestro. Sien izquierda —explicó.

Preotrius fue por el informe al despacho y, al regresar, se lo entregó al inspector. Este lo abrió lentamente, mojó los dedos en saliva para pasar más fácil las hojas. Respiró con dificultad. La

camisa blanca se abrió para permitir que el abdomen del inspector se aireara un poco.

—Por aquí. Folio cuatro. A ver. “Herida de perdigón probablemente disparada con escopeta hechiza. Fumage de primer grado conclusivo de tiro a quemarropa que le interesó la sien derecha, produciendo la muerte inmediata del occiso”.

—Aquí hay algo podrido, Pretorius —dijo el inspector—. ¿Sien derecha? El médico vio que era sien izquierda…

Terminaron el café precipitadamente, dejaron unas monedas sobre la mesa de aluminio y se trasladaron al despacho.

—Órdenes de captura, incomunicación en calabozos especiales. Que el teniente García se presente y me garantice que ninguno de los hermanos ni la mujer del muerto tengan contacto con alguien, dentro del término que señala la ley —ordenó el inspector, y se dirigió a Pretorius—: Vamos a exhumar el cadáver, Hércules.

—Está bien, inspector. Hay que avisarle al obispo. ¡Vainas del Concordato! —contestó este.

“Monseñor no puede pasar”, dijo la monja al otro lado del teléfono. “Está reposando”.

Media hora después, una nueva llamada, y la misma monja se negó de nuevo a poner al obispo en el teléfono. “Ahora está meditando”, dijo.

—Qué meditación ni qué carajo, Hércules. A los curas quiero verlos como los jamones, ¡colgaos! —señaló el inspector en medio del resuello que cruzaba con fatiga su gaznate mientras la frente, cada vez más despejada, se perlaba de un mar de puntos brillantes de sudor.

El inspector, un viejo liberal desplazado por la violencia del sur del país, pertenecía a una familia campesina y mantenía vivo un cierto anticlericalismo que ahora se había vuelto desueto, después de que el presidente liberal de turno casi había hincado su rodilla frente al papa en un viaje reciente de Su Santidad a tierras americanas, y dicen que echó del puesto al canciller, masón y librepensador, porque lo exigió el Vaticano antes de la visita.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó el inspector. Pretorius tenía el tema fresco, porque lo había estudiado para un reciente examen de Procedimiento Penal.

—Basta con avisarle, eso es todo —contestó Pretorius, y cogió la vieja máquina Underwood negra. Algunas de sus teclas habían sido reemplazadas por anillos repujados de madera con la figura correspondiente de la letra sobre esparadrapo.

Escribió: “Excelencia: De acuerdo con la ley, para lo de su cargo, doy aviso sobre la práctica de una exhumación en la siguiente media hora en el Cementerio Católico de La Alborada. Se trata de un proceso criminal abierto en el día de hoy…”.

Cuando el inspector, Hércules y el teniente García llegaron al cementerio, la aglomeración era inmanejable. Como si el pueblo hubiese sido acometido por una epidemia súbita de telepatía, ni una sola alma permanecía en casa. Los niños colgaban como racimos de los árboles, cuyas ramas se extendían en forma ominosa sobre las tumbas. Las mujeres mordían nerviosamente pañuelitos blancos que empuñaban de manera resuelta, y dijeron en corrillo: “No hay que meterse con los

muertos. El obispo no quiere. Esas son cosas del inspector y el jovencito ese de nombre raro, que son comunistas. La prueba es que a los aparceros de don Pipí Londoño los soltaron un domingo por la mañana. Abrieron la Inspección y mandaron la orden de libertad con un agente. Eso es muy raro, ¿no? Antes siempre los dejaban hasta el lunes. Cuando volvía a la parcela, todos los cultivos estaban destruidos". Los hombres se miraban en silencio, con los ojos bien abiertos, pero sin pronunciar palabra.

La puerta del cementerio había sido cerrada. El sepulturero escupía a cada momento por la ventana que dejaban sus dos incisivos ausentes, mientras con los caninos, a veces a la izquierda, a veces a la derecha, apretaba el cigarro, apagado desde hacía varios días, que guardaba con extremo cuidado, casi que con cariño, en el cajón de su mesa de noche. El cigarro pasaba de un flanco al otro sin intervención de las manos, en un juego mágico que le recordaba a Pretorius el que hacía su padre cuando todavía podía sentársele en las piernas sin sonrojarse. El padre golpeaba el borde de una mesa con el índice y el corazón, y luego, a la velocidad del rayo, con el corazón y el anular, mientras le decía que podía cambiar a voluntad la posición de sus dedos, sin que Hércules descubriera que se trataba solo de un efecto visual. El movimiento vertiginoso hacía ver el dedo más pequeño, como si saltara a un lado y al otro. Siempre había preferido mantener la convicción de que su padre estaba dotado de poderes sobrenaturales, los cuales desplegaba también en la época de Navidad, cuando, después del rezo obligatorio de la novena, se colocaba detrás de una sábana blanca que colgaba en la puerta abierta de un pequeño armario. Adentro prendía una potente lámpara y ordenaba apagar todas las luces. En la sábana, Hércules, rodeado de amigos estupefactos, veía desfilar miles de personajes hechos con las manos de su padre: un conejito que movía la nariz, un mico que se comía un corozo, un burro que rebuznaba con alborozo, una paloma que batía las alas, todos ellos desempeñando su papel en la charada que su padre había imaginado, cada uno tomando parte en el diálogo, con una voz particular, que lo transportaba a un mundo irreal e inexplicable. Ese mundo de fantasía aparecía de vez en cuando, en momentos críticos, cuando Hércules apenas lograba refrenar una lágrima.

—Monseñor me ha dicho que no pueden entrar —les dijo el sepulturero.

—Teniente, échele mano a este maricón y métalo al calabozo. Hágame un informe escrito para denunciar al obispo, por encubrimiento —contestó el inspector.

Cuando el sepulturero vio que la cosa iba en serio, abrió la puerta y se escabulló.

El médico repartió caretas y vertió grandes cantidades de alcohol en cada una de ellas.

—Hay que seguir echándose alcohol porque, si no, se desmayan —les dijo.

Ya Pretorius sentía que sus miembros se reblandecían y el seso se descomponía en medio de una blandura generalizada, sazonada con sudor frío, extendido por toda su geografía personal. Pero resistió. Cuando el médico cogió el pelo del cadáver para halar la cabeza hacia afuera, se quedó con un mechón entre las manos enguantadas, lo que provocó una carcajada de los niños, mientras las mujeres se santiguaban a gran velocidad.

El médico limpió con sus guantes las dos sienes del cadáver. Lo hizo como con cariño, con un movimiento suave, un tanto extraño para las circunstancias.

—Sien izquierda, inspector, como le dije —susurró el médico.

El cadáver volvió a su tumba. La muchedumbre se dispersó. De regreso a la inspección, el teniente caminaba al lado del inspector y de Pretorius.

—Entonces el informe es falso. La mujer y los catorce hermanos del muerto deben haber dado información falsa a la Policía. Ahí los tengo incomunicados. ¿Qué hacemos? Si quiere, los ponemos a cantar de lo lindo. Una vez, al hombre aquel que extorsionaba a la hija de doña Laura, el que pedía plata para no manchar con vitriolo la cara de la niña, lo cogimos de las pelotas y lo pusimos a cantar rapidito. Es muy fácil. Lo sacamos a las dos de la mañana con la cabeza entre un costal. Le damos duro en medio de una pelotera, para ponerle un arnés de cuero sin que se dé cuenta. Amarrado lo llevamos al río, atamos una cuerda a la baranda del puente, y le dijimos: "¡Cantá, hijueputa! Vos ibas a joder a la niña de doña Laura. Cantá o te tiramos al río". Ahí lo empujamos al vacío. El hombre dio un berrido como de marrano en Navidad. Lo subimos, y ahí cantó porque cantó, en medio del temblor y los orines —comentó el teniente.

Hércules protestó levemente. El inspector dijo que después se vería qué hacer y guardó silencio. Sabía que esa noche iban a proceder sin que él se diera cuenta. Miró de reojo a García, el mismo García que hacía poco había librado a Hércules y otros amigos del servicio militar, no propiamente por cumplir una misión altruista. El día anterior había conocido a su esposa, Janeth. Una chica repolludita, de extraños ojos claros, ingenua y deliciosa, como manzanita criolla, de las que crecen silvestres en los patios de las casas coloniales. Son tan manzanas como las otras, pero más pequeñas, enigmáticas, con un cierto sabor ácido, imposible de encontrar en las importadas que venden en las calles de la capital.

—¡Qué triunfo! —dijo el inspector a la mañana siguiente, frotándose las manos—. Confesaron todos. A las cuatro de la mañana, cuando el hombre salió solo a cazar, acompañado de su perro, los hermanos, empujados por la mamá, le hicieron gavilla y lo mataron. Después inventaron el cuento del resbalón y el accidente. Ahora los vamos a podrir en la cárcel.

Hércules trató de incorporarse. *In dubio pro reo*, la duda favorece al acusado, recordó. Las frases de su profesor de Penal eran pronunciadas en latín, con cierta fruición. Hércules, durante sus estudios, le apostó al derecho penal. Pero luego la política devoró toda su mente. Ese día, calló. Había callado cuando los comunistas trajeron las bombas de la capital. Y callaría después, varias veces.

9

—Ya ha pasado una semana desde la manifestación en la plaza. Esta vaina tiene que ser democrática —dijo Pretorius—. Yo estoy de acuerdo. Hay que ir a la huelga, hay que tumbar al rector, hay que generar hechos revolucionarios. Alguna violencia se necesita. Pero si la mayoría de los compañeros apoya al rector, eso hay que respetarlo.

—¡Paja! —dijo Sanjuán—. La mayoría está alienada. Lo que quieren es sacar su cartón y trabajar en una transnacional. No hay conciencia, ni siquiera entre los proletarios. Nosotros somos la avanzada, hermano. Nosotros tenemos que pensar por ellos. Las universidades son agencias de empleo, fábricas que producen patentes de corso para explotar y vender supuestos conocimientos. Pero son conocimientos a destajo, una mascarada al servicio de quienes se adueñaron de los medios de producción. El rector anda en contactos con los americanos. Ahora quieren importar un programa de desarrollo familiar para enseñarles a nuestras muchachas cómo cocinar con los enlatados que ellos producen y controlar la natalidad para frenar la revolución. Y el gobierno títere aplaude. Hay agencias financiadas por los americanos castrando, si se puede decir, a nuestras muchachas, a las hijas de los pobres. La Iglesia se opone, en un gesto de clarividencia poco común en los curas. Pero el Gobierno le hace el juego debajo de la mesa a esas organizaciones disfrazadas. También con el Departamento de Agricultura hay programas para producir maíz genéticamente modificado. Eso quiere decir más maíz, a menos precio, para mantener arruinadas nuestras economías. Es el patrón de dominación, hermano, el sistema. El rector es una marioneta. Para reventar esto hay que usar la fuerza. Somos minorías privilegiadas, porque tenemos conciencia crítica. ¿Qué importa un muerto?

—Compañero —replicó Hércules—. No necesita convencerme de la necesidad de la revolución. Pero hay que ir progresivamente. Hay que educar. Hay que despertar la consciencia. La violencia sirve, no lo niego. Pero esta es una universidad. Tenemos que ser capaces de convencer.

A las dos de la mañana comenzó la toma. El debate seguía de manera soterrada, pero entretanto se prendieron fogatas en el patio central, los comités cívicos congregaron gente de los barrios aledaños y empezó la operación logística. Alimentos para cuarenta días, esa era la meta. “A las cinco de la mañana tendrían que estar los escuadrones de choque para impedir la entrada de directivos, profesores y estudiantes esquiroles, burguesitos que soportan inconscientemente su

ceguera con tal de conseguir un cartón para colgar en la oficina, ganarse unos pesos, comprar un Mazda, tirar los viernes, bailar hip hop y trabarse de cuando en cuando", proclamó Sanjuán.

Hacia las siete principió la fiesta. Mientras la Policía, con rostros cubiertos por las máscaras antigás, acordonaba la ciudadela universitaria y la puerta principal hervía, atrás, ateridos en medio del rocío, con la cara cubierta por pasamontañas, un grupo cantaba suavemente:

La hierba de los caminos
la pisan los caminantes,
y a las mujeres del pueblo
las pisan cuatro tunantes,
de esos que tienen dinero.

—¡Prendan las llantas! ¡Un pelotón de voluntarios para quemar los buses que quieren salir por la Paralela! —gritaban los manifestantes.

—¿Y si hay muertos?

—Un tributo a la revolución. ¿Cuántos hijos de los pobres mueren de diarrea?

Los señores de la mina
se han comprado una romana
para pesar el dinero
que toditas las semanas
le roban al pobre obrero.

—¡Mierda! Los cabrones de las molotov van muy despacio. Pidan refuerzos. El sur está desabastecido.

—Oí por radio que vienen las tropas especiales.

—No crea. Son cuentos de hadas. La gobernadora es consecuente, hermano. No lo va a permitir.

Qué culpa tiene el tomate,
que está tranquilo en la mata,
y viene un hijo de puta
y lo mete en una lata
y lo manda pa' Caracas.

—Sanjuán, Sanjuán. ¡Cayó un infiltrado! Un tira de la policía secreta. Lo cogimos en el laboratorio. Estaba examinando la dinamita —dijo alguien.

—Tráiganlo inmediatamente. Vamos a hacerle un juicio revolucionario —contestó Sanjuán.

—Cuidado, hermano. Ahí sí intervienen los especiales y nos capan a todos.

Cuándo querrá el Dios del cielo
que la tortilla se vuelva,
que la tortilla se vuelva,
que los pobres coman pan
y los ricos mierda, mierda.

El capturado, pálido, sentado en la silla principal del Consejo Estudiantil, se deslizaba sobre el asiento, como tratando de escudarse tras una trinchera inexistente. La mano desmayada, cataléptica, sobre el muslo. No temblorosa. No tensa. Solo inerte, con su piel de pergamino luminiscente por la humedad. Su mirada apenas tocaba los objetos y las personas, como por encima. Había angustia, pero apenas parecía una inquietud lejana, más bien de alguien que no entendía lo que estaba ocurriendo. No espasmódico. No febricitante.

—Ha traicionado no solo a la revolución, que sería lo de menos —dijo Sanjuán—, sino a su clase. Hay que ejecutarlo. La muerte de este hombre no importa, es un suceso accidental. Las ideas están por encima de él. No olvidar, camaradas, el objetivo central de la lucha. Pero no seamos güevones. Hay que aprovechar. La ocasión la pintan calva. Que traigan la nueve milímetros y se lo achacamos a los especiales.

La puerta se abrió tempestuosamente y el jovencito de barba primaveral, acezando, anunció que las fuerzas especiales habían anunciado una operación generalizada para rescatar al detective.

Sanjuán continuó imperturbable. Se puso de pie y movió las manos como aspas de helicóptero:

—Compañeros, compañeros. El momento crítico ha llegado. Si los vándalos entran al claustro, habrá una insurrección general. Los barrios pobres se levantarán. Puede que algunos caigamos en la lucha. No importa. Como dijo José Antonio Galán, "¡ni un paso atrás, siempre adelante, y lo que ha de ser, sea!".

Pretorius pidió calma. Disimuló, como ya lo había hecho antes, las tenazas de sus manos en el bolsillo de la chaqueta cazadora, y repuso:

—El problema no es la muerte. Ni la nuestra, ni la del detective. Acepto que la muerte de este tipo es apenas un accidente. ¿Quién se acordará de él dentro de mil años? Pero si es accidente para despreciarla, es también accidente para valorarla. Compañero Sanjuán, si este cabrón es lo suficientemente despreciable como para morir, entonces también lo será para vivir. ¿Qué son las ideas? ¿Qué mierda es esa? Usted cree que las ideas andan caminando por ahí, sueltas, como la sonrisa del gato de Cheshire en *Alicia en el País de las Maravillas*. ¿Será que las ideas caminan

buscando dónde incorporarse? ¿Un cuerpo, un libro, una amante? Usted es el campeón del materialismo dialéctico y cae en la trampa de defender unas ideas para justificar la muerte de este idiota, sin darse cuenta de que, a sus hijos, a su mujer, les importan un rábano las ideas. La insurrección generalizada es una alucinación. Puede que más adelante. Pero ahora es una ilusión estúpida. A nadie le importará literalmente un culo que masacren a cientos de compañeros y compañeras en las aulas.

—¡Alto ahí, Pretorius! —gritó Ackerman—. Estás cayendo en el desviacionismo. Ese es el peor mal burgués. Sanjuán tiene razón en todo, menos en lo de la insurrección. Están verdes las uvas, maestro. Pero el error es creer que a la revolución solo se llega por la insurrección. No hay tal. Hay que crear un foco. Eso es todo. Recordemos la Sierra Maestra. El Che lo tenía claro, si no es porque la CIA lo mata en Bolivia. Pero sobre el policía este, aunque Sanjuán tenga razón en lo teórico, el problema es que no tenemos fuerza suficiente para nada. Una muerte así vale huevo. Lo que hay que hacer es negociar la salida del rector contra la vida del espía. Hay que enfocarlo como un acto de generosidad revolucionaria, sin caer en desviaciones peligrosas.

Los demás fueron asintiendo, con excepción de Pretorius, que volvió a la carga con el cuento de la solución democrática de la huelga.

—El referendo. Hay que hacer un referendo. Si la mayoría apoya al rector, pues toca agachar la cabeza. Pero eso no va a ocurrir. Tú sabes que las bases nos apoyan —dijo, mirando a Ackerman—. La negociación sobre la libertad del detective debe llevar a un referendo.

En ese momento saltó Román, que estaba agazapado en la última fila, limpiándose las uñas:

—Por ahí es la cosa. Es un ejemplo para las demás universidades. Un referendo permite mantener la agitación, llevar el mensaje revolucionario; nos da una bandera, nos permite doblegar a los reaccionarios. Es una bofetada al periódico local, que nos ha tildado de anarquistas. Adelante, muchachos, es la gran oportunidad. Nos cagamos de paso en la Policía, que viene preparando la toma brutal de la universidad, y sirve de apoyo a la gobernadora, que se ha mostrado condescendiente, no por convicción, claro está, sino porque está orinada de miedo. Clarividencia, muchachos.

El verbo encendido, el ademán tribunicio, la cascada de saliva que le salía sin pausa a Moncho por entre los labios crispados y lo obligaba a recogerla con el envés de la muñeca, sin dejar de hablar a borbotones, todo precipitándose de manera inverosímil. Los más recalcitrantes totalmente anonadados, el verbo fulgurante, ¡zas! Ya está, aprobado, como en medio de un chispero decembrino. La decisión estaba tomada, la reunión se disolvió, los duros quedaron desconcertados y absortos.

A la salida, Román pasó su brazo sobre los hombros de Pretorius y lo apretó un poco, como si se tratara de un gesto de complicidad.

10

Sin saber que existías, te deseaba. Cuando te asomas a la ventana, justo enfrente de mi cuarto, ¿lo haces por mí? Pasan los días y no he sido capaz de abordarte, Fati. Mañana, al salir de misa, cuando estemos subiendo la calle empinada rumbo a nuestro barrio, tal vez sea el momento. Negrita, tú llegaste a mi vida cuando el camión de trasteos aparcó en la acera frente a mi casa. Filomena de Fátima Landázuri. Tu padre venía en un Studebaker verde, modelo 54. Tus hermanitos, con cara de yo no fui, con un cierto desprecio por la naturaleza humana, me miraron como si yo fuera el único y odiado representante de la humanidad entera. Y después estabas tú, la joya que Dios puso en mi corazón para bien de mi vida. Ni siquiera me miraste, pero tus ojos negros, piel canela, fueron suficientes para saber que, antes de conocerte, te adiviné. Creo que llegaste en el momento en que te esperaba. Mañana, Hércules —me digo—; tiene que ser mañana, porque dicen que la distancia es el olvido. Con el "Daos fraternalmente la paz" me colocaré unos pasos detrás de ti, que sonreirás y chismosearás hablándoles al oído a tus amigas. Si fueras sola sería más fácil. Ahora, con tanta compañía, la cosa se complica. Ánimo, Hércules. Coraje. Tengo que lograrlo. Empezarás a moverte lentamente. Yo saldré detrás, con cautela. A la primera oportunidad te abordaré, te daré dos gardenias para ti, muchacha de mis amores. Te miraré a los ojos, que contemplaré con delicia. Veré tus labios de rubí, de rojo carmesí. "¿Podría acompañarte, Fati?", te diré. Caminarás remolonamente, reirás, reirás siempre con tus dos amigas.

¿Me habrás visto? ¿Te reirás de mí? Tal vez no aceptes mis gafas. Soy el único con gafas. Los demás siempre se burlan. Las he quebrado varias veces, pero mi mamá no deja de comprarme otras. "Te da dolor de cabeza en el colegio, Hércules. ¡Ponte las gafas!". Nunca quise decirle que preferiría el dolor de cabeza. "Arbeláez tiene un libro, mamá. Ahí dice que es peor ponerse gafas. Que hay que hacer unos ejercicios con los ojos. Miras al cielo, luego miras tus manos. Hay que hacer ejercicio con unos musculitos que son los que dan la miopía". "No creas esas bobadas. El doctor sabe lo que dice. Aquí te compré otro par de anteojos. Esta vez los cuidas, ¿eh?". Será por eso que ni me miras, Fati.

Se detendrán frente al antejardín de las Otálora, todavía a dos cuadras de nuestras casas. Se sentarán en el murito y seguirán conversando. El tiempo se congela. Ahora creo que no seré capaz de hablarte. Pero tampoco podré pasar frente a ustedes, frente a ti. Usted es la culpable,

Fati, de todos mis temores y todos mis quebrantos. Yo también me detendré. Ni modo. Comenzaré a sentir cierta urgencia de escapar, pero no podré pasar frente a ti. ¿Cómo te saludaré? ¿Cómo caminaré después? ¿Me mirarás por detrás? ¿Tendré que mirarte de soslayo, como para enviarte un mensaje, una afirmación de mi amor inextinguible? ¿Entenderás que mi amor es como un grito que llevo aquí en mi pecho y aquí en mi corazón? ¿Pero qué pasará si, al caminar, pierdo el paso? A veces me ocurre. Me detengo.

La urgencia comenzará a invadirme. Qué haré, sentado como un idiota en el barranco que queda al lado de la mata de plátano de los Orejarena. Cogeré un espartillo y meteré la parte blanda por los huequitos de los gusanos. Como pescando. Ellos morderán con sus dos mandíbulas color pimienta y uno los sacará de su madriguera. Disimular, hermano, Hércules. Pasaré incólume la tempestad de ridículo que me golpea. El tiempo se alargará. Ustedes seguirán conversando, riéndose, compartiendo experiencias ignotas. Ya el barranco perderá todo encanto. Siento que la urgencia me atropellará, pero la barrera que ustedes han puesto, sobre todo tú, Fati, Filomena de Fátima Landázuri, la más bacana, la de los ojazos tentadores, será como un toque de queda decretado en la mitad de la vereda que lleva a nuestros hogares.

Como el 10 de mayo, cuando iba cayendo el dictador. Toque de queda. Quieto todo el mundo. La calle llena de soldados. Mi hermano se escapó y se unió a la manifestación frente a los cuarteles de la policía secreta. Se sabe que hubo disparos. Un chico murió. Mi hermano regresó con esa cara verde que nunca volvería a verle, y con la chaqueta de paño ensangrentada en la espalda. Mi madre, aterrada, lo regañó, y mi padre golpeó con su puño la mesa del comedor. Mi hermano se desmayó mientras mi padre gritaba: “¡Hay que cumplir con el toque de queda, y punto!”. Toque de queda. Imágenes congeladas, suspendidas de manera inverosímil en el aire, como cuando falla el proyector en la vespertina del Teatro Cumanday y la película queda súbitamente paralizada.

Así es, Fati. Ahora soy prisionero de amor. Tu grupo se deshará y lograré llegar a mi casa. Una vocecita me dirá: “No fuiste capaz, cabrón. Te aculillaste. Nunca será tuya. El hombre que no arriesga no baja calzón de seda”. Pero acallaré esa voz, otro día tal vez. Leeré a Kempis.

Filomena espera el bus del colegio, parada en la esquina, con su uniforme azul y camisa blanca de manga corta. Sus brazos ateridos se llenan de arreboles, y pequeños, minúsculos, promontorios volcánicos muestran que su piel está viva. Bésame tu a mí, bésame igual que mi boca te besó, dame el frenesí que no he sido capaz de darte.

¿Y si vamos a cine? Suavemente podría tomarla de la mano. Ella fingiría no darse cuenta. La dejaría allí, desconectada del resto de su cuerpo. Luego la llevaría a mis labios. Llegaríamos al Olympia. Compraríamos maní. Subiríamos a popular. Aparecería Florentino Potrero. Se sentaría a su lado. Amores de estudiante, flores de un día son. Habría que hacer algo, Hércules. Mañana

tenemos boxeo, al lado de su casa. Fati estaría mirando tras el visillo. ¿Estará? Saldría y ¡puf! le pegaría a Florentino, mi rival (¡no! Mi rival es mi propio corazón), un jab de derecha. Su nariz se hundiría como en los cómics. Todos me admirarían. Ella también. Detrás de su ventana. Suspiraría por mí. Pensaría que soy el macho cabrío que necesita su alma y su cuerpecito. Pero sé que, a la postre, voy a perder. Entonces, ¿para qué peleo? Llegaría la hora, haría calentamiento en mi esquina. *Stretching*, fintas, box con la sombra. Rubén, el árbitro, tomaría mis guantes y los de Florentino. ¡Adelante! Saldría como una tromba. Loaiza me había recomendado uno o dos *rounds* de estudio. No podría esperar. Ahora o nunca. Patria o muerte. ¡Lo que ha de ser, sea! Florentino resistiría mi embestida desordenada. Al tercer *round*, no podría respirar. Florentino me conectaría en la oreja. Perdería la orientación y golpearía la ventana de Fati. Quebraría el vidrio. Los guantes se agrietarían. La gente reiría, pero yo apenas la oiría, como a través de una pecera. ¿Fati me vería? ¿Se daría cuenta de mi derrota? ¿Me despreciaría? ¿Quién podría defenderla si yo, su amante, no podría derrotar a Florentino?

Fati se baja del bus y yo estoy haciendo guardia hace media hora. ¿Me miró? ¿Sería a mí? Tal vez miró al vacío. Ahora comienzo a creer que ama a otro. Que me traiciona. Mi corazón una mentira pide. ¿Ahora amas a Florentino Potrero? ¿Cruzaste una mirada con él la última vez que jugamos parqués?

¿A quién mirabas, Fati? Mierda, ¿a quién? Qué ganas de llorar en esta tarde gris. Ahora no me amas. ¿Me has amado alguna vez? Porque es mujer y al nacer del engaño hizo un sentir. Me muerdo los labios para no llamarte. He perdido. Nunca te hablé. Me desprecias. No puedo arrancarte de mi piel. Préndeme fuego si quieres que te olvide.

11

Pretorius baja las escalas desde la oficina del Consejo Estudiantil, llevando al policía prácticamente en andas. Ahora, el color indefinido de su piel ha contagiado el rostro de Pretorius. Cuatro largas escalinatas. Se dijo en los pasillos, bajo cuerda, por el correo de las brujas, que los grupos activistas no iban a permitir la entrega del policía. Habría un atentado, aunque Pretorius tuviese que morir allí, tomando del brazo al policía.

"De una vez salimos del burguesito. Ahí no se pierde puñalada", era el rumor que se oía por ahí.

Al llegar a la plazoleta central, se metieron difícilmente en el escarabajo Volkswagen de la secretaria general de la universidad. El carro comenzó a mecerse, a merced de las oleadas de estudiantes que querían impedir la entrega. Román trató de aplacar los ánimos. Ackerman caminaba al lado de la ventanilla de Pretorius. Colocó su dedo pulgar en los adentros de la gruesa correa de cuero y tensó su bíceps, como para que te cuidés, granhijeuputa. La pequeña montaña rusa intermitente de su mejilla no paró de moverse, y los labios, encogidos, se prolongaban hacia el horizonte. Prendieron el motor del carro y lentamente empezaron a desplazarse en medio del alboroto. Al salir de la ciudad universitaria, un grupo de funcionarios de traje café oscuro y corbata, con barriga de más de 110 centímetros, funcionarios todos de la Defensoría del Pueblo, recibieron al policía desmadejado. Pretorius miró al final de la larga calle y alcanzó a percibir entre brumas los trajes de fatiga de las fuerzas especiales. Le pareció que una cámara filmadora hacía algunas tomas. El piquete acordonó la vía, pero no se movió, tal como había sido el pacto. Pretorius guardó las manos en su chaqueta y regresó al escarabajo. Se estrechó para permitir que Ackerman y Román lo acompañaran adentro. Al llegar de nuevo a la universidad, el ambiente de tensión se acrecentó. Grupos enmascarados le gritaron "traidor", mientras aparecieron, como hongos milagrosos que se multiplicaban al amparo de una mano invisible, cientos de carteles burdamente escritos a mano. "Muera la burguesía oportunista", decía la leyenda garabateada con apresuramiento no disimulado.

Pretorius comenzó a organizar el referendo. Sentado en el escritorio del Consejo, un viejo mueble menospreciado por todos, lleno de marcas de cigarrillo, culos de botella, la zeta del

zorro, corazones atravesados por flechas sangrantes con iniciales de enamorados en los extremos, pero noble en su desvencijamiento, Pretorius hizo cuentas mentales sobre el resultado: los semestres de estudios generales en la escuela de Medicina nos acompañan en un ciento por ciento, esos deben ser como dos mil votos. Los que están en el hospital más o menos quieren al rector, porque montó la unidad de medicina nuclear. Agronomía es totalmente nuestro. En Veterinaria, Zaldívar ha hecho una campaña contundente contra el rector. En Derecho partimos fuerzas. Las muchachas de Enfermería son las más beligerantes. Todo Matemáticas, Filosofía y Sociales es terreno abonado. Yo creo que no tenemos pierde.

Las decisiones tomaron cuerpo rápidamente, mientras el clima de violencia entró en un estado de aletargamiento sobrecogedor.

El día del referendo, Pretorius se levantó temprano. Hizo algo de gimnasia, guiándose por un manual que había ordenado por correspondencia hacía muchos años. "¿Quiere ser como Charles Atlas?", decía el aviso del periódico. Hércules había recordado a Fati con cierta vergüenza y llenado el cupón de inmediato. Le había pedido a un amigo, cuya madre se había volado con un fotógrafo y vivía ahora en Miami, que le prestara un cheque en dólares porque el Gobierno había prohibido todas las transacciones en moneda extranjera. El folleto, con un hombre musculoso de perfil mostrando un bíceps estrafalario, reposaba en el suelo con cierta humildad, mientras Pretorius pujaba. Su devoción por la gimnasia era apenas intermitente y espasmódica, aunque cuando la grasa del abdomen asomaba la cabeza en el espejo, él reiniciaba su tarea kinesiológica con denuedo admirable.

Aunque el referendo estaba ganado, lo cual consolidaría su liderazgo en la universidad y le permitiría tener algún papel en la escogencia del nuevo rector, una sombra pendía sobre la parte trasera de su cerebro; una nube negra que jamás lo abandonaría lo mantenía en guardia.

"Es mejor ser pesimista que optimista. Yo uso el pesimismo como una vacuna. Si algo sale mal, cosa que casi siempre ocurre, yo estoy ya preparado. Hay que hacer entrenamiento de pesimismo, ¿vale?", le había dicho hacía años a Roncallo, tomándose una cerveza de sifón en el bar que mira a la calle principal, mientras miraban a las muchachas que recorrían una y otra vez, con intermitencia sagrada, con rigurosa puntualidad, los andenes de la vía, y se demoraban un tanto frente al ventanal del bar, repleto de hombres, cuya avidez inundaba el recinto, relamiéndose el ego, felices de ser observadas. "A esas dos, las trigueñas de piel de cera que van por allí", dijo Hércules, señalándolas, "las llamamos las tranvías. Pasan cada veintisiete minutos, con una puntualidad que hubiera envidiado el Duce para los trenes italianos".

Hacia el mediodía llegó Ackerman, sudoroso. Con el puño a reventar, le dijo:

—¿Ya se enteró? Román nos ha traicionado. Se fue a Bellas Artes y les prometió el oro y el moro si apoyaban al rector. Estaba claro que Bellas Artes no tenía derecho a votar.

—¡Claro que no! —dijo Pretorius airado—. Esos son cursos de enseñanza libre. No pertenecen a la universidad, con excepción de los pocos que cursan licenciatura. Es una

maniobra malvada.

Salieron precitadamente hacia el otro extremo de la ciudad, donde, en una colina, se levantaba el edificio de granito de Bellas Artes, construido a semejanza de un viejo barco del Misisipi. Encontraron a unos dos mil estudiantes reunidos. Pretorius trató de pedir calma, la silbatina impedía siquiera modular. Vio cómo, por la parte de atrás, enmascarados, ingresaban los piquetes de combate de la Guardia Roja. Tras los pasamontañas se escondía el odio, pero también el cálculo infinitesimal, la convicción de que era una gran oportunidad para revertir los acontecimientos, para convertir la victoria de Pretorius en su derrota e, incluso, en su propia tumba.

Para Hércules no solo era un desafío personal. Era una decisión duradera sobre quién mandaba en la universidad, la libertad o la violencia. Cuando la oleada vociferante quiso aprisionar a Pretorius y Ackerman en un abrazo mortal, ambos huyeron por la ventana del fondo y saltaron a la calle por encima del muro de piedra del extremo. Los guardias rojos intentaban cerrarles el paso, pero unos mecánicos, que trabajaban en el taller de reparación situado al lado del camino que bordea a Bellas Artes, alcanzaron a salir, más movidos por la curiosidad que en ademán cívico de proteger a alguien. Y su presencia allí, su ropaje de grasa, su mirada, que brillaba aún más gracias a la capa de aceite que hacía las veces de máscara de carnaval, fueron suficientes para que el piquete extremista vacilara. Ese instante de duda les permitió a Hércules y a Ackerman subirse al bus y escapar.

El referendo está perdido. El rector acaba de señalar que se acoge al resultado y que no se retira. En el saloncito del Consejo Estudiantil, Sanjuán dibujó una ligera sonrisa con sus labios apretados. Moncho entró, con la cabeza agachada.

—Román, cabrón. Nos has traicionado —dijo Hércules.

Tomó asiento y no contestó. Cuando Sanjuán salió del salón, miró a Pretorius y le dijo:

—Sí, mi hermano. Te he traicionado. Los he traicionado —agregó, mirando de soslayo a Ackerman.

—Eres un hijo de perra —ripostó Pretorius.

—El rector me llamó. Tú sabes que este año termino y necesito un fiador para montar mi consultorio de odontología. Cuesta un cojonal. No tenía quién más me ayudara —explicó Román con la mirada en el suelo.

—Pero, ¿y las ideas, cabrón? Las ilusiones. Las promesas. La revolución. Todo lo has entregado —agregó Hércules.

—Las ideas duran hasta el año entrante. Cuando el decano me entregue mi título y se despida de mano delante de mis padres, y yo los mire orgulloso y sonría al fotógrafo, en ese momento las ideas habrán muerto. ¿Qué diablos podrías hacer tú por mí? Lo lamento. La vida es así. Para la

política se necesita tener dinero. Para la revolución, aún mucho más —musitó Román entre dientes.

Pretorius caminó hasta su casa. Al llegar, creyó sentir que entre los matorrales algo se movía. Un Renault 4, parqueado al lado de la entrada, arrancó súbitamente, dejando la huella del caucho en el concreto y la del chillido de sus llantas en su memoria.

12

Querida Juana:

Gracias por tu carta. Lo de vestirte de negro me parece chévere. Tengo una prima que vive en Londres y me dice que todo es negro allí. Las muchachas usan pantalones negros, con tenis y abrigo negros. Las vitrinas son espectaculares. La moda de verdad está es en Milán o París, pero me dice que Londres tiene un diseño especial. Lo del morral, fantástico. Las muchachas aquí usan morrales de lona. Parecen feos y sucios, pero a la hora del té, se ven bonitos. Yo sigo en lo de seguros, pero la cosa es muy difícil. Hay que trabajar cada cliente, la recesión está dura, toca camellar. Los gerentes de las empresas siempre invitan a comer y a bailar. Yo voy por llevarles la corriente. Bueno, una que otra chupada de trompa no está mal, si al final firman la póliza. Con Nick sigo bailando rock, saliendo de vez en cuando. Él trata de ponerse celoso y dominarme, pero yo no me dejo. Me tienes que presentar a Ackerman. Qué apellido tan raro. ¿De dónde salió? Sobre todo, lo de musculoso me parece fantástico. A mí me gustan los tipos deportistas. En la televisión me muero por los tenistas con la cara sudorosa. Los futbolistas no, porque escupen. Me parece que la FIFA debería prohibirles que escupieran y que se tocaran abajo, sobre todo cuando se defienden de un tiro libre. Al menos cuando están en cámara. Eso se ve muy feo, y el espectáculo no es bonito. Lo mismo pasa con los que se bajan las medias y a los que se les sale la camiseta. Tampoco me gusta que se la quiten cuando termina el partido. Y luego se la entregan a un jugador del equipo contrario. Guácala. Qué asco. Camisetas todas sudadas. Pero, en cambio, me fascina cuando tienen barbita de dos o tres días. Lo del matrimonio, pues nada. Yo tampoco tengo afán. Ahora estoy gozando la vida. Por las noches vamos a bailar con Nick o con los clientes. El problema es que, de la fumadera, me duele la cabeza al otro día. También se toma bastante, y creo que eso es malo. Por fortuna ahora vivo sola, porque, si no, ¿quién se aguanta a mi papá? Te deseo mucha suerte con Ackerman. Algún día te casarás y tendrás dos hijos. ¿Será buen padre? Me parece raro eso de los entrenamientos. ¿Será apenas para sacar músculos? Porque qué pereza uno de esos tipos políticos que se van a los barrios pobres y organizan

cosas los domingos. Pero en realidad buscan organizar la rebelión. Yo creo que los domingos son para salir con los hijos al club, a jugar tenis o a la piscina. Claro que yo no tengo club, pero me lo imagino. Lo de la revolución es como una bobada. Yo creo que muy rápido, con las comisiones que me pagan, puedo comprarme un carrito. Y algún día me casaré. Vamos a ver si con Nick, o de pronto con otro mejor, que tenga más platica. Lo que sí es verdad es que eso de las elecciones me tiene sin cuidado. Los políticos son todos iguales. Cuando te cases cómprate una nevera Whirlpool en Miami. Mi tía acaba de comprar una. No te imaginas. Se la trajeron de contrabando. Es una belleza, de dos puertas, con un congelador que ni qué te digo, y con máquina de hacer hielo. Eso es muy bueno para las fiestas, porque no tienes que sacar el hielo de las cubetas, dedos rajados y uñas vueltas miseria. Uno pone el vaso en un roto que tiene la nevera, hunde una palanquita y sale ahí mismo. Es lo mejor. Si tengo plata cuando te cases (tampoco corras mucho), te la compro. También me parece raro eso del curso en el Ejército. Meterse con militares, ¡ni de riesgos! Esos son más bien negritos. Hay que buscar gente rica o de apellidos. Los del ejército son como los de la policía. Es lo mismo. Los únicos chéveres son los de la marina, tan lindos con esos uniformes blancos. ¿No te parece raro que los de la marina sean casi todos del interior? Ni un costeño. Mejor, eso sí. Dile a Ackerman que mejor se meta a un curso en la marina. Pero lo del ejército me parece de quinta categoría. Bueno, mija. Espero que con Ackerman todo vaya bien. Si apenas te coge la mano debe ser que el tipo es serio. Lo único es que no te vaya a salir maricón. Ahora como una nunca sabe. Hay maricones por todas partes. Hasta casados. Y son como mafias. Nick me dijo que en Estados Unidos y en Inglaterra el gobierno tiene una “mafia gay”. Es una maricocracia. Y que toda la cosa del sida es porque esos tipos se enferman con cualquier cosa. Una vez hubo una recepción en la embajada de Guatemala y repartieron fresas traídas de allá. Un maricón del gobierno se enfermó, y de ahí viene toda la cosa de las reglas de sanidad, leyes sobre los empaques y todo lo demás. Es para proteger a los maricones del gobierno, que son tan delicados. Me dijeron que en la Corte casi todos tienen amantes y las nombran de jueces. Y los políticos… son una porquería. Los que no tienen amantes, entonces andan buscando muchachos. Qué porquería. Eso sí no, mija. Tienes que averiguar mejor. Quítale de la cabeza lo de la revolución. Bueno, tengo que salir a vender una póliza grande de accidentes personales. El cliente es un bacán de treinta y dos años. Después te cuento.

Ciao,

Sheila

13

—¿Quicunubo, hermacunano? —dijo Zuluaga.

—Nada, Pretoconorius. La misma vaina. Llevacunamos apecunenas trecunés dicunías de vacaciocunones y ya estacunamos mamacunados.

—Nooooo, hermacunano. Hacunai mucunucho para hacecuner. Podecunemos icunir a la manga que quecuneda detracunás del colecunegio. Podecunemos abricunir una trocha larguicunísima. El zanjocunón que hay allicuní fue hecunecho duracunante la guecunerra de los micunil días. Eso me dicunijo mi papacuná. Por aquí pasacunaron los ejecunércitos liberacunales. Y en el cerro que quecuneda despuecunés del filo de arricuniba, los derrotacunaron los conservadocunores. Tocunodo estacuná llecuneno de malecuneza. Con machecunetes podecunemos abricunir nuevacunemente la trocha. Nos demoracunamos quicunince días. Trabacunajo verracunaco. Pero al finacunal nos sentiremos como triunfadocunores de una gracunán batacunalla.

—Ecuneso suena como buecuneno pero cansocunón.

—No sea güevocunón. Ni flojo. Pero tambiécunen podecunemos ir a la tiecunenda de abacunajo y miracunar las revicunistas de viecunejas en pelocunota.

—Me dijecuneron que Gonzacunalo compró una revicunista de esas y que se hace la pacunaja todo el dicunía.

—Gravícunísimo. El cucunura españocunol, el agusticunino que parecunece bracunavo a toda hocunora, dicunijo en el sermocunón de ayecuner que la pacuja da tumocunores en el cerecunebro.

—Pecunero el jesuicunita que llevacunaron al colecunegio San Luicunís dijo que peor que la pacunaja eran las pucunutas. “Masturbacunaos, hicunijos”, eso fuecuné lo que dicunijo. Y que hay que “huicunir de las mujecuneres que son democunonios con carne”.

—No crecuneo. Yo tracunato de no hacecunerme la pacunaja. Pecunero es imposicunible. El Macunartes Santo me confesecuné para comulgacunar el Juecuneves Santo, porque es obligaciocunón. Si uno no comucunulga, los cucunuras le ecunechan del colecunegio. Pecunero el miecunércules me subicuní al tecunecho y vi a mi vecicunina, la que fue al reinacunado de bellecuneza, empelotacunándose frente a un especunejo. No me aguantecuné y me la hicunice ahí mismo. En el tejacunado. Entocunonces tucunuve que icunir a confesacunarme otra vecunez.

El cucunura se saliocunó del confesionacunario y me regacunoñó delacunante de todo el mucunundo. “Impícunio. Pagacunano. Merece vivicunir en Sodocunoma”, gritocunó. Pero al finacunal me diocunó la absoluciocunón que ecunera lo importacunante. Yo crecuneo que de verdacunad me va a dacunar un tumocunor en el cerecunebro. Despuecunés de la pacunaja, hacunago laceraciocunones para alejacunar el tumocunor y libracunarme del inficunerno.

—¿Y ha viocunisto el huecuneco por donde llecunegan los hicunijos?

—No, hermacunano. ¿Cuál huecuneco?

—Gilbecunerto dice que las mujecuneres tiecunenen un huecuneco. No sacunabe si es en el omblicunigo o por ahí cecunerca. Villecunegas apostocunó a que era entre las picunernas porque vio a su hermacunana bañacunándose.

—Preguntécunemole al cucunura de la Ermicunita. ¿No dizque ecunellos son los encargacunados de enseñacunar todo ecuneso?

—Ni puel’ pucunutas. El cucunura es bravicunísimo. Tambicunén dicunice que al que se hacunaga la pacunaja le crecuncen pelos en la macunano.

—Bueno. Pero ahocunora no hablecunemos de cocunosas aburricunidas. Cuando uno se va a moricunir, todavicunía puecunede arrepenticunirse. Ecuneso me dijo mi hermacunano. Y ecuneso es todo. Uno se salcunava y se va para el cielo, auncuneque haya sicunido un bandicunido o un pecadocunor.

—¿Y si uno se muecunere de repecunente? Es mejocunor estacunar preparacunado.

—Bueno, Hércules. ¿Por qué no jugacunamos al Senacunado? Nos reunicunimos en la caseta de Acciocunón Comunacunal. Creo que nos la precunestan.

—Está biecunen. Echacunamos discursos. Yo me aprendicuní de memocunoria los discursos de Gaitacunán. ¡Qué verraquecunera! Un bacán. El sí sabicunía de los problecunemas de los necesitacunados. Mi papacuná me habla mucho de Olacunaya. Pero eso fue acunantes. Ocunotros dicunicen que Gabriecunel Turbacunay era mejocunor, pero que lo jodiecuneron porque era tucunurco. Mi tío dicunice que, si a Gaitacunán no lo hubicunieran matacunado, el país sería disticuninto.

—Los amicunigos quiecuneren que tú seas el Presidecunente del Senacunado. ¿Dejacunamos icunir a las muchacunachas?

—No, hermacunano. Porque iría Fátima y me jocunodo. No puecunedo hablacunar. Me cacunago del sucunusto.

—¿Ecuneso es pocunorque cuando gracunande vas a secuner policícunía?

—No, mano. Ahocunora quiecunero ser presidecunente. Y si no se puecunede, entonces guerillecunero…

14

Tiempo después del referendo, Hércules volteó en la esquina, por el andén derecho, en dirección a su casa. El asfalto recogía la mezcla variopinta de colores y proyectaba una danza sicodélica, al mismo son y con igual intermitencia que los avisos de neón, inextinguibles, jamás fatigados de emitir sus mensajes, pese a la altura de la noche. El andén se asemejaba a la piel de un perro dálmata, lleno de charcos de agua brillante como una perversa nieve nocturna, que compiten con otros que no podrían ser sino de tinta china. Hércules debía vadear a unos y otros mientras manipulaba su pipa recién adquirida. El amargo sabor del tabaco convirtió su saliva en una pócima insufrible, a la vez que un reflujo de fuego le acogotó la garganta. “No hay tal que hay que curar la pipa… el que se cura es uno”, le había dicho Román.

Al trasponer el último de los charcos grandes, un movimiento de sombras en la bocacalle del fondo sirvió de prólogo al chirrido de llantas que agobiaron de manera súbita el asfalto en melodía inconfundible. El cerebro de Pretorius se vio invadido por un gran signo de interrogación, mientras la velocidad alterada de su corazón envió un presentimiento a la base del estómago. Pretorius, no obstante, logró de inmediato desterrar la inquietud, sepultando esa vaga zozobra que, sin embargo, se quedó allí, como una nata, en estado de latencia. Subió las escalas en medio de las tinieblas, colocó el índice derecho en el pasamanos para que le sirviera, como siempre, de antena conductora, de guía infalible. Cuando la muesca mordía discretamente su dedo, el pasamano se tornaba horizontal y estaba en el rellano. Dos pasos y veinte centímetros, torcer a la izquierda, segundo y último tramo. La cabeza de un clavo, semiescondida bajo una costra de cera antigua, anunció que treinta y siete centímetros arriba, en línea perpendicular, estaba el *switch* del encendido.

Abrió la puerta, pequeño quejido de los goznes al final del arco que le creaba siempre la sensación de que sus padres se habían percatado de su llegada. Nuevas escalas para llegar, al fin, a la buhardilla recamada de libros, donde se encontraba su aposento. Al cerrar la ventana observó abajo, frente a la puerta, un coche parqueado. Chevrolet 57, línea deportiva, motor en V. Al lado, mirando sin duda hacia su ventana, un hombre alto, con bíceps de instructor de gimnasio, chaqueta de cuero negro (al igual que sus guantes), rostro impenetrable, sin que Hércules pudiera saber si estaba cubierto adrede, o simplemente diluido en el horizonte de la noche. ¿Hizo un gesto amenazante al final? ¿Lo hizo? Pretorius trató de acallar de nuevo la inquietud, que quedó

en estado de latencia y comenzó a desperezarse. Tuvo dificultad para dormir.

Al otro día bajó las escalas y tomó su desayuno en silencio. Se dirigió a la calle, y en el rellano más bajo de la escala, por debajo de la puerta, vio que habían dejado un papel. Lo tomó. Una calavera y unos huesos que bien podrían ser una propaganda para el Día de las Brujas. Recordó aquella vez en Urumita, cuando Sánchez, primer fiscal investigador del Circuito Judicial, al salir con Pretorius de su apartamento de soltero, después de una noche de parranda, encontró un papel totalmente blanco en el suelo. "Qué pueblo tan peligroso es este… ahora mandan los anónimos en blanco". El recuerdo del chiste, pieza imperdonable del repertorio humorístico después de la segunda cerveza, en ese momento no le hizo ninguna gracia.

Llegó a la salita del Consejo Estudiantil, donde ya varios de sus miembros ocupaban sus sillas. Estaban hablando en voz baja.

"Ya vienen los duros de la capital", aseguró un retazo de murmullo.

Los duros de la capital eran los que tenían contactos en el monte, los que servían de red de auxilio de la guerrilla, que nació en las montañas inexpugnables del sur como un pequeño movimiento de defensa campesina que luchaba por mejorar su vida. Una vida ligada a la tierra, único sustento, hábitat y horizonte razonable para ese puñado de labradores que, solo después, solo ahora, entró en contacto con el comunismo soviético, empezó a recibir armas y comenzó a conseguir apoyos entre universitarios, sindicalistas, intelectuales. La lucha arreciaba. La "combinación de formas de lucha" les permitía valerse de los espacios democráticos y electorales sin abandonar el atentado, el sabotaje, el asedio a las escasas columnas del ejército que llega por esos lados. Los pobladores habían ido acostumbrándose a esa dualidad: el alcalde mandaba para unas cosas, pero para otras hay que atender al comandante que, además, pasaba de cuando en cuando a cobrar su cuota revolucionaria de gallinas, plátano, muchachas para el vivaque y la intendencia y muchachos para las armas.

El sol del poniente penetraba por la ventana. La luz proyectada de atrás convirtió la cara del compañero ("¿cómo es tu nombre?", preguntó Hércules. Silencio por toda respuesta) venido de Bogotá en una especie de negativo sobrepuesto al paisaje, como las cartulinas que hacíamos en el colegio, negro sobre blanco, para semejar el pesebre navideño. Solo se distinguía su perfil, nariz aguda, quebrada, barba proyectada hacia arriba, como haciendo un mohín.

—La hora de la lucha ha llegado, compañeros. El imperialismo agoniza. La insurrección general se avecina. Hay que aprovechar la huelga de choferes para incendiar el país. Venimos con un mensaje claro del comando central. Hay que asediar en las ciudades, para distraer las fuerzas de la burguesía. En el campo, la larga marcha se aproxima a su fin —dijo Negativo.

Enseguida desplegó un mapa de la ciudad y comenzó a impartir instrucciones para el sabotaje general.

Pretorius miró a Román y de nuevo sintió, como hacía poco, la duda inextinguible. ¿Era necesaria la violencia? Cada bomba de las que se fabricaban en ese mismo momento, en los

sótanos de la universidad, tenía como destino la cara ulteriormente desfigurada de una quinceañera vestida de ilusiones, de un policía lleno de hijos, que apenas sobrevive en los suburbios, en medio de amibas y cuentas por pagar. ¿Eran sus vidas, su salud, su rostro, apenas accidentes insignificantes en la lucha por la justicia? ¿O no había justificación ética para sustanciar tanto dolor? ¿La revolución era de verdad? ¿Creía de verdad el compañero vestido de negativo que la justicia solo jugaba dentro de la mascarada del poder, buscando espacio para su partido y para sí mismo, dentro de esa noria inextinguible que alimenta la ambición política?

Pretorius entendió que la primera vez hubo lugar a la confrontación porque se trataba de decidir sobre el rector de la universidad. El referendo era una puerta de salida. Ahora se trataba era de hacer la revolución, mi hermano. No había puerta de salida. Huir hacia adelante era el único camino.

La reunión se disolvió. Hércules sintió que la niebla oscurecía aún más su raciocinio. Pero sabía también que estaba encadenado. Y que en adelante la violencia seguiría anegando todos los espacios.

***

Pretorius supo que no podía ir a su casa. Después de la manifestación en la Plaza de Bolívar y la pedrea en el Colombo Americano, la policía secreta lo buscaba por todas partes, menos por una. Las Residencias Universitarias eran una especie de república independiente, consentida por todos, adonde la policía jamás entraba. Allí, en la habitación del Poeta, improvisó un colchón y se dedicó a jugar tute mientras el humo de las bombas, el ulular de las ambulancias y el olor a desinfectante de las enfermerías amainaban.

El compañero Negativo estaba acurrucado en el rincón, con un cigarrillo en la mano y la copa en la otra, y dijo:

—Estuvo bien la cosa, maestro. Pero hay que dar más duro. Hay que conseguir más voluntarios para fabricar bombas. Hay que mejorar la calidad. Las molotov son ya poca cosa, en esta fase de lucha. De la capital viene un cargamento de dinamita. También unas armas. Metras.

Pretorius intentó guardar silencio. No lo logró. Pero en vez de replicar con un sermón pacifista que valía un rábano, prefirió el estilete de la ironía, sin saber siquiera si el ataque sería reconocido, siquiera advertido, por su enemigo:

—La religión es el opio del pueblo, hermano. Eso dijo Marx. Pero quería decir una cosa distinta a la verdad oficial empaquetada por los camaradas soviéticos. ¿Leíste, hermano, la frase completa? Pero ese no es el punto. ¿Sabés que Marx fue atacado por los ultrarradicales, dizque por falta de militancia? ¿Te das cuenta de que, en el fondo, el padrecito tenía profunda admiración por la burguesía relamida?

Negativo aspiró lentamente su cigarrillo. Miró al cielo raso, enarcando las cejas, no se sabe si

pidiendo clemencia, o repartiendo conmiseración.

—Dejate de carajadas, compañero. Me importa un culo lo que haya dicho o haya callado Marx. El diletantismo paraliza. Estamos en el aquí y el ahora. Hay que hacer la revolución. Después veremos. Este no es el momento de los filosofismos, sino el de las armas. ¿Entendés?

—¿Pero de cuál revolución estamos hablando, compañero? —repuso Pretorius—. Tal vez fue una mariconada que te hablara del cuento de la religión. Es algo del pasado. Pero volviendo a Marx, porque estarás de acuerdo en que hay que volver allí, ¿no te das cuenta de que todo lo que dijo sobre la alienación se aplica al automatismo del partido? ¿No ves que la peor de todas las alienaciones es la dictadura del proletariado, como nos la han enseñado en Moscú? Mejor dicho, cabrón, ¿estás de acuerdo con el gulag, Siberia, Stalin? Porque una cosa es la revolución de los claveles en Portugal, para airear el espíritu y aspirar el aroma de la libertad; una cosa es la primera Revolución cubana, una especie de inyección intravenosa de liberación, y otra muy distinta la sombría revolución que nos quiere decretar el Soviet Supremo. Decime una cosa, compañero. ¿Esa guerrilla que combate en el sur contra la oligarquía busca llenar los pulmones de aire nuevo, o solo quiere cambiar una tiranía por otra?

—Hermano —dijo Negativo después de largos segundos de meditación—, necesitás un seminario de adoctrinamiento. Tenés cucarachas en las güevas y fatiga en el cerebelo. Eso es malo políticamente. Agradece, hijo de puta, que no es al revés. Porque si la fatiga estuviera en las güevas, entonces serías más maricón de lo que sós ahora.

A diferencia de Negativo, Hércules no quería ser el Che. Nunca supo en realidad qué quería ser. La tibieza, su principal característica, al final incluso se confundió con un calorcillo lento y persistente que permaneció más allá de lo normal en su cadáver. Aún después del *rigor mortis*, la piel de su rostro albergaba la misma calidez que acarició Adelaida, su primera novia universitaria, allá en la soledad de las viejas silletas de la galería superior del Teatro Olympia, habitadas solo por dos o tres parejas con ansias de novilleros en la función de la una de la tarde.

Negativo se sabía designado. Más allá del triunfo o fracaso de la revolución, o de su éxito personal, él sabía que era el llamado. El ungido. Tenía una condición de superioridad hermética, porque ni admitía ni necesitaba la prueba ácida de los hechos. Su éxito no necesitaba contar con el éxito exógeno. Hércules, en cambio, había forjado su estupefacción en el yunque del asma, de la inhabilidad corporal, en las gafas a las que atribuía su incapacidad para seducir. Algo muy cómodo. El fracaso no era suyo, sino de sus circunstancias. Cuando el profesor Valencia le enseñó de Ortega el famoso “yo soy yo y mis circunstancias”, casi tuvo una erección espiritual, si bien necesitó abreviar la fórmula: “yo soy mis circunstancias”.

Hércules era un extraviado sin hilo de Ariadna. Y eso no lo atormentaba. Aun cuando oía el silbido de las bombas, que se confundía con el lenguaje de las serpientes, aun ahí, en el claroscuro de la muerte, Hércules no sabía si era un revolucionario escrupuloso o el niño desesperado porque su madre no regresaba del trabajo a mimarlo, como sí lo hacían las madres

de Soto, de Uribe, de Lisímaco.

Pero la libertad del fracaso venía de atrás. Cuando el bisturí cortó ciertos nervios, de modo que, como lo había advertido el cirujano, la erección fue ya, de manera irreversible, cosa del pasado, sintió una gran placidez. Ya podía deshacerse de la responsabilidad de ser el macho. Del mandato de penetrar, demorar, contenerse, derramarse solo en el momento del orgasmo de ella. Ahora él cumplía sin afán, recorriendo cada milímetro de la piel de la hembra, alelado, como sumergido en una sublime elación. No era él el director de escena. Las urgencias del pasado se habían difuminado. Solo llegó a conquistar el vellocino de oro del sexo cuando la impotencia fue su guía.

—Entonces, ¿ahora eres más egoísta? —le había dicho ella, la primera mujer con la que estuvo después de la cirugía mientras encendía un cigarrillo mentolado.

—No, cariño. Todo lo contrario. Ahora sé que comparto más a fondo, que escancio de manera más generosa, tu arborescente intimidad, los vericuetos de la libido femenina. Antes, el abismo de una eyaculación inoportuna, el peso del designio masculino, me producía un ensimismamiento doloroso. —Porque, por tratar de satisfacerla a ella, entendido este propósito como una tara ancestral, terminaba perdiendo las escenas de cámara lenta en el cumplimiento de un rol atávico.

—¿Y entonces vos sós como una especie de Dios? ¿Ponés una bomba y sós dueño de la vida? —musitó Hércules, mientras con la uña del pulgar repetía y repetía el surco de un corazón traspasado por una flecha, labrado por amantes desconocidos en el espaldar de la silla.

—Yo creo que Dios mata de a uno en uno —replicó Negativo—. Aún en grandes mortandades, Dios sabe con exactitud quién está en la lista. ¿Has ido a esos museos del Holocausto? Los zapaticos de los muertos alineados en perfecto orden. Las tarjetas de identidad en urnas de vidrio, perfectamente legibles. Así es Dios. Lo mío es distinto, Hércules. Yo mato sin saber a quién. No es la muerte lo que importa, sino el efecto. Cualquier cosa que se diga de la guerra termina en una sola verdad: la batalla se libra, se gana o se pierde en la mente de las personas. Yo pongo una bomba en los baños de un supermercado. No tengo ni idea de quién o quiénes van a morir. Dios sí lo sabe. Yo no. No soy Dios. Además, cuántas muertes injustas provoca Dios. ¿Has leído “La Hora de Tinieblas”, de Pombo? ¿No te extraña que un autor para infantes haya sido capaz de escribir esa diatriba contra Dios? Porque Pombo sabía que todos y cada uno de los males de la humanidad estaban ya clasificados y memorizados en la mente de un Dios todopoderoso. O si no, mi hermano, ¿en qué consiste ser Dios? Lo mío, en cambio, es solo justicia, hermano. Cada muerte no es cada muerte. El muerto no importa. El cadáver es apenas un trozo de carne. La muerte que practicamos está por fuera del acontecimiento. Es un despertar, una cachetada en el rostro de la humanidad. Su potencia es la denuncia, el alarido, el escupitajo,

no quién, cuántos, ni la descomposición de los cuerpos. No es que seamos mejores que Dios. Somos distintos.

—Veo que eres aún más hijo de la gran puta de lo que pensaba —replicó Hércules.

—No, no, no, cabrón. No entendés. Suponte que un balcón se desprende de un piso veintiuno. ¿Qué hace falta para que una pobre viejecita que lleva el mercado a su casa muera bajo los escombros? Nada distinto a un engranaje. Hasta se podría llevar a fórmula matemática. La viejita va a tres kilómetros por hora. El reloj perpetúa su tictac. Las varillas que sostienen el balcón llevan, diga usted, veinte o treinta años sufriendo el imperceptible y corrosivo ataque del óxido. Todo se consuma en una fracción de segundo. Ni el reloj, ni el orín, ni el mar y su brisa, ni el cansino andar de la viejita tienen responsabilidad. Solo Dios lo sabía desde la eternidad, desde antes del tiempo. Nosotros, en cambio, simplemente clamamos contra la injusticia. En el mismo instante, instante, oye bien, so cabrón, en que se rompe la varilla, mueren varios niños de hambre en Biafra. Puede ser que, en otro instante, decenas de años antes, un soldado israelí haya disparado contra un niño palestino que caminaba por una callecita polvorienta. ¿Ves? No importa el reloj, ni importa el autor. Nuestras coordenadas son ignotas. También un soldado venido de Corea disparó a un campesino que apenas tenía un remedo de fusil hecho de madera en el Davis, mientras tiritaba y se meaba en una trinchera. En el Davis, o en Riochiquito, o en Vistahermosa. ¿Qué importa?

—Pues sí, injusticia sí hay. ¿Pero por qué tiene que pagarla la señora que recorre las grandes superficies el 23 de diciembre para comprarles regalos a sus hijos?

—No, pendejo. Te repito. No, ella no carga con la culpa de la injusticia, ni con la infinitesimal parte alícuota que le correspondería. No muere por burguesa, ni por de malas. Cristo fue el que se echó al hombro el pecado universal. Aquí es distinto. Yo sé que vos te estremecés con esto. Pero si el reloj de la bomba no actúa, la injusticia cósmica seguirá su rumbo. Ese es el asunto, gran boludo —sentenció Negativo.

—Pero tiene que haber otro método. Y, sobre todo, otra racionalización. La política, la movilización, la propaganda, la lucha callejera, el derecho al voto.

—Vos sós más bien un burguesito maricón. Ese largo camino no conduce a nada. La injusticia es un lago. Tiene entrada y salida. Cada litro de injusticia que sacás por un lado, se ve reemplazado por diez litros que ingresan por el otro. La represa siempre se está llenando. Hay que dinamitar el nacimiento del río de la injusticia.

—¿A vos es que no te importa la experiencia? ¿No estudiás la historia? Con ese cuento no solo no se han enmendado los males de la humanidad, sino que el nuevo poderoso repite el desastre moral de su antecesor. ¿Se ganó Lenin algo cuando después Stalin se alió con Hitler? Te pasa lo de Napoleón, que siempre quiere triunfar allí donde todos han sido derrotados.

—Casos hay, es cierto. Dicen que el Che, desde su hamaca, liquidaba decenas de comparecientes, sin un juicio, sin oír excusas, sin pensar en la madre parturienta que espera al

compañero. Fidel hizo una que otra cagada. Tienes un punto. Pero no importa. Obvio que cuando triunfa la revolución, la justicia cambia. Ahora su rostro es impedir que regresen los gusanos del viejo régimen. ¿Injusticias puntuales? ¿Le importó eso a Danton? No, mi hermano. La revolución tiene que salvaguardar su superioridad moral. A cualquier costo. Esto es todo. Así es. Amén.

Pretorius recordó aquella tarde al salir de la escuela. En la tienda de don Luis, con un bombón en la boca que abultaba su mejilla, Gallego le pegó por cualquier nimiedad, en presencia de todos. Pretorius sabía que tenía que pelear. Los muchachos se arremolinarían y formarían un corrillo infernal; los extraños, paseantes al acaso, tratarían de romper por curiosidad el corrillo e involucrarse en los acontecimientos. Gallego le pegaría de nuevo, y de su labio tumefacto saldría hinchazón, saliva y sangre. Habría hurras y abajos. Su alma no sufriría tanto por los porrazos corporales, sino por esa sensación de ridículo que dejaría un golpe al vacío, una posición estrafalaria al terminar un jab, el sonido entrecortado de su respiración acezante, los mocos verdes que se deslizarían bajo su nariz. La estética era su problema, no la integridad. Por eso guardó el puño y prefirió castigar a Gallego con el desdén. Pero, escondido en los repliegues de su alma, siempre quedó el sabor de la cobardía.

Fue mucho más tarde, viendo alguna película de Woody Allen, cuando reconoció que toda esa máscara de civilización y autocontrol era una mierda, que de verdad hubiera querido matar con furia a Gallego, que hubiese deseado tener una metralleta a la mano para llenarlo de plomo, en compañía de todos los hijueputas que apenas sonreían con conmiseración cuando lo vieron guardar su agresividad en el bolsillo de las buenas maneras. También allí fue a parar su rabia. También miró con desdén a Negativo. También allí supo, para siempre, mierda, que algún día tendría los cojones de expulsar esa cobardía que se había quedado agazapada en su alma desde que Gallego se la metió allí, a la brava.

—El compañero acude a la diatriba para disimular su ignorancia —le dijo a Negativo. La voz ronca, mezcla de saliva añeja y frustración, exhibía un extraño acento monocorde—. Marx nunca…

No había muerto el sonido de las bombas cuando Ackerman entró, prácticamente, tirando la puerta al suelo. Con el dedo gordo de la mano derecha en la gruesa correa de cuero y el titilar de su rictus de general americano más activo que nunca, dijo:

—Cogieron a Juana. El ejército. En el atraco de la guerrilla al banco de la sucursal de Álamos. La cosa fracasó. Hubo un muerto. Parece que un cajero sonó una alarma. La reacción fue inmediata.

Pretorius sintió como si se desfondaran sus entrañas. Juana, la burguesita, la del carrito color ladrillo, la de las nalgas de fantasía y el pelo huracanado, la hembrita de Ackerman, metida en la

guerrilla. Mierda. Por encima de la sorpresa, más allá del miedo, agazapada, esa sensación de cobardía lo avergonzaba de nuevo. “Además, tenés que ser muy güevón”, se dijo. “No tenés idea de nada. Juana en la guerrilla y vos lo ignorabas”.

El periódico, al día siguiente, traía un recuento pormenorizado del atraco. “Se dice que Juana de Frutos, la hija del jefe de teneduría de las Rentas Departamentales, miembro de una familia ejemplar y sacrificada, que con gran esfuerzo ha educado a sus hijos, es la cabecilla de la banda de criminales”. Una foto de Juana con vestido de primera comunión adornaba la primera página. Su sonrisa complacida, el arco de guirnaldas en forma de estrellitas plateadas tejidas sobre la diadema de tafetán, el cirio de cera con inscripciones en letra dorada, la omega reluciente que despide rayos de la cofia hacia el infinito. “Informes de inteligencia militar —prosigue el periódico— señalan que Juana pertenece a una célula terrorista. La familia del abnegado policía muerto en defensa de la democracia ha pedido sanciones ejemplares. De acuerdo con la actual legislación, el delito cometido, por ser terrorismo, será juzgado por la justicia militar”.

Ackerman miró al suelo.

—Ni una queja, hermano, ni un lamento —le dijo a Pretorius—. Soy un soldado romano.

Hércules le pasó el brazo por la espalda exuberante, agachó un poco la cabeza, buscando la línea de los ojos, y le preguntó:

—¿Por qué no me contaste, maestro… que Juana estaba en eso?

—Me pidió absoluta reserva. Las reglas del movimiento son así. Todos están compartimentados.

—¿Están… o estamos, malparido? ¿Vos también estás combatiendo?

—Excúsame, si lo estuviera no te lo diría. Pero es mucha la gente que está adentro, compañero.

Cuando se separaron, Pretorius sintió un vacío infinito. Sus amigos ahora en la militancia. Él, en el vaivén de la vacilación. Perseguido también por la reacción paramilitar, porque lo clasificaban como guerrillero activo. Solo, defendiendo la paz, y una convivencia cada vez más lejana. “Soy un candidato a muerto. Muy pronto estaré chupando gladiolo en nombre de la civilización occidental. Los ingenuos terminan muriendo en primera fila”, pensó.

Pasó algo menos de una semana. La situación estaba más o menos calmada. Era el momento para regresar a casa. Pretorius se descalzó cuando sintió el timbre del teléfono.

“Compráte un sufragio, malparido”, fue lo que oyó antes del clic y el pitido interminable de la línea.

Al otro día, la universidad amaneció llena de típicos avisos mortuorios.

Dentro del recuadro negro, debajo de una cruz, decía: “Hércules Pretorius descansó en la paz del Señor. Sus parientes y amigos invitan a celebrar su ingreso al Castigo Eterno”.

15

Las redadas se extendieron por varios días. Todo ocurría hacia las dos de la madrugada. Oficiales vestidos de civil, con jeans negros y pasamontañas, abrían la puerta principal. Todo el mundo al suelo, cabrones, apaguen la luz, como ordene, mi capitán, que el mocoso deje de llorar o lo llenamos de plomo, comunistas hijueputas, tome fotos de la cara, más cerquita, más cerquita, como ordene, mi capitán, revise todo, hasta la ropa interior, llamen al cerrajero porque aquí debe haber un doble fondo, métale pica a eso, carajo, sí, mi capitán, alúmbrele a la cara a esta vieja, cantá, malparida, conque dándole hijitos a la revolución, vas a ver, vieja cabrona, y los papeles, los libros, el computador…

—Aquí hay, mi capitán, una carta sospechosa —dijo uno de los oficiales.

Querida Sheila:

Un día le comenté a Ackerman lo que me dijiste de la marina, pero se quedó como callado. Lo raro es que no ha vuelto al ejército, pero creo que sigue en entrenamientos por las noches. En un gimnasio, o algo así. También tiene reuniones. Bueno, yo ni le pregunto. Eso de la revolución y todas esas carajadas al principio no me importan. Mi papá me compró un pasaje de esos que venden a crédito para ir a San Andrés. Un plan completo, con comidas y todo. Bueno, solo desayuno y comida, porque el almuerzo sí hay que comprarlo aparte. Pero no importa. Es más chévere almorzar por fuera, en la playa o donde la coja a una el hombre. Digo, el hambre. ¡Ja, ja! Un *lapsus linguae*, como dicen. Y si el hombre mete la lengua, más lapsus todavía. Bueno, pero te cuento. Lo que mi pobre papá no sabe es que Ackerman cayó allá. Se fue en otro vuelo, porque mi papá me llevó hasta el aeropuerto, con mi hermanito. Pasamos de lo más rico. Mucho mar. Navegamos. Pero a veces se perdía. Me decía que era para meditar en la playa de San Luis. Pero me parecía que se encontraba con alguien. No mujeres, no. Él siempre mantiene un espacio de misterio. Yo quería bailar, pero el hombre es como un tronco. No se mueve. Le da como pena. Yo creo que es tímido. Me dice que su mamá era una madre fálica. O sea, muy brava. Una mamá como un papá. Pero no como el mío, que es tan suavecito y calladito. Mi papá se pone a tomar trago los sábados en la

casa, ahí solo. Mi mamá lo regaña, pero él ni contesta. Pone boleros y tangos y después se pone a llorar. Yo le pregunté un día si era que tenía una pena o algo así. Me dijo que no, que yo no entendía, que era la vida. “Con el tiempo los viejos lloramos, mijita. No se preocupe”, me dijo. Pero yo no sé si es que algo le pasa. Mi mamá lo regaña todo el día, y él apenas contesta. Por la mañana madruga a la oficina. Todos entran a las ocho y treinta o nueve, pero él está desde la siete. Lee el periódico y toma tinto hasta que empieza a llegar la gente. Por la tarde, sale a las seis, y se va disparado para la casa. Hay días en que va al café y se toma sus traguitos. Una amiga me dijo que de pronto iba donde las viejas. Pero yo no creo. Llega a la casa, prende el radio y un cigarrillo y se está ahí, calladito, como mirando al cielo raso. Bueno, pero volvamos al cuento. Ackerman apareció allá. Yo pensé que ese iba a ser el momento… tú sabes… el gran momento. Pero nada. El hombre estaba en otro hotel. Después de que me dejaba en el mío, ni siquiera intentaba subir a mi cuarto, sino que se iba hasta el otro día. Yo estaba lista para lo que fuera. El primer día estrené calzones y todo. Pendiente. Es muy querido y serio, pero siempre me asalta la misma duda… ¿será maricón? En todo caso, el paseo estuvo chévere. Compramos unos televisorcitos nuevos, de esos que venden ahora, chiquitos y con imagen muy nítida. Muy baratos. Tuvimos que hacer todas esas vueltas para la aduana, pero le dimos un billetico a unos negros grandotes que atienden ahí y todo salió muy fácil. Y hasta rápido. En la capital abrían las maletas, pero nos las arreglamos para seguir sin mayores inconvenientes. Al llegar nos reunimos con los amigos para inaugurar los televisores. Con aguardiente y pasabocas. El problema fue la antena. Pero yo creo que la cosa va a funcionar. Un amigo, el delgadito de bigote como Chaplin, sabe muy bien del asunto. Trabaja como en Telecom. Él nos dijo que no había problema, que era cuestión de calibrar la cosa.

Besos,

Juana

La carta no se envió. El capitán cree que está llena de claves. Hay otra de Sheila preguntando, angustiada, por las publicaciones sobre el atraco.

16

1975. El Aula Máxima estaba inundada de retórica. Jaramillo, como siempre, agitando las consignas clásicas de la revolución. Enorme capacidad de comunicación. Su cabello alborotado, su bigote exuberante, el ademán tribunicio, su estatura elevada de manera geométrica, a la vez por la emoción de su parla y por haber escogido un pupitre como tablado.

En el otro ángulo estaba Iván Roberto Duque, con la inaudita capacidad de prolongar sus discursos por tiempo indefinido.

Ya se observaban las trazas de lo que sería su vida política futura. Jaramillo, diáfana línea revolucionaria, pero al mismo tiempo, dejando suelta una pequeña clave: la crítica a la combinación de formas de lucha. Consideraba que había que combatir en democracia. Un lejano distanciamiento de la guerrilla de las Farc, pero distanciamiento, al fin y al cabo. Esto que apenas se insinuaba tendría luego el carácter de ruptura. Duque se regodeaba en el panegírico de la violencia, la ruptura total, pero todavía se veía muy brumoso el destino de esas fuerzas que quería desatar. Hércules, en silencio, pensaba más bien en el sancocho nacional, en la unidad democrática de las masas. Más claveles que fusiles. ¿Será posible, Hércules?, se preguntaba.

Tres caminos. Ya desde allí, desde el Aula, tres sellos trágicos. Solo Iván Roberto moriría agradeciendo la clemencia del infarto del miocardio.

17

Era como 1976. Aunque en la Asamblea General, en el Aula Máxima, se habían atacado tieso y parejo, en medio del bullicio de los cientos de asistentes, Iván Roberto Duque no tuvo inconveniente en sentarse en la mesa de Bernardo Jaramillo. La pequeña edificación a la salida de la universidad tenía un diseño rectilíneo, solo rota su monotonía por el desnivel del techo y las paredes, una fórmula supuestamente modernista. A primera vista, debió haber sido concebida por el arquitecto como un espacio de oración. Hoy era un bar. De cierta hora en adelante, se bebía aguardiente, incluido el aguardiente amarillo de Manzanares, famoso por su alta cilindrada. 54 grados Gay-Lussac. Al chocar las copas, como un gesto habitual de amistad, ya estaba claro que era apenas un artificio. Duque, quien luego adoptaría el pseudónimo de Ernesto Báez de la Serna, había ya forjado una dura costra anticomunista. No le importaba que Jaramillo, aunque militante de izquierda, tuviera una visión bien alejada del estalinismo. “Es la misma mierda”, pensó Duque. Y fue curioso, por cierto, que Duque, en una especie de paradoja desconcertante, más adelante acudiera al nombre de Ernesto Guevara de la Serna, para adaptarlo como nombre de guerra en su batalla anticomunista. Ernesto Báez de la Serna. Del mismo modo que, nacido en una población de mayoría conservadora, Aguadas, creyera que su primer grito de rebeldía era ingresar al Partido Liberal, en cuyo nombre desempeñó cargos públicos y desarrolló actividad política. Partido Liberal como hogar ideológico de su ferocidad contra la izquierda.

—A mí no me vengás con tu superioridad moral, Jaramillo. No recuerdo el nombre, pero alguien que se preciaba de rey de la elegancia, pero no era Petronio, alguna vez dijo que hasta el más pulcro y bien vestido de los hombres podía tener una pequeña caquita en sus pantaloncillos. No hay gran hombre para su ayuda de cámara. Cada uno tiene su esqueleto en el clóset. El nombre del juego es el poder. Y el poder carece de moral. Hay unos tipos que viven jodiendo con que el fin no justifica los medios. Son los ángeles guardianes de la ética política. Su papel es inútil. El fin lo justifica todo. Incluso los más nobles propósitos a veces tienen que recorrer el tortuoso camino de la inmoralidad. De Lincoln se dice que, para liberar a los esclavos, no dudó en corromper el Congreso. La traición no es cosa distinta a la fidelidad inoportuna. ¿Te acordás que, al principio, la guerrilla era más o menos una sola, guerrilla liberal y guerrilla comunista? Cuando vino la separación, los liberales se bautizaron como los limpios. ¿Crees que lo fueron? ¿Te das cuenta de que los crímenes siguieron siendo iguales? Laureano separó el oro de la

escoria. ¿Vos crees que Laureano era oro? —dijo Duque.

Jaramillo pensó que era un caso perdido. Que no valía la pena contrargumentar. Que ya Duque ostentaba su fibra real: la asunción del mal como profesión. Sonrió, se tomó el aguardiente, se mesó el prominente bigote, se limpió las últimas gotas de licor y preguntó por la alineación del Once Caldas. Comprendió que la lucha contra Duque había que librarla en público. Las aproximaciones individuales eran inútiles.

18

Moncho tomó el hombro de Pretorius, bajando las escaleras del tercer piso, y le dijo:

—¿Viste a ese primíparo arrevolverado? Los que apenas ingresan a la Facultad llegan como con miedo. Calladitos. Este llegó hablantinoso, como si fuera veterano. Dicen que está organizando una huelga contra el decano.

Pretorius miró a su alrededor y no contestó.

—Hay que abrir el ojo —prosiguió Moncho—. Es un muchacho de Aguadas. Como muy político. Se llama Iván Roberto Duque.

—No, mi hermano. ¿Abrir el ojo para qué? Esos tipos son unos malparidos. Usted sabe que yo sí creo en reformas y conozco la injusticia de esta sociedad. Pero lo de la violencia no, hombre. La violencia es al cambio como las tildes al idioma. Ayudan. Pero el inglés, sin tildes, no es una lengua menor. Matar inocentes. Secuestrar. ¿Una revolución vale eso? Sí, hombre. Sí. No me haga esa cara, Moncho. Los ricos son iguales, o peores. Pero una revolución del odio contra el odio no, mi hermano. Todos esos secuestrados porque tienen una finca o alguna cosita. Ni siquiera son ricos de verdad. Pueden disfrazar eso de impuesto revolucionario. Pero es una mierda. Y ahora, cada vez más, se dice que se meten con narcos. Me contaron que, en El Salvador, donde la guerra sí era una guerra civil, con la población partida en dos, luego de unos secuestros, la guerrilla consideró que eso era contrarrevolucionario. Y los suspendieron. Mira, compa. Hasta que sigan con lo del narco. El narco finalmente es plata pa' la revolución. Pero bombas para matar inocentes, no me jodas.

—Pero ¡coño! ¿Qué vas a hacer, Hércules? Esta no es la hora de gazmoñerías burguesas. Ya viste. Si sigues aquí buscando sobrevivir como equilibrista, como un funámbulo de cara pintada, te van a matar. No tenés reversa, güevón. Te fuiste metiendo como que sí, como que no. ¿Cuánta violencia era *enough is enough?* Fuiste un ingenuo. No podés toriar a esa izquierda dura. La cabronada es que, para salvar tu vida, solo tienes el camino de la guerrilla.

—¿Cómo se te ocurre? No viste mi última pelea con Negativo. Esos manes son estalinistas. Puro y duro estalinismo. No se andan con maricadas. Si me reciben, a la primera de cambio me matan también. Pero no es solo miedo, mi hermano. Es que me vomito. El partido es una religión. Con Torquemadas en cada célula clandestina. ¿No viste lo de Cuba? Esa belleza de revolución, y ahora los comités de defensa te vigilan. Hay un siniestro guachimán en cada

cuadra. Te sapea hasta si llegas tarde o te comes una vieja.

—¿Y el Eme? —repuso Moncho—. Esos tipos son como distintos.

—Lo que me faltaba. Al menos las Farc son un ejército estructurado y poderoso. Y el ELN se las trae. ¿Pero el M-19? Son unos aventureros. La espada de Bolívar, el Cantón Norte, golpes audaces. Pero son como gelatina. No sabe uno. Hay nacionalismo. A veces cosas como de derecha. Es difícil adivinar para dónde van. Muchos de sus primeros militantes vienen de la ANAPO, el partido de Rojas Pinilla. Pura caverna ultragoda de Boyacá. Y el lema Con María Eugenia, la hija, al poder. Como que no sabe uno.

—Pero al menos no son marxistas.

—Eso sí es cierto —contestó Hércules.

—Y mucha clase media en la universidad se está afiliando.

19

—Hombre, Hércules —le dice Iván Roberto—. ¿Al fin qué? ¿Qué clase de revolucionario eres? Dices que hay que cambiar las estructuras, pero no eres capaz de enfrentar de verdad el papel de la violencia.

—Mira, Iván. Yo tengo convicciones profundas sobre la injusticia del sistema. Más profundas que las tuyas. Tú andas basculando ente el Partido Liberal y el cambio revolucionario. Hablas y hablas sin límite. Pero es pura cháchara, porque lo que se nota es un simple deseo de poder. Un poder personal. Cuando dices que hay que dinamitarlo todo, lo que en verdad quieres es dinamitar los controles para abrir la puerta a la autoridad desnuda. Es puro caudillismo. Derribar las cortapisas, pero no en beneficio de los desarrapados. Lo que quieres es aprovechar el sistema. Encontrar poder, fama y dinero. Pero dejarlo intacto en el fondo. Solo quieres destruir lo poco de democrático que hay en el sistema. Tienes una enfermedad, la ambición. Yo sí quiero que "los pobres coman pan". Yo deseo que "la tortilla se vuelva". Sé que mi debilidad es el asco a la violencia. Pero soy consciente de su necesidad en ciertas circunstancias. Y admito que el peso de mi madre es grande, su catolicismo, su temor de Dios. Con el cerebro quiero romper, pero en mi corazón hay ataduras. Atavismos. Lianas que me amarran, aunque yo pelee con ellas. Yo sueño con una revolución de los claveles. Una marcha triunfal de la guerrilla, que llegue al palacio presidencial incluso en hombros de los soldados y oficiales. Estoy mirando eso del M-19. Me llama la atención. Aunque han ejercido violencia, claro está. Pero hay un halo de romanticismo. De nacionalismo. Alejado de esa cosa marxista. De la visión estalinista de los compañeros de la Juco, de los foquistas, de los mamertos prosoviéticos. No es claro qué es lo que piensan, pero son románticos, sensibles.

—Estás jodido, Pretorius. No sós sino un burguesito extraviado. Solo la muerte te podrá redimir. Yo sí creo en las armas. Manejo los escarceos con los políticos liberales, pero de manera solapada. Yo sí creo que hay que derrumbar toda esta mierda de sistema. Ese democraterismo barato. Pero no para la dictadura del proletariado. Jamás. Están apareciendo cosas nuevas. En el Magdalena Medio hay organizaciones para destrozar a esos vagabundos vendepatrias de las guerrillas. Todas las guerrillas tienen una agenda fabricada afuera. Todas quieren tirarse nuestra soberanía. Moscú, Beijing, La Habana. No. Eso no. Y la única forma es igualar y superar la violencia de la guerrilla. El comandante Doble Cero dijo que las masacres eran necesarias porque

la guerra se gana en el cerebro de la gente. En esa zona del cerebro donde se anida el miedo. “Por eso llegamos”, dijo ese comandante, “y primero arrasamos con todo. Para que los pobladores sepan que somos más peligrosos que la guerrilla misma”. ¿Sabés una cosa? Al primero que expulsan es al tendero. Y si no se va, lo ejecutan públicamente. Porque el tendero es el jefe de inteligencia de la guerrilla. Mirá bien, Pretorius, esa filosofía, o mejor, esta estrategia, y tienen razón. Hay que descuajar la maldita guerrilla. A ver si nos deja vivir y disfrutar. A los pobres se les ayuda, pero no son llamados a mandar. Son ignorantes. Es una combinación de fuerza y caridad. Pero sin dejar tocar la soberanía. Castaño dijo una vez “derechos humanos, sí. Cuando termine la guerra. Una guerra irregular solo se gana por métodos irregulares. El Estado va a perder. Yo creo que tenemos que movilizarnos contra la subversión. Y después vemos. Pero con el poder en la mano” —contestó Duque.

Hércules guardó silencio unos segundos. Desde afuera se veía que su cabeza iba a mil por hora. Pero era imposible saber qué pensaba. Quizás él mismo no sabía qué era. Sentía una enorme amargura en el alma, o en lo que se pudiera llamar alma. Haber admitido la violencia en ciertas circunstancias le pesaba como una traición. ¿Pero no era así? Cuando uno de sus amigos en Nochebuena mató al mayordomo que, drogado, atacó a su familia, ¿podría ser objeto de condena? La amargura se volvió insoportable cuando comprendió que era un simple pastorcito mentiroso. Porque una cosa es defenderse, y otra, abrirle campo a la violencia en las hipócritas “ciertas circunstancias”, que habían sido pronunciadas como un tiro en el pie. Además, no era solo cuestión de violencias dispersas. Su tortura era la violencia para la política. Violencia para combatir la injusticia. Y en ese momento su alma, o lo que pudiera llamarse su alma, huyó en medio de una brumosa indefinición.

—Pero de pronto el M-19 es distinto —dijo Pretorius, y se retiró.

20

“Todos esos jefecitos liberales de Caldas me saben a mierda”, pensó Iván Roberto. “Le eché mano a la alcaldía de La Merced a nombre del partido. Pero ya desde allí pude entender mejor que el camino no era ese juego clientelista y corrupto. Por ahí no pasaría de ser diputado, o algo así; mediocre. Algún consuelo burocrático, como el bombón al niño para que no llore. Del Magdalena Medio llegan noticias. Un congresista liberal, Pablo Emilio Guarín, está armando fuerzas de defensa frente a la subversión que tiene azotada la región a punta de secuestros y extorsión. Hasta las maestras tienen que pagar su vacuna. Pero lo interesante no es solo la organización armada, sino la filosofía. Me sirve de alivio porque, aunque yo de verdad no soy liberal, sí he medrado ahí, y me facilita saber que alguien de filiación liberal sostenga que la autodefensa es un derecho de todos. Vi por ahí una pancarta que decía ‘Todos somos autodefensas’, y me puse a pensar. Y sí. ¿Quién dijo que la legítima defensa era algo individual frente al ataque ya en curso? Una cosa eran dos espadachines florentinos que se encuentran en una calle oscura. Solo hay legítima defensa si el agresor inicia el ataque y este es en tiempo real. Pero aquí la guerrilla no es un esgrimista solitario. La autodefensa es simplemente la defensa en términos actuales, en el contexto de lo que pasa en Puerto Boyacá, en La Dorada, en Yondó. Y la cosa tampoco es con sables o machetes. Se necesita igualdad de armas. O superioridad armada, si Dios quiere. Eso se llama dinero. Sin dinero no hay forma de hacer la guerra antisubversiva. Y el dinero está allí. En los comerciantes de coca y en el impuesto que deben pagar todos, en aras de su seguridad. Lo del impuesto fue invento de Tirofijo. Las leyes uno y dos de las Farc. ¿Por qué no podemos nosotros hacer lo mismo? No iniciamos la guerra. Cometemos las mismas barbaridades de la guerrilla. ¿En dónde está la inmoralidad de esto?”.

21

—¿Oíste, Moncho? Ahora me trasladaron a Anserma. Al juzgado. Un poco lejos, pero es un ascenso —dijo Pretorius.

Cuando Hércules atravesó la plaza, los ancianos tocados de sombrero hongo (como el de Charles Chaplin, pero nada chistoso, sino solemne) y riguroso chaleco negro se levantaron de sus bancos y se descubrieron la cabeza en señal de respeto. Hércules sintió una mezcla de orgullo, miedo por la responsabilidad y una emoción gelatinosa que se le instaló en la nuca.

Cuando el secretario le entregó el borrador de sentencia, en un largo litigio que llegaba a su fin, Hércules lo reprendió. Con suavidad, pero con firmeza: “No, don Aníbal. Las sentencias las hago yo. Usted se concentra en los autos de trámite”.

Hércules iba de rutina en rutina jurisdiccional, hasta el momento en que, rompiendo la monotonía, una pareja estrambótica para la época acudió a la mohosa figura del matrimonio civil.

“Uy”, pensó Hércules. “Oficiaré con todo rigor y solemnidad, pero no podré escapar a una cierta sensación de poder. El poder de anudar unas vidas. Yo, apenas recién salido de la universidad, usando solo palabras, lograré que una pareja haga votos indisolubles. Que se jure fidelidad. Que prometa apoyo en la alegría y la enfermedad. Pero, también, que mi palabra le dé legitimidad a la ruptura del himen, que es una especie de caución sobre la bondad de la novia. Constituye un imperio supremo oficiar la alquimia que convierte un acto espurio, como esa rasgadura, en una ofrenda a la diosa del amor. ¿Te acordás de *La caída*? Ese volumen de Camus que, en la geografía del monólogo, va mostrando la fragilidad del poder de los jueces de acreditar o defenestrar la inocencia o la culpa de sus congéneres. La intangibilidad de las sentencias es solo producto de una sublimación del oficio, que ocurre solo por la necesidad humana. Una necesidad histórica, en el sentido de contingente, ondeante, variable. Parafraseando al conocido man, puede decirse que la justicia es el opio del pueblo. Es un elixir opiáceo, indispensable para tranquilizar las conciencias. De modo que, Hércules, debes bajarte de la nube. Hay una brecha enorme entre el poder lustral de las decisiones y la miseria humana de quienes las sustancian”.

Pero, pese a eso, Hércules no pudo hacer a un lado la unción narcisista que lo invadió cuando

dijo: “os declaro marido y mujer”.

Y fue aún mayor su embriaguez cuando, en otra ocasión, aplicó la norma que le perdonaba al hombre (solo a él) el delito de violencia carnal por minoría de edad de la víctima. Al comenzar la indagatoria del muchacho regordete y asustadizo, a Hércules le correspondió instruirlo tal como lo ordena la ley. “Si accede a casarse con la adolescente, se salva de la cárcel”. El muchacho movió los ojos a un lado y otro. Fijó la vista en el artesonado de yeso del cielo raso y, aunque detrás de un visillo su madre le dijo que no con una mímica convulsiva movida solo por el amor, él dijo con voz espantada:

—Sí, sí, señor juez. Me… me caso.

—¿Está entendiendo bien la situación, señor sindicado? —preguntó Hércules—. Es para toda la vida.

Aunque con cierta vacilación, quizás, mejor, con cierto tartamudeo, para ser precisos, el joven reiteró su aceptación.

—Señor agente —dijo Hércules, dirigiéndose al policía de guarda—. Haga seguir a la interfecta.

La muchachita caminó remisa y se sentó en el butaco que le ofreció Hércules.

—Nombre, edad, lugar de residencia, estado civil. Bueno, estado civil, lo que llaman los generales de ley, seño… señorita.

Lo llamativo fue la edad. Trece años.

—Señorita interfecta —dijo Hércules—. ¿Conoce a este muchacho aquí sentado?

—Sí.

—¿En qué circunstancias de modo, tiempo y lugar?

La niña miró al muchacho. Eran dos criaturas regordetas, juveniles, frescas.

—Que me lo metió.

—¿Qué le metió?

—Esa cosa. Me llevó a un pastal, me desnudó de la cintura para arriba y luego me lo metió. Me dolió. No sentí nada más.

—¿Sabe usted, y entiende que, si el sindicado se casa con usted, tendré que ponerlo en libertad? El sindicado ha dicho que acepta casarse. ¿Usted también?

Azorada, más bien como liebre entrampada, se limpió la cordillera de gotitas que le perlaba el labio superior.

—Sí, juez. Acepto.

Hércules recordó el momento en que ofició el matrimonio de aquella otra pareja. El poder concentrado en el Código Civil ahora se trasladó al Código Penal. Un código penal fálico. No pudo dejar de sentir un cierto cosquilleo. Imaginar la escena ya transcurrida, y la que esta misma

noche ocurriría de nuevo, en algún hotelito del pueblo. No supo si su estremecimiento era resultado de una libido vicariante y clandestina, o más bien fruto de una novísima fruición. Una caricia de algo poderoso.

22

—Compartimentado, ¿entiende? No le diga a nadie. A las nueve de la mañana, dentro de dos días, se sienta en la última banca de la iglesia de Lourdes. Viene escotero. Traiga una mudita de ropa. Y espera.

El hombre vestido de mecánico se esfumó tal como vino. A Hércules se le revolvieron las tripas. Cada vez más lejano de la guerrilla y la violencia, y ahora pidiendo cupo en esa cosa rara que se llamaba M-19. Una putada de la vida. Pero terminaste ahí por cabrón, Hércules. Tú mismo te lo buscaste. Te fueron clavando con vaselina. Tanta pendejada filosófica y no frenaste a tiempo. Pendejo. En cambio, cuando estabas desnudo con la noviecita esa quinceañera, la tuviste ahí. Ella estaba lista. Pero tenías que pensar en el maldito himen. Tenías que recordar a tu madre y al padre Belisario. Tenías que recordar que el gustico es para el matrimonio, so maricón. Y ahí sí dijiste no. En cambio, cada que venían de la Nacional a armar las molotov, te tragabas la molestia. Y esos discursos de "los valientes mueren jóvenes". Si serás tonto. Con paciencia y salivita, un elefante desgració a una hormiguita. Tú eres la hormiguita. Los comunistas te lo fueron metiendo milímetro a milímetro, y ahora estás jodido en la tela de una araña. Una tela de araña ahora más complicada. Tu notoriedad llegó a oídos de los paramilitares. Para ellos eres un líder comunista más. Un revoltoso peligroso. Esas sombras alrededor de tu casa en las noches. Esos matorrales que se mueven en noches serenas. Esos chirridos de llantas de carro. Ahora ya ni sabes de dónde viene la amenaza. Ahora estás jodido por todos los lados. Como san Sebastián. Flechado por los cuatro puntos cardinales. Caíste en la emboscada, Pretorius.

Pero toca recordar al Moncho: "Huye pa'lante, gran cabrón. Piérdete. Después veremos. Si hay revolución, serás ministro. Si no, en el cementerio te visito".

23

Caminitos destinados a entrecruzarse. Todos iniciados en la Universidad de Caldas.

—¿Han vuelto a ver a Hércules? —preguntó Beatriz, una de las alumnas de Derecho, compañera suya.

—Nada —respondieron en coro los contertulios—. Ese man es tan callado. Ni siquiera hemos podido saber dónde vive. Ni siquiera sabemos cuándo desapareció. Alguien notó su ausencia, pero ninguno de nosotros fue capaz de recordar cuándo dejamos de verlo.

Pasado un tiempo, el rumor fue creciendo.

Se decía que Hércules, el más silencioso, incursionó en el M-19, hizo parte de la Columna Calarcá, destinada a cimentar la insurrección cruzando la tupida selva del Chocó, y murió allí, en esa selva, en condiciones no totalmente aclaradas.

Moncho cuenta que lo mató un arma secreta de la CIA. Un rayo láser, o algo así.

Bernardo también había sido compañero de Pretorius en la Facultad de Derecho. Tal vez no estaban en el mismo grupo, pero sí era cierto que en las asambleas se daban tieso y parejo. Bernardo Jaramillo ingresó al Partido Comunista desde muy joven. Después de terminar sus estudios, en 1981, se trasladó a Urabá. Allí fue secretario del Partido Comunista de esa región. Se le veía tan feliz. Tropero, hablador, simpático. Tan simpático que logró llegar a ser personero municipal de Apartadó. Dicen que atendía a todos por igual. Servicial hasta sacrificar sus horas de descanso. Eso sí, a todos los que acudían a pedirle ayuda, les echaba su discurso. Que los derechos humanos, que la Convención Americana, que no se dejaran joder de los poderosos, concluía, con una sonrisa que dejaba ver sus dientes, tan blancos que parecían artificiales, debajo de un enmarañado bigote negro como azabache, perfectamente delineado y pulido. También fue asesor del sindicato bananero, afín a sus orientaciones, aunque después la izquierda lo dividió. Los maoístas dominaron parte del movimiento obrero y fueron perseguidos hasta la muerte por las Farc. Incluso se aliaron con los paramilitares. “En defensa propia, profe”, le dijo alguno de ellos, por allá en 1991, al antiguo profesor. Bernardo, en cambio, ingresó a la Unión Patriótica, partido que fue prácticamente destruido por cuenta de la violencia selectiva. Una masacre con cuentagotas, pero con un número de víctimas inédito. Congresista y candidato presidencial. Sus

últimos años marcaron su vocación de paz mediante la condena de toda forma de violencia, incluida la de las Farc-EP. Rechazó la combinación de formas de lucha. Fue asesinado en 1990 por orden de la mafia.

Iván Roberto, al principio, parecía más un politiquero clientelista un poco disociador. Ingresó a la política en el Partido Liberal. Luego de desempeñarse como alcalde de La Merced, fue elegido concejal de Puerto Boyacá y nombrado secretario de Gobierno del departamento de Boyacá. Contribuyó a crear la Asociación Campesina de Ganaderos y Agricultores del Magdalena Medio (Acdegam), una autodefensa inicialmente legal que fue la base para la creación de grupos paramilitares en esa región, y que terminó involucrada en múltiples crímenes, embrión del Partido Morena (Movimiento de Reconstrucción Nacional). De allí en adelante, se convirtió en adalid de las organizaciones armadas anticomunistas y aliado de los hermanos Fidel y Carlos Castaño en la tarea de organizar las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Se cuenta que Iván compartió luchas con Carlos Mauricio García Fernández, conocido como comandante Doble Cero, de quien se dice que tuvo parentesco con un importante profesor de la misma Universidad de Caldas. La discusión sobre la apelación al narcotráfico, que Iván, ahora conocido como Ernesto Báez de la Serna, defendió, implicó una ruptura sangrienta. A Doble Cero lo persiguió la mafia, pero él, escurridizo, alcanzó a huir a tiempo. Hasta que un emisario de don Berna, un capo principal de Medellín, lo liquidó en un apartamento en Santa Marta. Iván logró acuerdos con el Gobierno bajo la Ley de Justicia y Paz hasta su muerte, en 2019, por causas naturales.

Cada uno, a su ritmo, encontró su cruce de caminos. Y durante sus vidas pedregosas, ninguno olvidó a los otros dos.

Segunda parte

Hubo gente perdida, otra desaparecida. Pocos se salvaron. La historia de esa columna en el Chocó aún sigue cubierta por todo ese espesor de la selva chocoana. Es el mismo velo de abandono que cubre a esa región.

Vera Grabe, Razones de vida

1

La columna Calarcá llegó de Cuba a Panamá, y al día siguiente, 5 de febrero de 1981, alrededor del mediodía, salieron del aeropuerto de Paitilla rumbo a Jaqué, un poblado en límite con territorio colombiano, en dos bimotores de Aeropesca, cada uno con veinte pasajeros. Cada combatiente agarrado de su equipo de combate y su esperanza. La presencia de oficiales panameños les brindaba confianza. En especial, cuando supieron que el gobierno de Torrijos estaba en la pomada. Luis del Cid era el enlace con él.

En la cabeza de Hércules giraban con persistencia obsesiva algunas ideas: "Hombre, sí, Hércules, no jodás tanto. Claro que te metiste a la guerra, tanto que jodías con la no violencia. Pero esta es una guerrilla distinta. Cuando salieron los avisos que decían: '¿Tiene parásitos? Espere. Ya viene M-19', vos, como tantos, pensaste que era un vermífugo. Luego se supo que era una nueva guerrilla. No marxista, sino nacionalista, creativa, urbana, de clase media. Algo distinto. Refrescante. No te gustó mucho saber del juicio a José Raquel Mercado y su condena a muerte. Pero bueno, dijeron que era necesario. Que era un esbirro de la oligarquía que manipulaba el movimiento sindical. Que merecía la pena de muerte. Que no se puede torcer el destino como débil varilla de estaño. Sin embargo, algo te remordía; cuentan que ya nunca más se le verá, mierda, ha caído al pedregal, pero al fin y al cabo hubo un juicio popular. Justicia ciega, de todos modos".

Aunque los militantes estaban compartimentados, y escasamente se conocían de antes, de entrada, se sentía el ambiente de idealismo. Todos los compas, desde los estudiados hasta los campesinos, tenían como un aura. Algunos declamaban. Había uno que otro poeta. Y claro, los veteranos, los combatientes curtidos. Esos eran los guías. Y La Chiqui, Carmenza Cardona, la heroína de la toma de la embajada dominicana, diminuta de carne y altura, pero —para Hércules — grande en la gloria.

2

Cartago, comienzos de los años sesenta

Estela prendió el radio de pilas para oír la novela *Kadir el árabe*. Se sentó detrás de la vitrina, en la que habían organizado con paciencia infinita botones, ganchos de nodriza, hilos de colores, agujas y un pequeño botiquín de Mejoral y árnica para los dolores. La clientela era escasa, pero ella y su marido lograban sobrevivir a dentelladas. La nevera de helados, al lado de la vitrina, era la más visitada por los muchachos del barrio, allí en Cartago. Por las mañanas, el marido de Estela salía muy temprano hacia el cuchitril donde tenía su carpintería. Dele que dele hasta las cuatro de la tarde, hora en la que regresaba a casa a esperar a Carmenza, su hija. "Carpintero como san José", decía a veces para huir de la estrechez, mientras se tomaba una cerveza.

Carmenza nació apenas un mes después del golpe de Estado de Rojas Pinilla. Un mes y dos días, para ser exactos, el 15 de julio de 1953. Su padre la miró a través del ventanal de la sala de partos y le pareció tan chiquita como un conejillo de Indias. La enfermera lo tranquilizó: "Será chiquita, pero inteligente. No se preocupe, don".

En el barrio había manadas de muchachos y muchachas. Una vida de casas abiertas y juegos callejeros. Carmenza reemplazaba su baja estatura con agilidad superior y actividad agobiante. En el quicio de la puerta del garaje de los Zuluaga habían empotrado una especie de aro de básquetbol. Recortaron la parte interior de una llanta y le pusieron colgandejos arrancados de una trapeadora de doña Rosana. Cuando esta protestó, dando alaridos como de parto, a todos los muchachos los castigaron: un día sin salir a la calle. Pero, pasado el castigo, todo regresó a la normalidad y la canasta de básquet permaneció, pese a la mirada de fastidio de doña Rosana.

El básquet era el momento de la apoteosis de Carmenza. Chiquitita, como una especie de pulguita, desconcertaba a la defensa. Y la precisión de sus tiros era extraordinaria: siempre anotaba. La conformación de los equipos se hacía con el sistema de pico y monto, o pico y pala. Cada capitán movía uno de los pies empatando con el otro, el talón de uno pegado al dedo gordo del otro, pasito a pasito, y el que pisaba al otro capitán al final del duelo escogía primero. Carmenza siempre era la seleccionada en primer lugar. Y su equipo siempre ganaba. Ni ella, ni sus padres, imaginaron nunca que, tras la caída del columpio, en vez del básquet tuvo que conformarse con leer el libro *Mujercitas*. Pero así también aprendió a sobrellevar la frustración. Y se endureció su alma, esa misma alma de corindón que la acompañó en las negociaciones con

el gobierno de Turbay en la toma de la embajada de la República Dominicana, y en la epopeya trágica que vendría después, en la selva del Chocó.

Estela, además de atender las diminutas ventas, forraba botones y cuidaba a los pollos que picoteaban en el pequeño patio trasero de la casucha. Exactamente, cuando Kadir besó por primera vez a su amada, Estela oyó los gritos que venían del parquecito infantil construido a la vuelta de la esquina, donación de un político. Los gritos podían ser de cualquiera de las niñas, pero Estela presintió que era Carmenza la que expresaba su dolor con gritos como los del marrano de la pasada Navidad, cuando se resistía a morir, así que salió corriendo en busca de su hija. Estaba tendida en el suelo, y de allí la recogió Estela.

—Mejor llevarla al puesto de salud, doña Estela —dijo un vecino, que ofreció transporte.

—La niña se quebró el culo en un columpio —le dijo Estela al padre de la niña—. Bueno, no el culo, sino la cola. El huesito ese, de nombre raro, que tenemos ahí atrás.

Carmenza fue sometida a varias intervenciones quirúrgicas, pero a pesar de estas, no logró superar del todo el problema de movilidad. Su torpeza era visible, y su dolor, intermitente. Dejó el baile y los juegos, comenzó a leer, y se interesó en las obras sociales que impulsaba la Alcaldía.

A finales de los años sesenta, Carmenza les dio la mayor satisfacción a sus padres, que se habían partido el lomo para que ella fuera profesional, e ingresó a estudiar Psicología.

—La niña debió haber sido médica o abogada. Eso de Psicología no sirve para mucho —le dijo el padre de Carmenza a Estela.

Pero mayor fue la preocupación de ambos cuando, al cabo de un tiempo, Carmenza dijo que estaba mamada de estudiar Psicología y se pasó a Antropología, en la Universidad del Valle. Allí tampoco pelechó. Terminó de maestra de Sociales.

De tanto ir a las reuniones del sindicato, les fue cogiendo gusto a las deliberaciones, a las movilizaciones y a los seminarios de formación política. Una noche, al final de una reunión, se le arrimó a un asistente, que había sido invitado a hablar de la situación del magisterio, pero terminó diciendo que la clave para el país era el cambio de las estructuras, que la explotación y la pobreza eran el resultado de un gobierno excluyente, que el pueblo debía romper las cadenas.

—Rosemberg Pabón, mucho gusto. ¿Cómo te llamas?

—Carmenza Cardona.

—¿Vienes a la próxima reunión?

—Sí, claro.

—Aquí nos veremos.

De tanto conversar a la salida de las reuniones, Rosemberg le fue contando poco a poco de sus actividades de agitación política. Aunque la idea era la compartimentación, Rosemberg intuyó

muy pronto que Carmenza podía ingresar al movimiento. Aunque también se interesó personalmente en esa jovencita de 1,55 de estatura, no rompió las reglas. Dio comienzo a la faena de reclutamiento siguiendo todos los protocolos del M-19. El comité objetó su ingreso, por la torpeza y las limitaciones al caminar; además, los dolores en la espalda iban y venían, pero nunca se retiraban del todo. Al final, Rosemberg y el comité atendieron sus ruegos. No se sabe bien si fue como respuesta a sus súplicas, o porque unas ciertas miradas furtivas a Rosemberg lo pusieron de su lado.

Y a finales de los años setenta, ella, la hija de Estela y el carpintero, la chiquilina del culo partido, era ya miembro de la organización. Fue feliz. Para ella, era la puerta de entrada al paraíso de la revolución.

***

Cuando Fidel Castro saludó por primera vez a Carmenza Cardona Londoño, a principios de 1981, le pareció que era más bajita de lo que había visto en los medios. Por el contrario, a Hércules le pareció alta, para lo que había imaginado, y en todo caso, altísima como heroína legendaria.

En efecto, Carmenza, conocida como La Chiqui, se había convertido en un personaje mundial, a raíz de su protagonismo en la toma de la embajada de la República Dominicana por parte del M-19. Detestada por no pocos, pero, para muchos, fue una mujer recia que arrodilló al gobierno de Turbay Ayala y logró salir airosa de una larga negociación de cincuenta y seis días.

En Panamá, cuando Hércules traspuso la puerta del salón en el que estaba reunida la guerrilla con un delegado de Luis del Cid, el enlace con el Gobierno panameño, alcanzó a ver por primera vez a La Chiqui. Estaba sentada en un extremo, un tanto recostada contra la pared. Una vidriera enfocaba la luz en su rostro, mientras el reverso de su tez permanecía oscura. Como si fuera un claroscuro deliberado organizado por un fotógrafo profesional. Ya de antes le fascinaba, sin haberla visto, alelado siguiendo la toma de la embajada por televisión. Hércules admiraba su don de mando, su verticalidad, la capacidad de ejercer una autoridad sin esguinces, pero a la vez a la mujer tierna frente a las desventuras de la tropa, la que estaba siempre lista, la que no paraba de moverse, de ayudar, de vigilar, de tender la mano; la que se ofrecía para las más diversas tareas, aunque no correspondieran al papel que se le había asignado.

Ya en la guerrilla, sus jefes la obligaban a llevar chaleco antibalas, porque sus dolores la hacían más vulnerable. La falta de agilidad la volvía un blanco fácil. Sus protestas esta vez no sirvieron. A ella le molestaba que se pudiera ver el chaleco como un privilegio; además, acentuaba el ahogo y el calor en medio de la selva.

Hércules la miraba largo rato en las noches, de manera furtiva. Cuando se recostaba y cerraba los ojos, Pretorius recorría con la vista la geografía de su cuerpo. Y el canela de tu piel se quede

igual. No podía hacerlo de manera desembozada. Hubiese sido castigado. Además, aunque entre los combatientes se habían formado parejas de enamorados, Hércules sabía que no tenía la talla para aspirar a semejante premio. La Chiqui, además, estaba rodeada de leyendas sobre supuestos o reales enamorados. Durante la toma de la embajada, se alcanzó a decir que uno de los rehenes, el embajador Galán, representante de México, fue uno de los flechados. También Camilo Jiménez, uno de los dos negociadores habilitados por el Gobierno, fue objeto de las mismas consejas en las revistas del corazón. Pero el chisme predominante era que Rosemberg Pabón, conocido en la operación de la embajada como El Comandante Uno, fue su verdadero amante. Nunca se supo con certeza. Pero día tras día, Hércules fue tomando el sendero platónico de vivir pendiente de ella, de mirarla cuando podía, de recordar sus gestos, un cierto movimiento de su barbilla que se le metió en la piel. Tú tan alta, yo tan bajo, que alcanzarte así no puedo; todo el mundo nos separa por dos distintos senderos, allá al final del camino, sellaremos nuestra unión… aun con la muerte.

"Ya sabés, pendejo, que un guerrillero de verdad no puede darse el lujo de esas ilusiones y devaneos", pensó Hércules. Pero alguna vez que la siguió con la mirada, cuando Carmenza bajaba al río a tomar su baño, un gusanillo apareció en la mente de Pretorius. Una cierta molestia remota, gaseosa, por esas historias de los amores de La Chiqui. Y, sobre todo, porque le contaron que su inclinación inicial era convertirse en modelo. Se dice que llegó incluso a enviar unas fotografías desnuda, que, según las malas lenguas, aparecieron publicadas en la revista *Cromos*. En la mente de Pretorius, una especie de chicle cerebral repetía y repetía una melodía: "Tengo celos hasta del pensamiento que pueda recordarte una persona amada…" Una especie de golpe fatal para Hércules, que sin embargo no hizo impacto, porque se antepusieron el deber revolucionario y la condena a sentimientos desviacionistas y burgueses que, a la hora del combate, podrían convertirse en impedimento y fuente de fallas en la toma de decisiones.

La Chiqui, como se le conocía, aunque su nombre de guerra era Natalia, o Norma, había subido de manera rápida en el escalafón guerrillero. Fue designada segunda comandante en la Operación Libertad y Democracia, nombre con el que se bautizó la toma de la embajada, el 27 de febrero de 1980.

El presidente Turbay, durante su gobierno, había puesto en marcha una dura política frente a los insurgentes. Fue famoso el llamado Estatuto de seguridad, una norma extraordinaria bajo cuyo amparo se cometieron serios abusos de los derechos humanos. Turbay siempre anduvo de la mano de los militares, a quienes concedió amplio margen para sus operaciones.

—Yo creo que, si el Gobierno no se ha tomado ya la embajada, es que quiere negociar. Raro, ¿no? Para un tipo tan autoritario como Turbay, esto debe ser muy anormal —le dijo a La Chiqui uno de los guerrilleros, recostado en la alfombra del salón social de la embajada, mientras se

fumaba un cigarrillo—. Quizás la impúdica manguala con los milicos le dio margen de maniobra, prosiguió. Ante la toma, la confianza de estos frente al presidente era enorme. Eso le permitió manejar una larga negociación sin una sola fisura de los generales. Fíjate, Chiqui, que Belisario Betancur, en cambio, para la paz no contó con los militares. Y, como respuesta, la repudiaron, incluso de manera ostentosa. En lo de la captura del Palacio de Justicia, Belisario ya no tenía combustible suficiente para negociar. Ni siquiera el clamor del magistrado Reyes Echandía, difundido a los cuatro vientos por una emisora capitalina, logró frenar la arremetida de militares heridos desde el robo de innumerables armas en el Cantón Norte. El ejército entró al Palacio, a sangre y fuego. Más de un centenar de civiles, magistrados y jueces falleció. Aun se habla de personas que salieron con vida y fueron luego desaparecidas. Los propios magistrados sobrevivientes contaron, de manera dramática, cómo ni sus gritos proclamando su rango y su carácter de víctimas de la toma frenaron las balas oficiales.

Hércules recordaba las veinticuatro escenas de televisión en las que La Chiqui, acompañada del embajador Galán, en condición de testigo, ingresaba a una camioneta amarilla, sin puerta trasera, en la que se había instalado la mesa de negociaciones. El M-19 pidió inicialmente 50 millones de dólares y la liberación de más de doscientos guerrilleros presos en las cárceles. Aunque la versión oficial es que el Eme no obtuvo lo que pedía, en el boca a boca quedó la idea de que sí hubo un pago de 10 millones de dólares. Tiempo después, Bateman habló de un millón. Lo cierto es que la operación fue exitosa para ambos bandos. El Gobierno evitó una masacre, y la guerrilla encontró asilo en Cuba.

Ya en ese entonces, el principal compromiso de Pretorius eran sus estudios de Derecho. Pero la curiosidad sobre el papel del M-19 en un proceso de cambio revolucionario ejercía sobre él un enorme atractivo. Pegado todos los días a la pantalla, empezó a soñar con una revolución humanista, reflexiva, sin balas. Y comenzó a verse allí. Una especie de combatiente sin fusil. Un pregonero. Un obrero desarmado, al servicio de la justicia y la igualdad. Pero de un momento a otro, ese nirvana se veía entorpecido por una nube gris. La nube de la realidad del conflicto. Para ese entonces, más de tres décadas de barbarie golpeaban ese ensueño. Después vino a saber, en carne propia, que esa primera nube era apenas un remedo del huracán de violencias en el que terminaría sumergido, en el ojo del torbellino.

Concluida la toma de la embajada, la guerrilla viajó a La Habana. Al descender del avión, La Chiqui, ya legendaria, copó los micrófonos. Hizo una dura arremetida contra el sistema político colombiano y exaltó la dignidad de la insurgencia. Pronto emprendería la marcha por el Chocó, donde la encontró la muerte.

En los ratos en que las peripecias militares le daban algo de reposo, La Chiqui escribió un diario de la operación Calarcá, el cual llegó a manos de su compañero de lucha Gustavo Petro, quien mucho después sería presidente de Colombia. Un poco antes de asumir esta dignidad, Petro publicó un documento en el que hace el recuento del diario de La Chiqui y consigna allí su

admiración por ella.

En medio de la lluvia interminable, que bajo la selva tupida terminaba creando una especie de sauna insoportable, muchas veces a Hércules le tocaba caminar detrás de La Chiqui. A veces renqueaba. Hércules recordó su asma y sus gafas. Y la quiso.

3

El avión de Hércules trepidaba en la turbulencia. Sentados, dando la espalda a la pared del avión, los pasajeros se aferraban a los tubos de aluminio que formaban la banca de proa a popa. Todos con cinturones verde oliva cruzados en el pecho. Todos con el equipo de combate entre las piernas.

Ya en Jaqué atracaron los dos botes, que, bordeando sigilosamente la costa chocoana, rebasarían Bahía Solano y la ensenada de Utría, hasta desembarcar en Tribugá. Aunque no sabían muy bien cuál era el objetivo, había que confiar en el mando. Se decía que era para poner una cabeza de playa entre el Chocó, Antioquia y Risaralda. Un compañero oyó que los que se habían quedado en Cuba iban a trasladarse a Nariño, entrando por los lados de Tumaco, para reforzar el frente de guerra del sur que estaba en el Caquetá. Allí estaba Bateman. Un bacán y un sabio.

Fernando, el comandante, era un duro. Cofundador del Eme, prófugo de La Picota unos ocho meses antes, y compañero de Bateman en los recorridos previos a la zona. Hércules fue asignado a la Escuadra tres, bajo el mando inmediato de Moisés. Su papel era político. No tenía experiencia de combate, pero había adelantado estudios de Derecho. Era uno de los “políticos”.

Pretorius estuvo orientado hasta que llegaron al nacimiento del río San Juan. De allí en adelante, perdió el rumbo. Solo selva, mosquitos, gritos de las guacamayas. Ahora añoraba la incomodidad del Willys, tendido como bulto de papa en la parte trasera, al lado de una compañera desconocida, muda, bronca, hasta inhumana. La mala cara que le hicieron a Hércules cuando pidió que le permitieran orinar fue el preludio de la vida en la guerrilla. Ahora, a pie, tras jornadas sin pausa, cuando desfallecía, retumbaba de nuevo en su cabeza la voz de Moncho: “no tenés salida, güevón. No pienses más, sentate a un la’o, qué diablos, a nadie importa si naciste honra’o”.

La mirada sobre el Pacífico coincidió con una primera reunión sobre la estrategia de la toma del poder desde el Chocó. Una especie de larga marcha, cruzando la selva hasta culminar en la Casa de Nariño, con los acordes del himno nacional.

4

Universidad de Caldas, finales de los años sesenta

La caída del dictador Rojas Pinilla, en la que participó activamente el movimiento estudiantil, le dio a este protagonismo e importancia. Pero ya puesto en marcha el Frente Nacional, la persistente voz crítica de los muchachos, parapetados en la autonomía universitaria, comenzó a fastidiar a los gobernantes. Y aunque el Frente Nacional pacificó de un tajo la violencia liberal-conservadora, otra lucha iniciaba. Una de contenido social, revolucionaria, que ofrecía el talismán de la revolución, acogida por muchos estudiantes sedientos, a la vez, de cambios y de aventuras.

La agitación en las aulas crecía como espuma. La derecha existía, pero era vergonzante. Algunos muchachos venían del viejo laureanismo, seguidores de Laureano Gómez, a quien los liberales apodaban El Monstruo. Pero era una facción casi clandestina. En la universidad, ya la izquierda impregnaba hasta los muros de los edificios. Y fuera de ella, después del pacto del Frente Nacional, el liberalismo era mayoría abrumadora; no solo mayoría numérica, sino que había copado los medios, la administración, la justicia.

El conservatismo mantenía su habilidad para obtener votaciones importantes, pero era una especie de vagón de cola del liberalismo. El pacto suscrito entre Laureano Gómez y Alberto Lleras, si bien había rebajado el odio y la pugnacidad contra Laureano, había terminado beneficiando al Partido Liberal, que era como el estándar nacional del pensamiento político. Además, si algo faltara, la división conservadora que convirtió a Ospina Pérez en jefe de la otra facción terminó imponiéndose. Laureano se fue desvaneciendo, y su hijo, Álvaro, pese a un esfuerzo constante para despercudir la historia del laureanismo y adoptar posiciones más modernas, nunca logró zafarse del todo de una leyenda negra, auspiciada y difundida por la prensa liberal.

El Profe, recién graduado, fue llamado a ser maestro. Profesor de alumnos que, hasta el día anterior, eran sus propios compañeros de cursos inferiores. Fue una especie de tómbola. Un profesor titular se enfermó a mitad de curso, y mientras encontraban reemplazo, echaron mano del alumno destacado. Comenzó con Derecho Penal. Por fortuna para él, era una materia que le

había gustado. Que si Carrara, que si Beccaria, que si Soler. Y de los colombianos, Pacheco. El más preciso. Lo de los premeditativos de Gaitán le parecía más bien pura paja, pero no lo podía decir, porque la izquierda lo descalificaba.

Al año siguiente, el Consejo Académico escogió otro profesor titular de Penal, pero, vuelve y rueda la tómbola, el profesor de Hacienda Pública se había marchado. Entonces, ahora dale con la Hacienda Pública. No era mucho lo que sabía de esta materia, a diferencia de Penal, pero hizo el esfuerzo estudiando noche tras noche, tomando notas, preparando clase.

El Profe asistió al último Congreso de la Federación Universitaria Nacional, fundada en 1963, que tuvo lugar en Bogotá, a mediados de la década de los años sesenta. Allí se aprobó un auxilio de diez pesos por estudiante, para la guerrilla. Él, y los pocos estudiantes liberales, tuvieron que limitarse a guardar silencio. El Aula de la Universidad Nacional, en Bogotá, rugía cada que hablaban Jaime Arenas, Julio César Cortés y tantos otros, especialmente militantes de la nueva guerrilla de la época: el Ejército de Liberación Nacional, gestado en las aulas universitarias y las ariscas tierras del departamento de Santander. Se disolvió después de que el presidente Carlos Lleras declarara que la Federación Universitaria Nacional era ilegal, pero el enorme magma creciente de la izquierda radical siguió presente en todos los rincones de las universidades.

"¿Será demasiada ambición haber aceptado esta cátedra de Hacienda Pública?", pensó el Profe. Le tocaba romperse las pelotas preparando temas tan áridos, y tratando de envolverlos ante los estudiantes con una cubierta de interés general. La introducción la había planeado con una aproximación al panorama macroeconómico, antes de adentrarse en el presupuesto, las regalías, y toda esa colección de *technicalities*. Los alumnos mostraron cierto interés. Eran unos veinte.

En ese mismo luminoso salón del tercer piso, el Profe había recibido clase de Contratos con César Gómez Estrada. Se sentaba en la cátedra semicircular. Encendía un cigarrillo y solo miraba al horizonte, a través del ventanal, y desde allí seguía la ruta de una docena de palomas que circulaban en el entorno. Nunca faltó a clase. Jamás. Gómez daba clase como si hablara para sí mismo, utilizando el lenguaje preciso, y preservando durante toda la hora esa postura majestuosa. Parecía un príncipe feudal, de esos que, en las películas, estaban dotados de una atmósfera imperial, que solo mostraba algún rasgo humano en presencia de un pernil de cordero y una rebosante copia de vino rojo que desbordaba la superficie de plata del cáliz y manchaba el piso de mármol. Los que lo conocían mejor señalaban que, en efecto, ese profesor majestuoso se desdoblaba con unos aguardientes. Decían que incluso recitaba poemas y se explayaba en anécdotas salerosas. El Profe, en cambio, no se sentaba en la cátedra. Caminaba de un lado al otro, y de vez en cuando consultaba sus notas garrapateadas para la clase, en un cuaderno escolar.

Un día, el Peludo, un muchacho que igualaba la edad del Profe, lo interrumpió:

—Profe, todo eso que usted dice hace parte del tinglado oligárquico. Mis compañeros y yo

queremos que no se haga el loco. Explique los mecanismos económicos de la dominación. Cuéntenos cómo todo ese laberinto de leyes busca perpetuar la discriminación y la desigualdad, que es un constructo deliberado de la clase dominante, que solo obedece a sus intereses y a los del imperialismo *yankee*. El señor Kemmerer que usted menciona era gringo, ¿no?

A su lado estaba ese muchacho de nombre raro. ¿Pretorius? Sí. Hércules Pretorius. Siempre calladito, pero con mirada de jaguar en búsqueda de su presa. Casi nunca intervenía, pero cuando lo hacía, se le veía la precisión del estilete. Encontraba certero el nudo de la cuestión. Como el cirujano que detecta el trombo en la coronaria del sistema con un simple golpe de vista. Usaba una camisa de manga corta. De esas que son como un mosaico, pero sin estridencias. Pantalón caqui común y corriente. No usaba pelo largo, ni patillas estrafalarias. No abrazaba a las compañeras levantándolas del suelo, como hacían las demás. Calladito. Como Kempis.

Cada día el Profe veía con angustia que el número de alumnos asistentes disminuía. ¿Qué estará pasando? ¿Una epidemia de gripa asiática? ¿O, simplemente, soy mal profesor y los muchachos se aburren? La de los bluejeans negros ajustados no ha vuelto. Tampoco el morocho de blusas haitianas. Y hasta el calladito aquel, el de las camisas de manga corta, el que mira y escucha como un búho, el del nombre de mitología griega, también ha desaparecido.

5

Veintisiete horas después de salir de Jaqué, avizoraron la playa de Guachalito. Buena noticia, después de aguaceros bíblicos, vómito tras vómito, escasez de raciones y algo de angustia cuando los pilotos perdieron el rumbo, lo que los obligó a una parada en la madrugada hasta que apareció el sol. Finalmente, llegaron a Utría.

"Mierda", pensó Hércules. "Se suponía que habría un grupo para recibirnos, pero solo apareció Julio. Caminar y caminar, ya comienza a oscurecer y, maldita sea, la tarde se va ocultando. Pobrecito que perdió su nido, muy solito va. Mamá me lo dijo. ¡Silencio, cerebro! No más. Deja la mariconada pues".

—¿Me explicas para dónde es que vamos? —dijo Marta, la guerrillera rechoncha que caminaba mirando el suelo, por la deformación de su columna, y con los pies en paralelo. Siempre se dijo que la deformación era por sus años en el ELN, caminando y caminando. Allá llegó después de haberse retirado del convento, pero no de la teología de la liberación. Era una iluminada un poco oligofrénica.

—Vamos a cruzar el Chocó para hacer la revolución —respondió el comandante Fernando, llamado en realidad José Helmer Marín, nacido en Rioblanco, departamento del Tolima. Pretorius escuchaba con ilusión.

Había cierta sintonía entre Marín y Marta. En efecto, Marín había hecho parte de la Juventud Obrera Católica, inspirada en el Movimiento Golconda. Desde niño mostró una gran sensibilidad por el sufrimiento de los pobres. Los fines de semana dejaba tirados a sus compañeros y acudía a los barrios populares a adelantar tareas de apoyo social. Aun sin conocerse, Marta había recorrido caminos semejantes.

—¿Y será posible la revolución, compañero? —repuso Marta—. Ya llevamos un tiempito en esto…

—No hay que desesperarse, hermana. Recuerde que en el sur tenemos frentes de guerra, y pronto habrá noticias importantes por los lados del Putumayo.

Marín también había hecho parte de los Comuneros, y los viernes acostumbraba a encontrarse con los artistas de La Mama a tomar cerveza. Venía de las filas proletarias de los fundadores del M-19. Ese origen no le impidió relacionarse también con el grupo de periodistas de la revista *Alternativa*, unos riquitos del norte de Bogotá, a quienes les dio la ventolera por hacerle

propaganda a la izquierda. Una extraña confluencia. Y García Márquez rondando por allí.

—¿Y vos cómo llegaste hasta acá? —continuó Marta.

—Eso no importa mucho —dijo Marín—. Mirá, Marta. Es mejor no hablar de la historia antigua. Pero bueno… Yo estaba detenido en la cárcel La Picota. Se organizó un partido de fútbol y algunos presos, disfrazados de mujer, sirvieron de animadoras. Esto concentró la atención. Ya antes, se había fingido una apuesta, y los perdedores, entre los cuales nos encontrábamos Iván Marino Ospina y yo, tuvimos que raparnos a lo militar para despistar. En medio del partido, delante de todo el mundo, nos escapamos vestidos de militares. Por los lados del Valle nos encontramos con Bateman y navegamos en una frágil embarcación hasta Panamá. De ahí en adelante, ya lo sabes. Estuve en Cuba, en Villa Chumbimba, en los preparativos de esta operación. Allí se impartieron los cursos en los que participé.

”Llegué a Cuba y los compas cubanos me alojaron en El Laguito, una antigua urbanización de élite de tiempos de Batista, expropiada por el gobierno revolucionario, destinada ahora a servir de asiento a la febril actividad diplomática del gobierno de la isla. El primer producto de exportación de Cuba es la diplomacia. Y aquí estamos, querida, en la ensenada de Utría. A la espera de la comisión de bienvenida. Por cierto, nada que aparece alguien a recibirnos. Algo raro habrá pasado”.

La historia tiene su hilo, a veces tenue. Allí mismo, en El Laguito, se alojarían muchos años después, en el 2012, los guerrilleros de las Farc y los delegados del presidente Santos. El Gobierno, en la casa 25, y la guerrilla, cruzando el lago, exactamente al frente. A unos 200 metros unos de otros, rivales eternos. Y, en la mitad, un descomunal cisne negro y su pareja, blanca, que, con el paso del tiempo, quizás porque perdió unos huevos que empollaba, se tornó tan agresiva que había logrado impedir las caminatas de unos y otros antagonistas bordeando el lago, en medio de acacias de rojo subido, palmeras formidables y decenas de árboles de mango que, cada cierto tiempo, se cargaban de cosechas descomunales que se podrían en el suelo, bajo la mirada indiferente de la revolución.

Por fin llegaron a una enramada, donde Fernando ordenó formación. Desde el mar se veía, a contraluz, su silueta brillante, solo el contorno. Estaba claramente delineado el fusil Galil, con mira telescópica. El pago por lo de la embajada dominicana había servido para conseguir armas modernas. Todos se formaron con sus uniformes verdes, pese al vómito incontrolable y a la incomodidad de hacer sus necesidades en un tarro de leche Klim, que tenía que ser enjuagado por el usuario.

Fernando, en su primera intervención formal, los llamó oficiales de Bolívar, una curiosa transmutación histórica. Antes, Bolívar era el héroe del conservatismo, mientras que el Partido Liberal decía que Santander había sido el gran constructor de la república de leyes. Las cosas habían cambiado. Aun antes de que Hugo Chávez raponeara a Bolívar para la izquierda, ya el M-19 había señalado el camino. El robo de la espada fue el símbolo supremo. Hércules pensó que la

izquierda se había apropiado de Bolívar olvidando el Bolívar dictador, pero que en el fondo lo hizo porque despreciaba las legalidades, los golilleros, los secretarios de juzgado, los otarios que ganaban dinero solo por firmar; todo eso que no permitía la revolución. Santander, que le venía ganando a Bolívar en la opinión pública de la primera mitad del siglo XX, había caído en desgracia porque la izquierda terminó detestando la legalidad burguesa. Fernando también glorificó a Gaitán, Uribe Uribe y Quintín Lame; y luego, al diseñar en pocas frases lo que sería la estrategia de la operación, dijo que sería realizada respetando las particularidades de los habitantes. Ahí se sembró el germen del fracaso. Porque creyó que la situación de miseria de la población indígena y afro los llevaría a convertirlos en aliados. No fue así.

Mientras Bateman tenía en la mente un periplo silencioso para montar una base que reforzara los frentes de guerra del sur, la mezcla con grupos poblacionales desconfiados, que veían a la columna como una invasión "blanca" en territorios indígenas y étnicos, fue moviendo a la población a brindar información al ejército. Si Fernando viviese hoy, podría decir que la clandestinidad era simplemente un imposible vital. Pero Fernando, en su discurso, dio una primera puntada. El camino tomado se convertiría en algo irreversible. Y agregó: "Los campesinos, los obreros, los negros y los indígenas son nuestros principales aliados".

—Mierda —musitó Marta, la monja—. Muy bonito, pero ¿dónde diablos está la brigada de recepción?

A La Chiqui, después de aguantar de pie la soflama de Fernando, con el coxis embravecido por el dolor, le pareció que faltaban algunas instrucciones concretas: silencio en la marcha, mantener distancia en las columnas, pasar las órdenes en voz baja, evitar el sonido de las cantimploras amarradas al cinturón, repudiar el hurto de alimentos y mejorar la disciplina. Este último punto fue mencionado por Fernando ya al final, lo que normalmente habría dado pie a una moción de orden de La Chiqui; pero, con el culo reventado, grabó sus ideas en la memoria y las dejó para otra ocasión.

Llegó la medianoche y todavía no aparecía el grupo de recepción. En cambio, las nubes de mosquitos hacían su agosto.

6

—Profe —dijo el Peludo—. Le insistimos en que esta clase así no nos sirve. Pura carreta oligárquica. Ya hemos hablado con compañeros del Consejo Estudiantil y están de acuerdo. Naranjo, Tito y Jaramillo nos ofrecieron apoyo.

Enseguida, un muchacho que estaba en el rincón, que el Profe creyó no haber visto nunca, envuelto en un gabán negro que le llegaba a los tobillos, agregó:

—Para hablar de Hacienda Pública exigimos que usted, primero, exponga sus opiniones sobre el materialismo dialéctico. Además, creemos que usted, en su actividad, acude al divisionismo. En la pasada reunión con el rector, usted fue de los que ofrecieron su renuncia porque él les aceptó a los estudiantes una revisión completa del pénsum, discutida en mesa paritaria entre profesores y estudiantes. Esta es una universidad pública, y en la práctica, el psiquiatra que ejerce la rectoría, que sí es consecuente, se rige por las ideas del cogobierno. Hasta el ministro de Educación, Galán, más o menos se ha acomodado a ese manejo. Usted es un retardatario.

Hércules guardó silencio, aunque el Profe creyó ver en él cierta señal de asentimiento.

El profesor se limitó a señalar que él se ceñía al programa de clase aprobado oficialmente, y que la cuestión del materialismo dialéctico era responsabilidad de la cátedra de ideas políticas.

Durante varios días la tensión en las clases fue en aumento. La rubiecita sensual, hija del radiólogo, le dijo al profesor una mañana:

—Esta noche hay una rumba organizada por los estudiantes. A usted le conviene asistir. Van a estar alumnos suyos, además de miembros del Consejo. También alumnos de otros grupos. Naranjo, seguro, y Jaramillo confirmó.

Durante el resto del día, la idea le quedó taladrando el cerebro al Profe. Jaramillo era un agitador, un tropero audaz y grandilocuente. Se decía que venía de la Juventud Comunista, aunque eso no era seguro. Todos decían que tenía mucho futuro. Pero derramaba una valentía con telón de fondo de tragedia. Como el ritmo sincopado de los lamentos chocoanos. Un tamtam de los tambores que, en voz baja, mantiene el ritmo del desastre. Tito se desenvolvía en ambientes sindicales. Y Naranjo se dedicaba a defender obreros injustamente despedidos.

Entre los alumnos, Hércules era el más brillante. Aunque callado, ahorrativo de palabras y muy alejado del histrionismo, era el que intervenía con mayor profundidad en las discusiones. Su talante reservado creaba una idea de misterio a su alrededor. Si bien estaba siempre en posiciones

de izquierda, era un enigma imaginar hasta dónde estaba comprometido. ¿Había un límite? Tampoco se sabía nada sobre su activismo. Si existía, era un misterio para todos.

El Profe decidió asistir a la fiesta. Pensó que era una buena oportunidad para romper el hielo. De pronto, se lograba un *modus vivendi* con los muchachos. Además, la rubiecita atractiva, más bien burguesita, le había insistido con una sonrisa. Un cierto destello de sus ojos verdosos podía ser una especie de mensaje. ¿Quién quita? No había rollo ético, porque era amiga de antes. Desde su barrio. Cualquier cosa que pasara no era producto de la llamada "posición de dominio", por ser su profesor. Además, más bien la dominante era ella, con esas espuelas descomunales. "Usted embolata un duende", le había dicho mucho antes el que ahora era su Profe, en un arranque de flirteo que ella capoteó como el Cordobés al toro recién salido de toriles.

La rumba era en un sótano por la carrera 23, como con calle 27, o algo así. Al entrar, había que bajar unas escalas herrumbrosas. Había que asirse fuertemente de la baranda de madera anudada.

Al fondo de la escalera, el Profe vio a la rubiecita y eso lo alivió. Ella tenía cierto liderazgo y podría ser su salvoconducto si la cosa se ponía fea. Al terminar el descenso, ella acercó la mejilla como para saludarlo de beso. Lo tomó por los codos y el Profe alcanzó a sentir su calor como una caricia. Pero cuando esperaba el beso en la mejilla, ella desvió la boca y le habló al oído:

—¿Usted no sabe que es un triple hijueputa? Una rata de alcantarilla. Lárguese de acá, fascista de mierda.

El Profe no supo si fue una traición o una celada. Pero alcanzó a devolverse a tiempo, antes de que su presencia fuera advertida por los demás. "Altiva y soberbia cual diosa pagana, pasaste a mi lado mostrando el rencor", soliquió el Profe.

7

“Mmmm”, pensó Hércules. “Esta vaina esta rara. Preocupante. La comisión que nos debía recibir no apareció”.

El 7 de febrero lograron escalar al Alto del Buey, en la serranía del Baudó. Lluvia. Hambre. Lluvia. Hambre. Y la comisión nada que aparecía. Dos libras de arroz para repartir entre todos.

De noche, era necesario sentarse sobre el equipo para que no se mojara. ¿Sueño? Sueño imposible.

Como un rayo que parte la noche, se oyó el grito desesperado de La Chiqui. “Hormiga conga. Nos sentamos en un hormiguero”. Aunque los alaridos desgarraban la densa cortina de silencio, hubo un alivio en la tropa, que había pensado que La Chiqui había sido alcanzada por la cerbatana de algún emberá sigiloso.

Pretorius creía que lo de las cerbatanas era leyenda. Como un pedazo estrambótico copiado de una novela amazónica. Pero no. Era verdad. La cerbatana envenenada no era delirio literario. De verdad se usaba como arma en varias comunidades ancestrales. El tóxico que usaban era sacado de la rana arlequín.

Para matar la angustia, sin proponérselo, Hércules cayó de nuevo en la trampa de la erudición, que era más bien eruditismo. Una especie de Valium.

—Esa conga puede ser la llamada paraponera. Es que su nombre viene del griego y significa dolor. Un dolor treinta veces más agudo que el de la picadura de una avispa. También se le conoce como hormiga bala.

La Chiqui lo reprendió:

—Uno con el culo ardiendo y vos te ponés a decir maricadas. Cuando te toca hablar, tus palabras son escasas. Y ahora salís con esta verborrea.

Pretorius guardó silencio. Por dentro lo aporreó el alma. Era verdad. Nunca lograba descifrar por qué, tan cortico de palabras, en ciertos casos se le escapaba un volcán de estupideces.

—Yo sí sentí como un sabor maluco de la comida de ayer —dijo Hércules—. Ahora todos corriendo al monte a deshacerse del mal. Y a limpiarse con hojas de congo, esa es la peor parte.

—Dios hace las cosas muy bien —repuso Marta, la que fue monja—. Todos los días el ser

humano defeca una vez por la mañana y queda libre de ese asunto. Bueno, ahora, claro está, cada quince minutos toca correr para no ensuciar la ropita. Pero casi nunca ocurre. Más bien, a veces es una vez cada dos días. Muy cómodo. ¿Te imaginas si uno fuera como un pollito? Dos pasitos, una cagadita. No se podría vivir sino para cagar. Para los pollitos, no hay problema. Ellos no trabajan ni van a la iglesia ni reciben visitas. Dios es sabio.

Mientras, la lenta sucesión de segundos se prolongaba en medio de la lluvia bíblica, los ataques de los bichos, el silencio obligado y el ruido de los machetes de la vanguardia. “Curioso”, pensó Hércules. “Al principio, esta selva va a mil por hora. Llena de ruidos, cánticos de aves, peligros a uno y otro lado que le metían emoción a la travesía. Ahora, a punta de repetición y monotonía, el tiempo parece paralizado. Lluvia interminable. Comida inflexible. Cada mosquito igual al otro. Solo cambia un poco la rutina cuando podemos bañarnos en el río. O cuando la tarea es limpiar las armas”. En esos momentos, Hércules trataba siempre de quedar cerca de La Chiqui y lograba cruzar algunas frases con ella. “Muy pocas. Hola, soledad”, rumió. No supo si había suspirado.

8

Muchos años después, por los lados de 1999, mientras el Profe se aprestaba a limpiar sus gafas con un trozo de franela que le dieron en la óptica —franela especial, le dijo la vendedora, con aire de orgullo asalariado—, el teléfono comenzó a repicar de manera insistente. Estuvo tentado a no contestar. Aunque su estómago había decretado que la primerísima prioridad era el suculento sándwich de rosbif ya dispuesto sobre su mesa, una especie de merienda antes de ir a la cama, lo insólito de la hora anunciaba alguna mala noticia. Sin duda la llamada no debía haberse originado en el propio Londres; la cortesía inglesa impediría una comunicación tan tardía. Por tanto, el interesado debería estar en Bogotá. Preludio de dificultades. Finalmente contestó:

—Embajador —le dijo la voz emblemática del operador de Palacio—. Le paso al canciller.

Después de los habituales saludos, el canciller, ahora con tono un tanto melodramático, le dijo:

—Estimado embajador. Le hablo en nombre del presidente de la República. Sucede que, a consecuencia de la crisis política que usted conoce, se está gestando una moción de censura contra el ministro del Interior. Todo comenzó con la idea de revocar el Congreso, pero la oposición, que lamentablemente es mayoría, ahora quiere la revocatoria de todos los poderes, incluido el presidente. Un primer paso es aprobar una moción de desconfianza contra el ministro para removerlo de su cargo. Luego vendrán tras el presidente. Aunque esas iniciativas nunca han prosperado, por primera vez hay votos suficientes en el Congreso, de modo que la revocatoria es un hecho y debe ocurrir en la sesión de mañana. Aquí estimamos que la única salida para ir enfriando el impasse es que el ministro renuncie de inmediato. Así se evita la bochornosa destitución y se abre un compás de espera, para ir buscando caminos de solución a la crisis. Entonces, el presidente le manda a pedir que acepte el Ministerio. Lamentamos interrumpir su estadía como embajador en Londres, pero es una verdadera emergencia.

Baldado de agua fría, proyectos cancelados, incluidas las clases en la Open University que tanto lo emocionaban, el Soho, los paseos en barcazas en Camden Town, las caminatas en Hampstead Heath con su amiga Bee, en fin. Pero ni modo, Profe, se dijo a sí mismo. Así es el servicio público. Soy un soldado romano.

—Pueeeeeeees, canciller. Sí, señor. Dígale al presidente que estoy a su disposición. ¿Encargarán a alguien mientras yo pongo punto final a las últimas gestiones y hago las

consabidas despedidas que dictan los usos diplomáticos, comenzando por el gobierno de Su Majestad?

Ahora el tono del canciller tomó de nuevo el tono coloquial:

—No, maestro. Ni modo. Te tienes que venir ya. Ya es ya. No solo por la crisis en marcha, sino porque tenemos una rebelión de los paramilitares en el sur de Bolívar. Se alebrestaron por la idea del Gobierno de abrir una segunda zona desmilitarizada allí, a fin de adelantar conversaciones con el ELN. Hay un tipo ahí, uno de los jefes. Es un abogado. Ernesto Báez, lo llaman, aunque es un tipo de apellido Duque. Las carreteras están paralizadas y tenemos que proceder con mucha rapidez.

Firmada el acta de posesión, al Profe le pusieron un buscapersonas en la correa. “Cuando timbre, le toca llamar al presidente”. Le entregaron un teléfono móvil y le presentaron al capitán Morales de la Policía, encargado de su seguridad. Enseguida llegó a un salón en el Hotel Tequendama, donde lo esperaban los dos comandantes máximos, el de las Fuerzas Militares y el del Ejército. “Ministro, lo de la revocatoria del presidente está cogiendo aire. Incluso más que la revocatoria del Congreso. Como responsables del orden público, le manifestamos que la situación es grave y que no podemos responsabilizarnos de lo que pase”, dijo el Comandante General, el canoso, mientras el otro, el del Ejército, asentía con un movimiento de cabeza.

Al salir de este encuentro, el Profe se topó a bocajarro con una nube de periodistas. Dio declaraciones a la radio, bajándole temperatura a la crisis, abriendo las puertas al diálogo con la oposición.

Timbró el buscapersonas. Llamó al presidente.

—Ministro, ¿cuál diálogo? Yo no voy a ceder en mi proyecto de revocar el Congreso —le dijo el mandatario.

—Presidente —repuso el Profe—. Usted no está midiendo bien la dimensión de lo que viene caminando.

Le contó de la reunión con los militares. Hubo un largo silencio en el teléfono y una despedida fría.

Como en un turbión incontrolable, el Profe fue subido a un carro blindado, llevado a la Escuela Militar y montado en un helicóptero, que aterrizó a pocos metros de La Lizama. Desde el aire se veía la multitud de paramilitares, curiosamente armados de garrotes, aunque debajo de los ponchos se adivinaban las metralletas. El Profe saltó de la aeronave acompañado de su jefe de seguridad, cuatro policías más y media docena de soldados al mando de un sargento, y se dirigieron al sitio donde estaba el comando de la asonada. Pero, sorpresa; unos cien metros antes

del sitio, le dijo el sargento:

—Ministro, aquí nos devolvemos los militares. Tenemos prohibido que nos tomen fotos con paramilitares. Usted queda en manos de la Policía.

El Profe sintió frío en la espalda. Nunca pudo entender la excusa. ¿Cuáles fotos? ¿Fotos cumpliendo una misión oficial? ¿Cuál es el problema? Solo un poco después, en reunión en la oficina presidencial, comprendería la nuez de este insólito comportamiento.

Llegó el Profe. Gritos. Amenazas. Golpeteo de garrotes en el asfalto. Los paramilitares se arremolinaron a su alrededor. Alguno tomó la palabra:

—No vamos a permitir una zona de despeje para el ELN en el sur del departamento de Bolívar. Esta zona es nuestra. Ya cerramos todas las carreteras. Aquí no hay diálogo, ministro. Es una decisión. Nosotros somos combatientes curtidos. De aquí nos sacan muertos.

En cierto momento, aprovechando la insuficiencia de la escolta, uno de los vociferantes acercó su boca al oído del Profe y dijo:

—Ministro, tenemos órdenes de los comandantes Castaño y Báez. No se equivoque. Nosotros fuimos reclutados por plata. Antes éramos elenos. Casi todos los que estamos aquí venimos de la guerrilla. Los elenos quieren esta zona para los cultivos ilícitos, y porque en el subsuelo hay reservas de coltán. Eso es todo. Es un negocio. Dígale a su presidente que no se atraviese.

Ya de regreso a la capital, el presidente citó al Profe —ahora ministro—, a los dos militares supremos y al comisionado de paz. La reunión tuvo lugar en una salita discreta, frente a la Secretaría General, cruzando el pasillo alfombrado de púrpura.

—Generales —dijo el presidente—. Para profundizar la política de paz del Gobierno es necesario abrir conversaciones con el ELN. Así como hemos desmilitarizado la zona del Caguán para hablar con las Farc, el paso siguiente es este: abrir una zona desmilitarizada en el sur del departamento de Bolívar. Los paramilitares se oponen, pero tiene que prevalecer la orden presidencial, que se inspira en el anhelo de paz. Procedan a despejar la zona y reabran el tránsito a la mayor brevedad, porque todo el nudo de carreteras de esa región se está viendo afectado. La parálisis lleva varios días, y el desabastecimiento se siente en toda la zona nororiental.

El Profe no contó la duración del silencio, pero fue evidente una cierta prolongación inusual. Y no solo eso. Caras largas de los militares.

—Señor presidente, con todo respeto —dijo el jefe de las Fuerzas Militares, un general rollizo, encanecido, en cuya cara se acentuaron los arreboles que siempre lo caracterizaban—, le digo que es una operación imposible. El número de bajas de las propias tropas puede ser desproporcionado. Esos paramilitares dominan la región. Ya expulsaron a todas las guerrillas que allí operaban. La población está con ellos. Y sus tropas mercenarias, compuestas en buena parte por exguerrilleros curtidos y veteranos, son tremendamente eficaces. —Miró a su compañero, el

comandante del Ejército, cuya faz cetrina ahora se veía surcada por socavones más profundos de lo habitual, y continuó—: Señor presidente, recomendamos el diálogo.

El presidente dio un golpe en la mesa. La manilla de su reloj se reventó y este cayó al suelo. Una toma de cámara lenta, digna de *La naranja mecánica*.

—Es una orden. Soy el comandante en jefe de todas las fuerzas. Y ustedes tienen el deber de obediencia a la autoridad civil —afirmó y se levantó, para lo cual movió su silla en forma aparatosa, la volvió a colocar en su sitio, y abandonó el recinto.

El Profe esta vez sí contó, no solo los segundos, sino los minutos. A los doce minutos y treinta y dos segundos, los militares, en una especie de movimiento de nado coordinado, se levantaron de la mesa, se miraron y dijeron, "vamos a reunirnos con el alto mando", y salieron en silencio.

El comisionado y el Profe se dirigieron al despacho del presidente, quien bebía un vaso de agua en ese momento. El Profe creyó ver un ligero temblor en sus manos.

—Presidente —saludaron al unísono—: la situación es grave. Dijeron que se van a reunir con los mandos. Puede haber una crisis.

Se abrió súbitamente la puerta. Entró el ministro de Justicia, que había sido convocado de urgencia por el presidente. Enterado en detalle de la situación, se le pidió su opinión como ministro, pero sobre todo como pariente cercano de uno de los generales.

—Como siempre en Colombia, todo es grave, pero nada es serio. Hay que tratar de que la reunión de los mandos no se lleve a cabo en las frías oficinas del Ministerio de Defensa. Yo hago ahora una gestión para inducirlos a que se reúnan fuera de la capital, en una de las casas de campo de alguno de ellos. Si las esposas están presentes, no pasa nada. Cuando los cabecicalientes griten "rebelión", las esposas mencionarán la pensión de retiro, que hay que preservar por encima de todo (no olvides, mi amor, el pago de la pensión en la universidad de la niña, en Nueva York).

Así fue. Vino una tensa calma. El Profe viajó varias veces a Cúcuta y Bucaramanga, a dialogar con las "fuerzas vivas". El paso del tiempo y la presión ciudadana fueron eficaces. Paulatinamente se fueron abriendo las carreteras. El Profe sabía que al otro lado del tablero estaba Báez. El muchacho de su universidad que, en su tarea de agitador, parecía una caricatura. Un ornitorrinco. El lenguaje era el mismo apasionado, contestatario, radical de la izquierda. Pero su norte era otro: un régimen autoritario para enfrentar a la guerrilla; destinado, como el Gatopardo, a cambiar todo para que nada cambiara.

Nunca hubo zona de despeje para el ELN.

9

En diciembre de 1980, Bateman llevó a cabo un encuentro en Cali. Valoraron la situación geopolítica, teñida ahora por el acceso de Reagan a la presidencia de Estados Unidos. Duro hueso de roer. Más adelante, no escatimaría esfuerzos en su lucha "antiterrorista": la contra antisandinista, apoyo a Napoleón Duarte, endurecimiento del bloqueo a Cuba y la invasión a Granada para tumbar el régimen de Bishop. Esta última, dada la debilidad del enemigo, fue más bien un paso de opereta que realidad cruda. Pero era un mensaje, sin duda.

En lo local, contó cómo vendrían dos operaciones en el Pacífico. Allí estuvo presente Mauricio, quien fue a preparar el terreno en compañía de su novia Sandra y otros combatientes. Se movió por Anserma, contactó a Pedro y a Orlando, quien vivía en la finca La Moravia, no muy lejos de Belén de Umbría.

La misión encomendada por Bateman era preparar el terreno y tener lista la comisión que debía recibir a la primera columna, por los lados de Tribugá, en los primeros días de enero. Entre tanto, Mauricio preparó la toma de Mistrató para asaltar la Caja Agraria.

No sabían que la columna había atracado cinco días antes de lo planeado, y que esta descoordinación fue un lúgubre presagio, tanto por las penalidades sufridas por la orfandad inesperada, lo cual hizo mella en el ánimo de los invasores, como por sus maniobras obligadas en el terreno, que comenzaron ya a extender el siniestro rumor de que había aparecido guerrilla en el Alto Chocó. Y por si faltara, en la columna venían dos de los hermanos de Mauricio.

La toma de la Caja Agraria fracasó. Éramos muchos y parió la abuela. La caja fuerte tenía un temporizador que impedía abrirla antes de las siete de la mañana. Eran como las dos de la madrugada del 9 de abril. Mala pasada de un destino que no pintaba bien. Fue necesario requisar un bus para huir. El bus se atascó en un lodazal cuando iban hacia Villa Claret. De la operación fallida solo quedaron las banderas solitarias del M-19. Y las pintadas en la carrocería del bus abandonado.

Las Fuerzas Armadas comenzaron a moverse. Y esto no era solo cuestión de uniformes y balas. Era también "inteligencia": aprehensiones y feroces interrogatorios, ahora extendidos hasta Armenia y Pereira.

Unas pocas semanas después, en uno de los escasos momentos de descanso, Fernando le contó a Hércules algunos pasajes de la vida de Bateman:

—Es como una fuerza de la naturaleza, el flaco ese —dijo Fernando—. La revolución para él pasa por la pachanga y la jodetería.

—Ahhh. ¿Él habla del sancocho nacional? —preguntó Hércules.

—Sí, claro. Es la forma como él ve el movimiento. Aunque comenzó en la Juventud Comunista en Santa Marta, terminó odiando la pompa y el cerebro cuadrado de los mamertos. Es un tipo chévere.

—¿Cómo? ¿A la revolución entró por la JUCO? No lo había imaginado. Siempre creí que el M-19 había nacido como una guerrilla distinta.

—Pues, en parte —agregó Fernando—. Se ha dicho siempre que es un movimiento nacionalista, no marxista, urbano, que no considera como benéfica la larga existencia de un ejército del pueblo, ya que dice que la idea es un gran movimiento nacional incluyente. El sancocho, como dijiste. Pero el núcleo de los primeros realmente venía de las Farc. Estaban en el proceso de organizarse cuando vino el robo de las elecciones del 19 de abril de 1970. Decidieron aprovechar la coyuntura con la idea de que aparecerían unas masas rebotadas y furiosas. El momento insurreccional. En ese tránsito fue cuando terminaron aliados con gentes de otros movimientos y con la Alianza Nacional Popular (ANAPO), el partido de Rojas Pinilla y de su hija La Nena. Ahí ya se perdió lo que había del comunismo oficial. Era como el comienzo del sancocho.

—¡No me jodas! —repuso Hércules, y pensó: “Cómo soy de pendejo y de ingenuo. Yo juraba que esta era una guerrilla nacida sobre embriones nuevos”.

—Pero lo bonito es que hay alrededor de todo esto como una especie de tejido de crochet. Una malla sutil que conecta unas cosas con otras. La mamá de Bateman se llamaba Clementina Cayón. Ella había sido militante del Movimiento Revolucionario Liberal, una astilla que le salió al Partido Liberal, dirigida por López Michelsen. Sobre una vieja guerrilla de Julio Guerra en Santander, que había surgido en la época del asesinato de Gaitán, se creó el Ejército de Liberación Nacional, el ELN, que se conectó con los curas guerrilleros, con Camilo Torres, en fin, con esa cosa católica de la teología de la liberación. Los hermanos Vásquez Castaño nacieron a la lucha política en el MRL, ¿puedes creer? Unos verdaderos malparidos psicópatas, que se dedicaron en algún momento a matar a sus propios amigos, mezclados con un movimiento de un oligarca, hijo de un expresidente, presidente él mismo después. Un lenguaje revolucionario en una realidad burguesa. Y ahí no para la cosa. Cuando Jaime estaba joven, fue atropellado por un carro en Barranquilla. Casi pierde la pierna. Renqueaba un poco. ¿Te dice algo esto?

—Claro, compa. La Chiqui.

—Fíjate tú. Parece una fábula. Por otro lado, Jaime había sido secretario de Manuel Marulanda. Ahí forjó amistad con Ciro Trujillo. Una bestia de tipo. Cuando comandaba las Farc, con Tirofijo, o sea Marulanda, decidió irse con la guerrilla para el Quindío. Un animal. ¿Cómo sobrevive una guerrilla en un terreno como el Quindío? El mismo Jacobo Arenas reconoció que

casi acaba con la guerrilla. Perdieron la mitad de las armas. Ahhhh. Además, Jacobo también fue amigo de Bateman.

—¿Y Bateman tuvo que ver con lo de la espada de Bolívar? —inquirió Pretorius.

—Sí, claro. El que reivindicó la espada fue el Turco, Álvaro Fayad. Pero después fue responsabilidad de Bateman, que forjó la idea bolivariana en la guerrilla. Antes de Hugo Chávez. Se dice que esa espada dio muchas vueltas. Estuvo embolatada. Bateman fue el que la recuperó y dio la orden de entregarla, orden que solo vino a ser cumplida por Antonio Navarro. Sí. En la Quinta de Bolívar se la entregó al entonces presidente Gaviria, quien iba acompañado del Profe, su ministro de Gobierno.

—Como que la espada dio vueltas inverosímiles. Que la tuvo León de Greiff, el poeta; Luis Vidales, otro poeta, Torrijos, el hombre fuerte de Panamá. Hay quienes dicen que hasta García Márquez, el premio Nobel, la tuvo en sus manos —dijo Hércules.

Fernando se incorporó, gesto que puso fin a la conversación.

No viviría Hércules para saber que, luego de permanecer en una bóveda del Banco de la República, Iván Duque la pondría en una urna de cristal en la casa presidencial. Allí se la mostró a Gustavo Petro cuando este, elegido presidente, hizo la consabida visita de protocolo. Y menos sabría que Petro, estrenando poder, el día de su posesión, les ordenó a los oficiales de la casa militar a los cuatro vientos que la trajeran para exhibirla como triunfo tardío del M-19 al haber llegado a la presidencia por voto popular. Vueltas y revueltas. El sillón simbólico que ocupa el presidente se conoce como el solio de Bolívar.

10

Del mismo modo que la noche destapó el enorme cortejo de estrellas, como sin proponérselo, Salomón Caizamo, El Capi, uno de los colaboradores en la operación Calarcá, se puso de pie con un movimiento de pantera. Mientras él mariposeaba de un lado al otro, dando salticos copiados de Muhammad Ali, y revoloteaba los brazos como aspas de molino, Wenceslá, su pareja, lo miraba con ternura. Recordó el primer beso, la primera noche llena de zancudos y de fluidos corporales, y la cara de alegría cuando ella le dijo que para seguir unidos tenía que aceptar la presencia permanente de sus dos hijos. En ese momento supo que su destino estaba ligado al de él. Aprendió desde siempre que amor, lo que se dice amor, era un privilegio negado a sus iguales. Que lo que sentía en ese momento por El Capi era lo más que podía dar y, quizás, recibir.

El resplandor rojo de la tímida hoguera que permitía la seguridad se reflejó en su piel negra. Hércules, sentado en la arena, probó por primera vez el viche. Ya el viche había cambiado angustia por embrujo. El Capi Black era un baquiano de la zona que les había prestado ayuda casi desde el primer momento. La tenue brisa mecía la flama. Y era como si esta, a su vez, convirtiera la negra geografía del Capi en oleaje. Caizamo dejó a un lado ese papel de gigantesco buenavida, servidor sin ambición, cargador de leños y milagroso reparador de imprevistos. El viche lo llevó a sus años de colegio en Cali. Su profesor de Filosofía, un cura negro, más negro aún con su sotana, labró con huellas imborrables el rugido de su raza.

“Hay por ahí un librito —le había dicho al Capi—. *La república del silencio*, de Jean-Paul Sartre. El capítulo ‘Orfeo Negro’ es el de nosotros, los negros. Al principio no entendía bien. Yo creía que era solo un reclamo. Una especie de anatomía de la discriminación, la peor de todas ellas. Porque ni en la más fértil imaginación, ni en la película gringa donde unos tipos intercambian caras, los negros podremos deshacernos nunca de nuestra piel. Llevamos la desgracia puesta”.

Esa noche, en la hoguera, el Capi recordó la conversación que había tenido con una mocita de tetas punzantes:

—Negro, negrito. ¿Te molesta que te diga así?

—Ya no. Vos sós cariñosa. Pero cuando jovencito sí me daba rabia. Porque me recordaba que llevaba la desgracia en la piel.

—¿Sí?

—Claro. Una vez me confundieron en un bar con el que limpia los inodoros. Me tocó ponerle la mano al hideputa. Pero ahora ya sé que Sartre no se limitó a eso. No era un simple quejido. Hubiera sido ripio, para un escritor tan grande. Cuando afirmó que la blancura es como una malla gastada en los codos y las rodillas, lo que estaba diciendo es que la carne, la verdadera carne, como la mía, tiene el color del vino. Nuestra piel negra no es una piel que no lo logró. Una piel frustrada. No. Por el contrario. Es la que aparece cuando el blanco se despercude. Es orgullo y dignidad. Díaz Granados, un muchacho de Cartagena, asistió en Estados Unidos a una reunión de las Panteras Negras. Habló alguien cercano a Malcolm X. California, 1967. Después del discurso, con liviandad que intentaba ser seductora, se pellizcó el anverso de la mano y espetó algunas frases sobre la solidaridad latinoamericana expresada por él, negro también. El orador esperó la traducción. Terminada esta, lo reprendió duramente. “No venga usted con demagogias. Usted, morocho imberbe, no sabe lo que es ser negro. Negro no es un discurso irredentista. No es un vestido funerario. Es el manto de nuestra identidad”.

Todos los presentes vaciaron sus copas de viche. El Capi ya era una avulsión de voz impostergable:

—Volviendo a Sartre, el negro sufre infinidad de exilios. Como raizal colonizado en África, como negro despojado de su ancestro en Nueva York o en el Chocó, como negro aherrojado en otra lengua, obligado a definir lo siniestro pintándolo de negrez, como negro que no puede mitigar su tormento porque su propia piel es su condena. Muchos aquí creen que irse a Cali o a Ciudad Bolívar, en Bogotá, es el camino de la liberación. Es todo lo contrario. Porque, por contraste, su negrura ganará, será más rozagante, pero esa luminosidad será la proclama de sus desgracias. La libertad del negro solo se logrará si regresa al África. Algo ya imposible. Por eso, hablar de la raza es inevitable. El explotado blanco sufre una explotación polimorfa. El negro no. Aun el futbolista exitoso nace esclavo de su derrota. La única poesía revolucionaria, hoy, es la poesía negra. Porque no tiene refugio. Es como un torero sin burladero. Tal vez fue Césaire el que habló de “nuestros rostros hermosos como el verdadero poder operativo de la negación”.

”Por eso —el Capi prosiguió acezante, casi sin respirar, para dar el último latigazo de la noche —, el peor estigma, aparente e hipócritamente bondadoso, es llamarnos afrodescendientes. ¿Qué importa quiénes son nuestros ancestros? A los blancos, amarillos, mestizos, no les dicen monodescendientes. Es como usar jabón Rey frente a una mancha indeleble. Nada de eso. Somos, seremos negros. Y solo seremos íntegramente humanos cuando recuperemos nuestra negrez. Pero les voy a decir algo más. En este país han podido disimular la geografía de la negrura. Los votos blancos están en las montañas centrales, y los votos negros son agenciados por los blancos para perpetuar la servidumbre. Eso va a cambiar. Antes de que yo muera, van a ver una ruptura en las votaciones: una mariposa de alas negras acogerá las dos costas y las tierras orientales, también abandonadas. Los votos blancos estarán cada vez más confinados en las

montañas andinas”.

Ya el viche había hecho de las suyas. Hasta los guardas cerraron los ojos.

11

Febrero y marzo de 1981 fueron meses de penurias y sinsabores en el M-19. De la malaria al enfrentamiento entre compañeros. Del robo de panela a la leishmaniasis. De la indisciplina a la esquizofrenia paranoide de Melquíades. En efecto, una noche se reventó. Ya venía mostrando comportamientos extraños, mascullaba a solas, regañaba a un ser que solo él veía y que se aposentaba en sus hombros. Pero esa noche se levantó disparando al enemigo. Luego, ya derrumbado, con un poco de espuma en la boca y los ojos vacíos, se negó a portar armas, pese a ser el lanzacohetes.

Ra ta ta ta. Melquíades, bañado en sudor, movía las manos como si estuviera disparando con su fusil G-3 calibre 7,62 mm. Ra ta ta, otra vez. Mirada perdida al cielo. Se revolcaba en el chinchorro como esquivando las balas del enemigo. Fernando se fue acercando con cuidado, pasito a pasito. La ventaja era que el verdadero fusil estaba recostado en una mata de plátano, al lado de Melquíades. Por ahora disparaba ráfagas con la imaginación. Pero había que evitar que, en un momento, no de cordura, sino al contrario, de alucinación mayor, cayera en la cuenta de la inutilidad de sus balas mentales y echara mano del fusil. Fernando extendió las manos, como hacen los sonámbulos, mientras su boca fruncida decía “shhhhh”, como cuando uno quiere tranquilizar un perro bravo o una res. Otros combatientes fueron moviéndose también cautelosamente hacia el otro lado de la hamaca. Cuando Hércules cogió el fusil, se acercaron a Melquíades con mayor confianza. Este los miró desconcertado. Se abrazó a Fernando y le dijo:

—Compa, compa. ¿Vio? Eran como cinco de los verdes. Los de camuflado. Menos mal que logré espantarlos. Creo que herí a uno. En el hombro.

—Cierto. Eres un bacán. Te felicito. Voy a proponer un ascenso —contestó Fernando, mientras le cogía las mejillas con ambas manos, imitando el gesto de los futbolistas italianos con el compañero que marca un gol—. Ahora, tranquilo, Melqui —prosiguió. Volvió a hacer “shhhh”, como sonido de culebra, mientras sus manos amasaban la espalda de Melquíades, ahora más calmado.

En la tarde, el Estado Mayor se separó un poco de la tropa.

—¿Qué hacemos? —dijo Fernando.

—Es como paranoia —repuso un mando—. Es un peligro. Un día de estos dispara de verdad. Alerta al enemigo, o hasta mata a uno de los nuestros. Mientras logramos darle una solución

segura, hay que cambiarle el fusil por una pistola con balas de salva. Paraguas por si llueve.

***

Las deserciones fueron cobrando su peaje; no solo en el número de combatientes, sino en ese gusanillo de temor que fue horadando las mentes de algunos compañeros, pese a los discursos de fanfarria y optimismo que pronunciaban los jefes. Las voces soterradas de crítica a los mandos ya no pudieron ser apagadas. Solo pretermitidas y enterradas. Pero en una velada nocturna, hasta Tolentino Mondragón, un maestro de escuela simpatizante, pero no combatiente, dijo que todo esto era una locura. Un acto de aventurerismo impropio de una izquierda seria.

"Me toca regresar a animar la retaguardia", pensó Fernando. Vio que aparecían dudas que nublan el rostro de algunos. Lo cierto es que sí fue una vergajada que los compas de recepción se hubieran ido a tomar Mistrató, en vez de haber preparado mejor la llegada. Aquí iban solos, casi que abandonados. Solo estaba Julio, ese muchacho del Tolima. No pudo organizar nada. Pero Fernando sabía que le tocaba ser fuerte. Infundir ánimo. Mejorar su cara, porque, aunque no lo notara, cierta sombra que invadía su barba era percibida por los combatientes. Había un sexto sentido en ellos. La mirada turbia era un mensaje de desesperanza.

Por su lado, como leyendo la mente de Fernando, Hércules recordó que su madre lloró cuando le contó de sus planes: "Esos tipos no son confiables, hijo. Una cosa es la Farc, esos sí son organizados y verracos, y otra el Eme. Te vas a meter con unos muchachitos inexpertos, bajo el mando de poetas ilusos".

Hércules borró de inmediato esa imagen. Fue apenas una nube que se diluyó. El revolucionario no puede darse ese lujo, remató para sus adentros. Pero cada que ocurría una deserción, las palabras de su madre se colaban entre sus neuronas.

Hércules habló varias veces en el campamento, aunque no con el acento de político de pueblo, sino con voz reflexiva. Causó buen impacto una conferencia que dio, en la que distinguía entre la chusma, el ejército y la guerrilla. Habló de la ética del guerrillero. Dijo que, aunque los soldados eran del pueblo, se habían equivocado en el camino. Quizás por necesidad. Pero el guerrillero no podía enternecerse frente al soldado en razón de su pobreza. Finalmente, era el enemigo. Así de simple. Y remató señalando que la chusma era como las aguas negras de la sociedad. Que nunca el guerrillero podía sentirse chusma ni nada parecido. Que había que poner la moral en alto en todo momento. Pero, entre tanto, el Estado Mayor entendió que la situación era grave, aunque aún no desesperada. El mando había fracasado, había perdido la confianza de la tropa, y los planes iniciales estaban en riesgo.

Fernando le pidió a Gabriel, uno de sus muchachos de confianza, que regresara a Panamá, para contarle a Iván Marino sobre esta colección de dificultades. La Mona Vera, a quien llamaban Cristina, fue enviada a Jaqué a encontrarse con Gabriel. En su libro *Razones de vida*, contó:

“Iván me entregó dinero y tomé el primer vuelo. Los ánimos no eran los mejores, pero no podían retroceder. Nos dimos un fuerte abrazo, con el cual esperaba transmitirle todo el ánimo del mundo, pero esta vez ninguno de los dos sentía la misma alegría liviana de la despedida anterior”.

El 27 de febrero se cumplió un año de la toma de la embajada dominicana. Hubo formación, canto del himno nacional y un homenaje a Camilo, muerto en la acción. Hércules fue incluido en la lista de los seis oradores que exaltaron esa jornada como una gesta heroica.

12

“No estuvo mal la reunión del sábado anterior”, pensó Fernando. “Hablar con Otty siempre es reconfortante”.

Dejaron la columna en Pureza. Cerca de la Y de Las Ánimas, en la vía a Tadó. Fernando permaneció en una finca administrada por un compañero. Al salir, vestidos de civil, se encontraron de sopetón con la Policía. Un compa gritó, llamando la atención de los demás. “La Policía”, dijo. Se dice que un uniformado, en medio del susto y la sorpresa, disparó sin saber de quiénes se trataba. Hay versiones contradictorias. Pero lo cierto es que, sin mediar combate, el 11 de marzo de 1981, José Helmer Marín, Fernando, fue el primer muerto de la guerrilla en esta operación.

Cuando Hércules supo la noticia, trató de tapar la angustia y la tristeza. Se dijo que el problema no era la muerte, que a la postre es parte inmanente de la vida, sino una muerte tan indigna. Hércules recordó un tipo guasón y charlatán, con el que tomaba café en Anserma, que decía: “Lo grave no es la muerte, sino la morida”. Y vino a su memoria también el comentario de un profesor de Derecho Constitucional: “los héroes no deben morir a manos de sicarios imberbes en una calle oscura, acribillados. Si muero por mis ideas, quisiera ser fusilado”. Un descache del destino. Y eso que Hércules no alcanzó a leer una versión todavía más indecorosa. La periodista Margarita Cubillos, en la revista *Cromos*, escribió: “Elmer Marín Marín no murió en combate. Lo mató la confianza en una calle de Baudó, con una bala de fisto disparada por un hombre al que le dicen Cancharejo”. Al menos Pretorius nunca supo eso. Siempre creyó que, por bochornosa que fuera su muerte, la ocasionó una bala oficial. Pero una escopeta de fisto accionada por un desconocido, sin saber si de por medio se trató de atraco, lío de faldas o pelea de borrachos, es un oscuro destino desastrado para un guerrillero que aspiraba a tomarse el poder, o, como plan B, al menos como el Che Guevara, convertirse en ícono de camisetas juveniles.

Fernando, José Helmer Marín, nació en 1948, en Rioblanco, y murió allí, en el Chocó, casi que por obra de una bala perdida. O, al menos, una bala inconsciente. Fue uno de los fundadores del Eme, oficial mayor de la organización. Coqueteó con el ELN, algo que ya en ese momento no era insólito en la guerrilla. Incluso, años después, cuando Andrés Pastrana fue presidente y los paramilitares se tomaron el sur de Bolívar para impedir una segunda zona militarizada en ese

territorio, se supo que muchos de los paramilitares que coparon la región, hasta llegar incluso a afectar el abastecimiento de los Santanderes, por la oclusión del transporte en la zona de La Lizama, inicialmente pertenecían al ELN.

Con la degradación del conflicto, en esa década comenzaron a aparecer mercenarios. No pasó mucho tiempo para que también oficiales retirados del Ejército ingresaran a grupos paramilitares. Y aun antes, estando activos, hubo casos de colaboración y filtración de información que también fueron registrados en esa época. Marín participó en la Juventud Obrera Católica, influenciada por la teología de la liberación. En el ámbito de la Iglesia de los Pobres, se relacionó con las comunidades eclesiales. Descubrió los llamados Comuneros. Bateman, Fayad, Pizarro y otros recorrieron también esa parte del camino. En la universidad, retazos de estas historias llegaron a oídos de Pretorius. En el país Vasco se rumoreaba que la ETA echó raíces en los seminarios. Ya allí intuyó la relación entre esas ideas de algunos sectores de la clerecía católica y movimientos en armas.

El cura Pérez, Domingo Laín y otros ingresaron al ELN. Pretorius recordó la ajetreada pipa de Camilo Torres en la Universidad de Caldas, antes de volverse eleno. Entre aspiración y aspiración, la ponía con cuidado, casi con cariño, en el mueble que hacía de cátedra. Soltaba el humo con fruición más propia de un actor francés de la nueva ola que de cura formal. Su llamado clamoroso hablaba del cambio renovador. Los aplausos atronadores que ponían a vibrar los ventanales del Aula Máxima. Y la noticia fatal. Un error del ELN haber obligado a un cura intelectual de Lovaina a “reivindicar” su primer fusil en Patio Cemento. Ganó el soldado y perdió la revolución. Y la palabra *cambio* ingresó de manera irreversible, no siempre utilizada de manera genuina, a la jerga de políticos de todas las yerbas. Desde el general Ruiz Novoa hasta los discursos de Álvaro Gómez.

13

“¿No te parece que cuando La Chiqui pasa su mano por mi cabello, hay como un aura de ternura?”, pensó Hércules. “Yo sé”, prosiguió para sus adentros, “que esto es una simple peluqueada. La Chiqui dice que es como la médica y la peluquera de la tropa, pero al mismo tiempo una pelota para moverse en la selva. Pero yo creo, percibo —porque hay como una pequeña descarga eléctrica—, que a ella le gusta cuando me motila. Cuando pasa la barbera por la patilla contraria, se arrima y yo le siento sus tetas contra mi hombro. Quiero escaparme con la vieja luna. Yo creo que ella se da cuenta. ¿O será que las mujeres no sienten lo que uno siente en estos casos? ¿Será que uno es más sensible? Al menos yo, de adolescente, percibía con emoción cada toque de manos accidental, cada pierna que rozaba mi rodilla. Quisiera ser un pez, para acallar el corazón que no atrapa su cordura. Siempre creí que eran señales, pero como era un tonto tímido, nunca pasé de allí. Ahora La Chiqui me premia con esa atmósfera de tenue afecto. ¿O estaré pendejiando? No jodás, Hércules. Deja de merodear las ilusiones. Ética revolucionaria por encima de todo. El jibarito iba loco de contento, pero no pudo vender su cosecha”.

14

2021

Una llamada del nuncio de Su Santidad, invitándolo a conversar, sorprendió al Profe. En el regio Palacio, un ujier condujo al viejo profesor semirretirado de la academia y la profesión y dedicado ahora a los laberintos de la política, único hecho que, quizás, explicaba una invitación tan extraordinaria. Solo segundos después de un cálido saludo, pronunciado con inconfundible acento porteño, el Profe advirtió que su interlocutor no era un místico anacoreta. Se le notaba la fibra política. Estaba cubierto de prestigio en esta insufrible Bogotá de los cócteles y las reuniones, dada su amistad con el papa Francisco, también activista en su juventud, también aficionado al fútbol, también usuario de uno que otro vocablo lunfardo cuando el castellano se agotaba.

—¿Querrá un güisquicito, doctor? —dijo el nuncio.

Si ya todo era un tanto estrafalario, la invitación a beber whiskey a las once de la mañana, cuando en los salones eclesiásticos apenas imperaba el té con galletitas, le pareció estrambótica. Pero tuvo que ser aceptada por el profesor. No alcanzó a buscar una excusa.

—Mire usté, doctor. Si llega a revelar esto, diré que usté es un atorrante. Pero yo creo que todavía, entre ciertos sectores del clero, hay, digamos, no nexos, no propiamente, profesor, no me malinterprete, pero ciertos viejos vínculos con el ELN. Vínculos que se niegan a morir. Tenga en cuenta eso. Colombia tiene que terminar también la confrontación con el ELN, y alguna fracción de la jerarquía piensa que puede ayudar.

—Le guardo el secreto, monseñor. Pero para mí no es algo nuevo. Desde los salones alfombrados de la Iglesia hasta los corredores enchapados de los clubes sociales, más o menos eso se sabe. Las Farc eran un ejército hermético. El ELN es más que eso. Es una endemia. El gerente gringo de una petrolera me invitó a hablar de estos temas y, al final, cuando me dio la mano, afirmó: “Gracias por haber venido a darnos esta charla. No todos los colombianos saben que, en ciertas zonas en el suroriente del país, hay una ideología elena. No sé si llamarla ideología. No tanto como eso. Y no son combatientes. Pero el ELN ha hecho una tarea en los cerebros de la población y, hoy por hoy, existe una realidad que no es solo militar. Esos que trinan pidiendo más balas no saben de qué hablan. Claro que la represión es necesaria. Pero falta inteligencia, fiscalía y, sobre todo, acción política. El Gobierno no se da cuenta. Soy petrolero

gringo y tengo dos mil trabajadores. No son activistas, pero ese pensamiento eleno sí que hace parte de sus vidas".

Después, con el segundo trago, repasaron la actualidad política. Aunque no lo decía abiertamente, entre líneas se le veía al nuncio cierta predilección por el candidato Petro para la elección presidencial que estaba a la vuelta de la esquina. Para el Profe quedó claro que algo tenía esto que ver con la invitación al candidato a visitar al papa. El Profe entendió que el nuncio, y seguramente los más cercanos a él, y al papa, pensaban que era necesario un cambio en la orientación de la presidencia de Colombia. Y le quedó claro que los otros candidatos, los que se proclamaban como voceros de una posición de centro, equidistante de la derecha y la izquierda, no despertaban mayor simpatía entre los habituales de este salón eclesiástico.

15

Desertaron Mario y Sebastián. Poco después, el 18 de marzo, también Roberto. Lo capturaron en Santa Cecilia. Héctor, igualmente, dejó las filas y se fue para Icononzo, donde también fue puesto preso. El dogma de la *omertá* comenzó a hacer agua. El desastre caminaba todos los días.

Alias Mauricio, otro miembro de la columna, estaba cabizbajo, aunque siempre era tan frío, tan reservado. Solo de vez en cuando, en momentos críticos, la mano le temblaba de forma casi imperceptible. Pero ahora se le veía distraído, miraba al horizonte, y a veces no le contestaba a su interlocutor. Pronto lo supieron: el 9 de marzo había sido capturada Sandra por tropas del ejército. Ella era una combatiente destacada y tenía una relación sentimental con Mauricio. "¿Resistirá? ¿Cómo serán las torturas? ¿La van a violar? ¿Cuántos?", eran las ideas que zumbaban en la mente de él. Iban y volvían. Revoloteaban en su cerebro. Golpeaban sus circunvoluciones más profundas, como cucarrón entre paredes.

16

9 de abril de 1981. 6:00 p. m. Reunión del Estado Mayor para homenajear a Jorge Eliécer Gaitán. Se oyeron disparos por el lado de la retaguardia. La Chiqui lo recordó así: “pensamos que a un compañero se le había escapado un tiro de fusil”. No hubo bajas. Tal vez fue solo una breve escaramuza. El guerrillero lanzó una o dos granadas. La guerrilla se replegó en orden, aunque en su relato, Papi confiesa que “algunos guerrilleros se retiraron en desorden y abandonaron provisiones y recursos que luego les harían falta”.

Para los novatos fue una especie de pérdida de la virginidad en el combate. En el rincón del rancho donde se abrigaron, La Chiqui lo consignó así en su diario: “En general, el saldo es positivo, ahora más que nunca recordaremos el 9 de abril, primer combate de nuestra tropa, día en que desayunamos carne de res, almorzamos pescado y comimos con gallina. Pedir más, imposible”.

La situación amainó, lo que permitió que reemprendieran la marcha, siguiendo el cauce del Chuigó. Entraron al resguardo del Alto Andágueda, de la comunidad emberá-katío. La idea de que el entorno de miseria les serviría de protección, porque despertarían una gran acogida en las diversas poblaciones, en realidad tuvo tanto de largo como de ancho. En zonas donde la ausencia de la fuerza pública era notoria, la población les brindó acogida. Pero siempre con una buena dosis de desconfianza. En otros lugares, tanto los afros como las poblaciones étnicas prefirieron dar información a la fuerza pública; la configuración física de la mayoría de los combatientes contrastaba con la de los demás moradores en casi todos los parajes. Este hecho les pasó su cuenta de cobro. La idea inicial de pasar desapercibidos se hizo impracticable.

Mauricio, ahora en el comando de lo que queda de la columna, hizo una intervención el sábado 18 de abril. El objetivo era animar a la tropa después de tantas dificultades, desertores y bajas. La Chiqui, usando su perspicacia natural, pero también sus conocimientos como estudiante de Psicología, aunque no hubiese obtenido su grado, se dio cuenta de que el hombre estaba haciendo de tripas corazón. Pero lo hacía de manera brillante. A veces parecía que realmente creyera en su discurso. “Hemos tenido un manantial de éxitos, desde haber superado tres cercos del ejército hasta haber sobrevivido al hambre, a la selva, al asedio de los helicópteros. Logramos

galvanizar la población. Nuestro objetivo está a la vista. Les pido el mayor esfuerzo y disciplina. No nos podemos olvidar del juramento que, cuando estábamos en Cuba, muchos de nosotros hicimos en el cerro del Taburete, reiterado en el monumento a los héroes del cuartel Moncada. Por la libertad. Contra el imperialismo. Por la revolución. Con el pueblo, con las armas, al poder".

Pretorius sintió una gran emoción al oírlo porque, de joven, uno de los aspectos imborrables de la vida de Bolívar que más lo había impresionado fue el juramento en el monte Sacro. Le pareció algo sublime. Por momentos, en la selva, Hércules sacaba de su mente las dudas y los temores. Recuperaba su vocación revolucionaria. Revivía el verbo glorioso del cura Camilo. Se abrazaba por haber dado este paso de ingresar a la columna Calarcá. Pero no duró mucho ese ramalazo fugaz. La realidad lo regresó a la inmundicia, el hambre, las nubes de mosquitos, el peso del equipo y la inflamación de los pies. "La revolución lo agarra a uno como una boa constrictor. Después lo exprime y lo revienta. Como en la vieja historia del niño que acogió una boa como mascota. Se querían tanto que la serpiente dormía siempre a su lado. Cada noche se estiraba para que ambas cabezas estuvieran aniveladas. Como un beso, creía el niño. La pasión se estropeó cuando un experto le dijo: ella te mide todas las noches para estar segura de que, llegado el momento, podrá engullirte. Tampoco Robespierre lo supo a tiempo. Fue el primer sorprendido cuando sintió su pescuezo aferrado al zócalo de la guillotina. Su cabeza rodó por los escalones del cadalso en medio del bufido de sus compañeros de revuelta", pensaba.

Mientras, La Chiqui seguía recordando su éxito como negociadora de la toma de la embajada de República Dominicana, un año antes. Esa sensación de orgullo que era como un cosquilleo en la barriga; ese caminar con la mirada en las nubes para disimular sus 155 centímetros. Su cuerpecito dándole la vuelta al mundo. Y hasta los chismes de las revistas de farándula registrando o fabulando amores ignotos. La camioneta amarilla sin puerta trasera fue, casi seguro, el clímax de su vida.

17

De pronto, las nubes salieron en desbandada y, después de varios días de lluvia, el sol apareció. Un descanso para la tropa, aunque los rayos sofocantes despertaron un vaho húmedo que se pegaba a la piel de forma indisoluble. El comandante dio la orden de descansar, aprovechando la tregua climática.

Al lado de un arroyo, coincidieron La Chiqui y Hércules. Él medio recostado en un barranco y ella al frente, sentada en una piedra. Como si la naturaleza hubiese dispuesto la escena para un psicoanálisis.

—Vos tenés como dos patas, Pretorius —dijo La Chiqui—. Una pata es la de un burguesito sensible a la injusticia. La otra, apenas imaginaria, es la de la revolución. Mientras no anules la pata burguesa, que te convierte a veces en un niñato bastante firifirifí, no serás revolucionario nunca.

Pretorius sintió cierta congoja. Intuyó que vendría una pesada requisitoria.

—Un amigo me contó esta historia —prosiguió La Chiqui—. No la creerás, pero es absolutamente verídica. En Londres, un tipo sufría un grave padecimiento mental. Aunque era normal, este hombre imaginaba que tenía tres piernas, y eso lo atormentaba hasta el punto del suicidio. No valieron ni la evidencia irrefutable del espejo, ni la década de mil formas de terapia. Nada de nada. Después de revolotear por decenas de consultorios, una junta médica determinó que lo único posible para darle alivio era cortarle una pierna. No pongas esa cara, Hércules. Lo que te estoy diciendo es cierto. Pasado el dolor de la cirugía, el paciente manifestó con alegría que estaba curado. Dijo que ahora se sentía un hombre normal. Normalidad genuina, pese a las dificultades de movilidad y a la torpeza que hubiese agobiado a cualquier otro. Nunca una queja. Solo serenidad y armonía.

—¿Me estás jodiendo? —replicó Pretorius.

—No. Esto fue documentado. Yo lo vi en el *Times*. Pero lo que sigue es aún más macabro. Enteradas varias organizaciones de la sociedad civil, pusieron el grito en el cielo. Clamaron. Desgarraron vestiduras, pidiendo cárcel para los médicos, con el argumento de que eran simples torturadores. El Parlamento británico asumió el caso y, después de largas y profundas diatribas, resolvió solicitar un concepto de la Academia Real de Medicina del reino. Este reputado organismo no solo apoyó la decisión, sino que exaltó a los médicos por su valentía y sentido de

la responsabilidad.

Hércules miró a La Chiqui a los ojos. Guardó silencio. El desconcierto le impidió articular siquiera una palabra. “Para dónde irá esta vieja con ese cuento”, pensó, a la vez que sentía que la congoja ahora le agarrotaba la garganta.

—... Es lo que vas a tener que hacer, Pretorius —añadió La Chiqui—. Tienes que amputarte el burguesito que habita en alguna de tus circunvoluciones. Como al inglés ese, que, según los expertos, también tenía en el cerebro la imagen de una pierna sobrante. Si no eliminas esa pierna de niño mimado, y arrancas la imagen de tu madre y la destruyes, no podrás ser revolucionario. Eres valioso, eres inteligente. Pero llegará pronto el momento en el que tendrás que someterte a esa dura sangría. Cuando triunfemos, solo si lo haces, tendrás el camino despejado en el nuevo gobierno. De resto, te perderás en el laberinto de la vacilación y la cobardía.

La Chiqui se levantó como movida por un resorte. Pretorius permaneció como atrapado en esa especie de diván de Freud, aletargado y sin palabras. Y sin emoción alguna por igual. Quedó con la mente en blanco que lo convirtió en un zombi durante varios días.

18

El ejército se apostó escondido en las trochas para impedir que la columna llegara al cerro San Fernando.

Estallaron los bombardeos. La Chiqui, en su último escrito, del jueves 23 de abril, sostuvo que los bombardeos no solo no atemorizaron a los habitantes, sino que “han producido en la gente exactamente lo contrario, ya para nadie es un secreto nuestra presencia y al llegar a los ranchos nos dicen que nos estaban esperando y como nunca nos ha sobrado colaboración”. Lo cierto es que, entre indígenas y desertores, la información al ejército fluyó en abundancia.

Pero esta era una reacción típica de los guerrilleros. Una negación de la realidad, que tal vez era la única manera de soportar tantas penurias. Un abrigo tejido de megalomanía e ilusiones. Muchos años después, en las conversaciones de paz con la guerrilla de las Farc, según cuenta uno de los negociadores del Gobierno, los insurgentes repetían hasta el delirio que ellos eran los verdaderos representantes del pueblo. Que el sistema desconocía ese hecho simplemente porque había un designio, una conspiración para minimizar su gesta. Que las encuestas que mostraban un enorme rechazo de la población en contra de ellas habían sido manipuladas. Que pronto Colombia vendría a rodearlos, una vez se lograra neutralizar la perfidia de la oligarquía, apoyada por el Pentágono.

Estas notas de La Chiqui mostraban el mismo síndrome de negación. Parecido a la idea, en la cual también el Gobierno picó el anzuelo, de que todo el voto proletario en el plebiscito del 2 de octubre de 2016 sobre el Acuerdo logrado se volcaría como marejada a apoyarlo. También el Eme llegó a creer que ellos concentraban la verdadera voz del pueblo atribulado. Y que pueblo era igual a revolución.

Combate a la 1 de la tarde. Batería B del Batallón San Mateo, bajo el mando del teniente Jaime Calderón. Operación yunque y martillo. Golpear con una unidad pequeña pero eficiente, y aplastar cuando la guerrilla se moviera. Desbandada. El ejército no se veía. Solo entre la maleza, fuego de todos los lados. El mayor De la Rosa al mando.

El sábado 25 de abril fueron emboscados. Diecisiete muertos.

A partir de la muerte de La Chiqui, para Hércules la felicidad era un fardo. Ser feliz ya, y de ahí

en adelante, era un regalo envuelto en celofán de culpabilidad. La alegría hubiese sido una traición a su destino. Cuando era víctima de un revés, una frustración o un duelo, ahí atrás, en la nuca, se instalaba un viejo código: prohibida la felicidad. La felicidad era una traición al muerto, o a sí mismo, cuando él era la víctima. Pero, por otro lado, tampoco soportaba la felicidad impuesta. De niño, una vez le dijo su madre: "Mañana tenemos reunión con mis amigas de colegio. Tienes que ser feliz, sonreír, ser divertido, por favor. Nada de esos silencios tan aburridos tuyos". Dicho y hecho. Esa era la muerte de cualquiera amabilidad posible. Era como una especie de undécimo mandamiento. Lo mismo ahora, demorar el duelo, remolonearlo, serle fiel, para evitar que el duelo traicionado se convirtiera en culpa.

Los últimos párrafos del diario de La Chiqui, poco antes de morir, se nutren de una extraña amalgama. En medio de una verdadera odisea, hay espacios para pequeños placeres. Como la cena final del condenado a muerte. Un buen bife de chorizo, acompañado de un vino tinto francés, copa momentáneamente la vida mental; inundan y anonadan el sentimiento de tragedia que apenas sigue ahí, opaco, como el contrabajo en una pieza de jazz, o el bongó en la música caribe. Así lo vivió La Chiqui.

Ese jueves 23 de abril de 1981, pocas horas antes de morir, sintió enorme fruición por el desayuno de "Chocolisto caliente con leche, avena y carne asada". Eso es un desayuno de ministro, escribió, como si la muerte hubiese tomado un pequeño y momentáneo reposo. Pero apenas sorbió el último trago de Chocolisto, ingresó de nuevo a la burbuja heroica. Escribió que los bombardeos, en vez de aterrar a la población, han generado un apoyo masivo. La intimidad del escrito haría pensar que ella creía firmemente en esa afirmación. No era algo para la galería. Escribía para sí misma. Siguiendo un imperativo inexorable: la necesidad compulsiva de creer que la realidad es un lastre. Una especie de Ícaro, que derritió sus alas de cera buscando el sol. La muerte ya había comenzado su tarea.

Después de su muerte, vino enseguida una cadena de deserciones y presos.

Ya el domingo 26 de abril solo había diez combatientes. Les preguntaron a unos indígenas que se toparon en el camino por la ubicación del ejército. Aunque la tropa estaba a unos 200 metros, los indígenas le dijeron a la columna que siguiera hacia adelante. Que a unos 5 kilómetros de distancia encontrarían un puente que les permitiría conectar con una ruta que los llevaría a Andes (Antioquia). Es decir, a la tierra prometida. Hubo murmullos de alegría, al hombro los equipos, y adelante. A escasos 50 metros estalló la balacera. La fila se rompió. Algunos combatientes sobrevivieron huyendo, pero un gran número pereció allí.

La leyenda dice que fueron sepultados a 850 metros, al margen del camino de Piedra Honda a San Marino. Es una hipótesis. Todavía hay mucha fábula. Pero la situación de Hércules no era clara. En el Acta de Levantamiento de cadáveres, que firmó el 28 de abril de 1981 el inspector

José Pacífico Mosquera, no aparece Pretorius. Rastreando en los alrededores, aparecieron más cadáveres. Nada se supo de Hércules. Pero de todos modos su cuerpo, recogido por los militares, ingresó a la enfermería militar como un bulto de carne sin nombre. Con la piel llena de agujeros rojos.

Los cinco sobrevivientes, con el alma destrozada y el cuerpo hecho harapos, siguieron el lecho del río Azul para no dejar huellas, porque el ejército todavía estaba por allí, haciendo control del terreno. La situación de Juan y de Emilio 2 era desesperada. Casi no podían caminar y la diarrea los debilitaba aceleradamente.

Cuando las nubes se desplazaron como un visillo, alcanzaron a entrever el cerro Quintarrechera. Al descender del promontorio divisaron un pequeño caserío, de unas diez casas de piso en tierra, llamado La Puria. Aunque todos se miraban en silencio, viendo la situación insoportable de Juan y Emilio 2, como si leyeran colectivamente la mente, el 7 de mayo decidieron dejarlos en un cambuche de hoja de palma. Y solo agua como ración. Era lo que había. Aunque la intención era regresar a recogerlos, unos indígenas entregaron sus cuerpos a los militares. Tendieron la mano con la palma hacia arriba, cobrando la recompensa.

Continuó la marcha de los demás. Cuenta el Papi algo inexplicable para una columna guerrillera. Unos indígenas se ofrecieron a servir de guías. La tropa les confió las armas. Quizás su peso ya era insoportable. Pero es algo curioso, porque un lema de la guerrilla es que el combatiente nunca entrega su arma. Alma y arma eran, para ellos, una sola cosa. Algunos tuvieron que deshacerse de sus necesidades, ya que la comida les había hecho daño. Mauricio continuó, seguido de los indígenas. Cuando los demás los alcanzaron, la visión fue alucinada. La cabeza de Mauricio desprendida. Todavía salía la sangre a borbotones. Alirio lloraba y gritaba desesperado. Le quitó el seguro a una granada, como queriendo decir “ahora todo y todos nos vamos a la mierda”. Salvador lo abrazó y le susurró al oído que todavía había espacio para la sublevación. Que pronto llegarían a Andes. Lo abrazó. Alirio solo gimió y se desgonzó.

Ya solo quedaban dos. Se encontraron con los campesinos Adilio y Alicia, que los ayudaron, los llevaron a su casa, les dieron agua de panela con limón y los recibieron con un baño de totuma.

Ya en proceso de recuperación, los campesinos los entregaron al padre Diego Murillo, en El Diez. Murillo hacía parte de una misión de padres claretianos que tenía presencia en el Chocó como parte de su compromiso pastoral. En aquella época, el padre Darío Echeverri estaba a cargo de esa jurisdicción canónica. Los claretianos reportaron la situación y el padre Darío decidió apoyarlos. Los llevaron a La Mansa, ya en Antioquia,

Los disfrazaron con sotanas para “despistar al enemigo”. ¡Y eran ateos! La historia también se da sus libertades. Lograron llegar a Bogotá. Salvador, Fernando Erazo Mucía, se metió luego en la operación del Karina. Se afirma que fue desaparecido en Bogotá, el 16 de abril de 1988.

Alirio, José Gabriel Montana, fue condenado a diecisiete años y amnistiado tiempo después.

Jaime Bateman Cayón, máximo dirigente del M-19, tiempo después reconoció los errores de las operaciones de Tribugá y Nariño. No aceptó errores de planificación, pero sí señaló que la idea del comando era responder militarmente al proyecto de amnistía de Turbay Ayala, que consideraban humillante. Según él, las columnas en terreno desviaron esta idea y creyeron que podían arraigarse al terreno y a la población, cuando esto era imposible.

Poco tiempo después del arribo de la columna Calarcá, se dio comienzo a una nueva invasión. Un grupo más numeroso de guerrilleros, ochenta y cuatro, partió desde Cuba, se detuvo en Panamá, y allí abordó un barco —El Freddy—, que los llevaría hasta las costas del departamento de Nariño. La idea era reforzar el Frente Sur, específicamente en Putumayo, en plena selva, en la frontera con Ecuador. Traían armas, pertrechos y energía. Esta columna, denominada Antonio Nariño, estaba comandada por Toledo Plata. Rosemberg Pabón era el segundo comandante. Estaba compuesta por guerrilleros que participaron en la toma de la embajada dominicana y otros más, incluidos algunos extranjeros.

Torrijos, hombre fuerte de Panamá, estaba al tanto de la operación. Una movida trascendental, no solo por la actividad militar que se venía desarrollando en el Putumayo, sino porque allí estaba Jaime Bateman, el comandante general del M-19.

Como si se tratara de un designio maldito, ya desde el principio el fracaso mostró los primeros síntomas. Al desembarcar frente al río Mira, se esperaba que fueran recogidos en camiones que nunca aparecieron. A caminar se dijo. Un poco antes, en el caserío La Honda, habían acampado, con tan mala suerte que esa noche se presentó una fuerte riada que obligó a trasladar el campamento en una operación de emergencia. También, como en el Alto Chocó, la presencia de guerrilleros, esta vez en once embarcaciones que navegaron río arriba, no pasó desapercibida para la población. El grupo Cabal del Ejército fue informado de inmediato.

La guerrilla, por orden de Toledo, decidió parar para recobrar fuerzas. No obstante, envió por tierra las abundantes cajas de armamento, camufladas en un cargamento de chontaduros, el fruto de las palmas de la región. Entre Sibundoy y San Francisco, el camión fue detenido por agentes del resguardo, una agencia civil que verificaba el pago de impuestos y combatía el contrabando. Los agentes, al ver la montaña de chontaduros con dirección al Putumayo, entraron en obvia sospecha. Llevar chontaduros al Putumayo, gran productor del fruto, era como llevar agua al Nilo. Al revisar a fondo el cargamento, aparecieron las armas. Avisado el grupo Cabal, la operación se arruinó.

Entre tanto, el resto de la columna Antonio Nariño permaneció acantonada, ignorante de los sucesos paralelos que venía ocurriendo. No sabían de la suerte de la columna Calarcá ni de los intentos del gobierno de Turbay Ayala de aprobar una amnistía que la guerrilla rechazó por considerar que, simplemente, a través de ella, le estaban intimando rendición.

Hacia el 7 de marzo de 1981 se presentaron los primeros enfrentamientos. El centro de la columna emprendió la retirada después de cinco horas de combate. Hubo seis bajas de la

guerrilla.

La columna de Rosemberg (Escuadra Antonio José de Sucre) cayó en manos del ejército en territorio ecuatoriano. La guerrilla creyó que estaba al frente del ejército del Ecuador y se entregó. Los que llegaron a San Lorenzo (Ecuador) pidieron asilo, pero Jaime Roldós, el presidente, aceptó entregarlos a Colombia.

Por su lado, los hombres de Toledo, con enormes dificultades, cruzaron el río Mataje, se vistieron de civil e ingresaron a Ecuador. El 16 de marzo, en San Lorenzo, pidieron asilo al prefecto, pero fueron esposados y devueltos igualmente a Colombia.

La decisión del presidente Roldós desconcertó a la guerrilla. Suponían que su talante progresista obraría en favor del asilo. No fue así. La Cancillería ecuatoriana explicó que debía honrar su compromiso de cooperación con Colombia.

Por cierto, pasados unos meses, tanto Roldós como Torrijos perecieron en sendos accidentes aéreos.

Se tejieron versiones sobre la posibilidad de que no hubiesen sido muertes accidentales. Hasta García Márquez, en una sorpresiva afirmación en su discurso de aceptación del premio Nobel en Estocolmo, en 1982, habló de "dos desastres aéreos sospechosos y nunca esclarecidos [que] segaron la vida de otro de corazón generoso y la de un general demócrata que había restaurado la dignidad de su pueblo". Graves expresiones ausentes de prueba.

Años después, Moncho le dijo a Pretorius: "Oye, un poco despalomado lo de García Márquez en Estocolmo al recibir su premio Nobel. Después de hablar de las desgracias de Latinoamérica y de su soledad, mostrando realidades dramáticas, echa el cuento de los accidentes de Roldós y Torrijos. Muy poco serio eso, en un momento tan solemne. Pasó del hambre de nuestros niños a un chisme de revista de farándula".

Lo que Moncho no podía predecir en ese momento es algo que se suma a estas expresiones y que producen cierta curiosidad. Cuando el nobel García Márquez salió del país, alegando que su seguridad personal estaba en peligro porque el Gobierno lo tenía fichado como cercano a la guerrilla, la opinión pública se dividió. Algunos pensaron que era una especie de truco publicitario del escritor, buscando más bien figuración. Que nada había contra él en los organismos de inteligencia. En cambio, otros sectores más o menos dijeron que García Márquez era una especie de guerrillero perfumado. Muy pocos tenían información precisa sobre este acontecimiento. Para la generalidad de los colombianos fue una sorpresa leer mucho después, en la obra de Darío Villamizar *Crónica de una guerrilla perdida*, lo siguiente:

> En la noche del 31 de diciembre de 1978, el M-19 ingresó al Cantón Norte del Ejército colombiano y se robó alrededor de 5.000 armas para lograr lo cual, construyeron un túnel desde una residencia vecina. Bateman, jefe de la guerrilla, logró que el General Torrijos enviara un asesor, Marcel Salamín.
>
> Esto fue convenido en conversación entre García Márquez y Torrijos. El nobel lo puso en contacto con Bateman el 15 de diciembre, quien le contó que estaba en marcha una operación grande de armas, entre otros

propósitos, para ayudar al sandinismo. Bateman pidió disponibilidad de un aeropuerto en Panamá para el arribo de las armas. Se afirma que las coordenadas fueron enviadas aprovechando los buenos oficios de García Márquez.

Tampoco Hércules llegó a conocer esta versión. ¿Qué hubiera pensado?

19

—¿Viste, hermano? —dijo Moncho—. El hombre tirado ahí, todo muerto. Cantidades de agujeros rojos en su piel, hermano. Es un arma secreta de la CIA. Como un rayo láser, no joda. ¿Viste su cara? La mirada vacía, como ojo de salamandra. La boca entreabierta. Los dientes apenas se asoman, como un curí. Un gesto que no le vimos nunca cuando estaba vivo. Y la piel llena de huequitos, de puntos rojos, hasta el último de los milímetros, hasta el más escondido de los repliegues. Con esta arma terminó la revolución.

Los zancudos pusieron fin a la vida de Pretorius. No fue una muerte digna. No hubo heroísmo. Ni un combate. No alcanzó a intentar reivindicar el primer fusil de manos de un soldado, como Camilo Torres.

Un intelectual burguesito, que también pasó por Lovaina, no será mártir de una revolución que detestó. Aun si triunfara, en el panteón de los héroes no había espacio para Hércules.

Epílogo

Muchos, muchos años después, en un receso de las conversaciones con la guerrilla, Iván Márquez, jefe de la delegación, le dijo a su antagonista, un tal Humberto de la Calle, jefe negociador del Gobierno:

—Doctor, ¿qué es lo único que el guerrillero no puede olvidar?

De la Calle aprovechó que estaba aspirando su Cohiba para ganarse unos segundos.

—¿El arma?

—No, doctor. El guerrillero sin arma puede jugar un papel. Y siempre es posible reivindicar un fusil.

—Pues entonces la comida.

—No. Comida siempre hay. También siempre es posible conseguir medicamentos.

—Me rindo, Iván.

—El toldillo para los moscos. El toldillo. En la selva, esa es la diferencia entre la vida y la muerte.



“En esta sátira magnífica e implacable, que retrata a la perfección un mundo malogrado por el fanatismo, sólo el autor sabe bien qué está haciendo: su voz, un bello vaivén de lo testimonial a lo poético, que es la prueba de un talento de verdad, guía por la alucinación que ha sido esta guerra nuestra y acompaña a aquellos muchachos cómicos que se volvieron personajes trágicos a punta de comerse el cuento”.

Ricardo Silva Romero

Hércules Pretorius era un joven abogado de la Universidad de Caldas, de buena familia, a quien siempre le había atraído la idea de hacer una revolución social pacífica. El M-19 surgió en la Colombia convulsionada de los años setenta y le dio a Hércules —como a tantos otros— una opción y una esperanza para luchar por sus ideales.

Esta novela, inspirada en hechos reales, narra las desventuras de Pretorius desde que era estudiante de Derecho hasta su muerte, en la selva chocoana, donde terminó a pesar de su aversión a la violencia.

Con una narración trepidante, De la Calle retrata una época clave de la historia de Colombia y plantea un importante debate sobre la guerra, la justicia social y la paz.

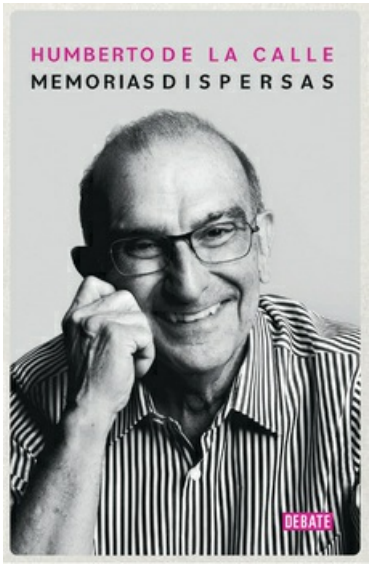


HUMBERTO DE LA CALLE

Es un abogado con experiencia en asuntos públicos, derecho constitucional y reflexión política. En su condición de ministro de Gobierno, actuó en nombre del Gobierno de Colombia en la Asamblea Constitucional que expidió la Constitución de 1991. Como embajador ante la OEA presidió las deliberaciones que condujeron a la aprobación de la Carta Democrática Interamericana. Fue jefe de la delegación del Gobierno para la firma del Acuerdo Final. Es autor de *Revelaciones al final de una guerra* y *Memorias dispersas*, entre otros libros de no ficción. Esta es su primera novela.

Penguin Random House Grupo Editorial / María Camila Carrasco





Otros títulos del autor en penguinlibros.com



Título: *La inverosímil muerte de Hércules Pretorius*
Primera edición: abril de 2023

© 2023, Humberto de la Calle
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.S.
Carrera 7 # 75-51, piso 7, Bogotá D.C., Colombia
PBX: (57-1) 7430700
penguinlibros.com

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Patricia Martínez Linares
Imágenes de cubierta: © Joven frente a escaleras, francescoch;
Plantas, Karisssa. © Getty Images.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-958-5121-96-6

Conversión a formato digital: Libresque